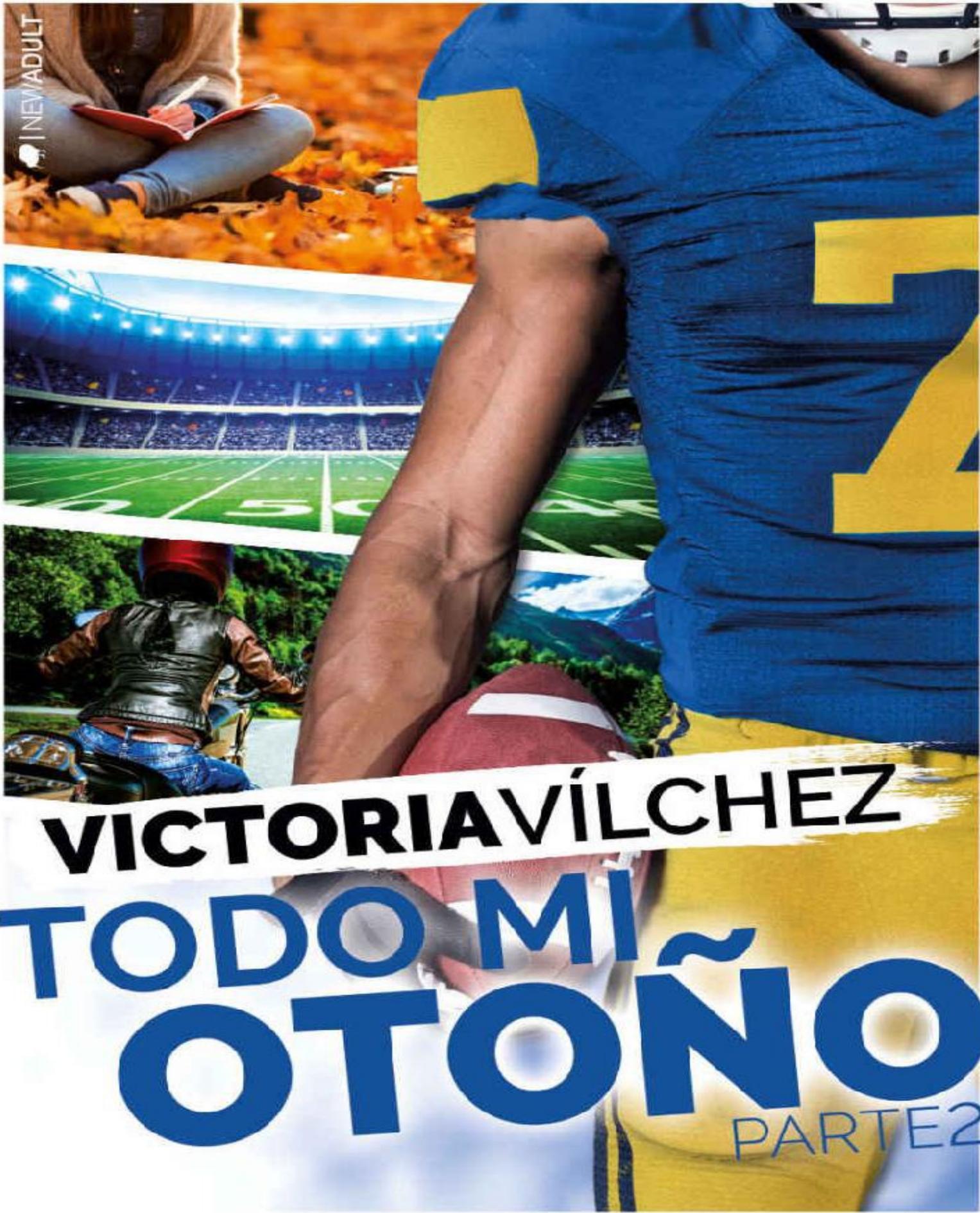


NEWADULT



VICTORIA VÍLCHEZ

**TODOMI
OTOÑO**

PARTE 2

Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, enero 2018

© 2017 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Parte 2](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Parte 2

1

Olivia ascendió a duras penas los dos escalones que la separaban de la puerta. Sus rodillas amenazaban con ceder bajo el peso de su cuerpo y, mientras esperaba, luchó por mantenerse en pie. Las últimas veinticuatro horas habían sido una auténtica tortura, aunque ella las había pasado huyendo de la realidad y su mente no había sido del todo consciente de lo que sucedía a su alrededor. Lo único que percibía con claridad era el dolor sordo de su pecho, ese no había desaparecido en ningún momento, sino que había ido creciendo conforme los minutos se deslizaban de forma inevitable.

En cuanto la puerta se hubo abierto, su mirada tropezó con un rostro que la recibió con sorpresa primero y preocupación después. Le fallaron las piernas y unos brazos la sostuvieron, evitando que se derrumbara sobre la tarima de madera que cubría el suelo.

—¿Olivia? —murmuró una voz masculina—. ¿Qué ha pasado?

«Que el mundo se ha ido al infierno», pensó para sí, pero no fue capaz de articular el pensamiento en voz alta.

Debería haber sabido que pasaría algo así, que ganar significaba que en algún momento tendría que perder. Sin embargo, ni en la peor de sus pesadillas hubiera imaginado aquello.

Un día antes había estado en Berkeley, con un campo de fútbol extendiéndose a sus pies y los ojos clavados en el grupo de gente que rodeaba a la única persona que había conseguido atravesar sus barreras en mucho tiempo. Había murmurado por lo bajo oraciones que no creía poder recordar, exigiéndole a Sean Donaldson, en un silencio doloroso, que se levantara, que no la dejara sola de nuevo. Pero nada de eso había sucedido. Y ahora se encontraba en un lugar en el que no quería estar pero que era el único al que podía acudir.

Los recuerdos del día anterior se mezclaban con otros más antiguos y ella apenas podía controlarlo.

—¿Estás herida? —inquirió la misma voz; la de Harry, su padre—. ¿Qué

ha pasado, Olivia?

En esa ocasión, la desesperación se adueñó de cada palabra, consiguiendo que ella alzara la barbilla y enfrentara su mirada.

No había herida alguna en su piel, pero si en las capas más profundas de su interior. Heridas abiertas que no habían llegado nunca a sanar.

—Estoy bien. Solo... solo necesito descansar —mintió, aunque estaba segura de que no resultaría suficiente. Si bien, la inconsciencia parecía un refugio prometedor.

Si la creyó o no, su expresión no varió. La alzó en brazos, algo que no hacía desde que era una niña, y se dirigió con ella hacia la planta superior de la vivienda. Olivia le dejó hacer, sabedora de que le sería imposible llegar por su propio pie. En su mente, imágenes parpadeaban, rápidas e hirientes. Imágenes de su madre en una camilla de hospital, similares a las que había contemplado el día anterior solo que con un protagonista diferente, y también imágenes de su padre y lo que sucedió poco después de que la enterraran. Todas se sucedían ante sus ojos como si las estuviera viviendo en ese mismo instante, condensadas en unos pocos segundos.

La culpa tampoco la eludió. Ni el miedo.

—Puedo llamar a un médico —sugirió su padre, al entrar en su antiguo dormitorio. Olivia cerró los ojos para apartar una vida de recuerdos y no volvió a abrirlos hasta que percibió el peso de una manta cubrirla hasta el cuello—. Tienes que decirme qué te pasa.

Pero ella negó.

Su estado probablemente le hacía más mal que bien a su padre. Sin embargo, se veía incapaz de fingir más allá de lo que ya lo hacía.

—Todo está bien —murmuró, y no supo a quién trataba de convencer, si a su padre o a ella misma.

Él tomó asiento en el borde del colchón. Pequeñas arrugas rodeaban sus ojos y las canas se habían adueñado hacía ya años de sus sienes, mezclándose con el tono oscuro de su pelo, idéntico al de Olivia. Apenas había alcanzado la cincuentena pero lucía mayor; alguien al que la vida había desgastado de dentro hacia fuera. Aunque en el fondo, Olivia albergaba un rencor por él que no le permitía sentir tanta compasión como debería.

Comprendió en ese momento que había estado muy enfadada con su padre y con todo el mundo en general, y que lo seguía estando. Ahora más que nunca.

Se frotó con descuido la muñeca, allí donde las uñas de Aria le habían arañado la piel. No la había soltado hasta darse cuenta de que Cam perdía la paciencia —y quizás también la esperanza—, esperando que su hermano le hiciera algún tipo de gesto, y saltara por encima de la barandilla para llegar al campo. Ambas lo habían visto correr antes de que la seguridad del estadio llegara hasta él y lo detuviera. Al final, los persuadió y le acompañaron junto a Sean y el equipo sanitario que lo asistía.

Los comentaristas narraban lo poco que sabían a través de la megafonía, aunque Olivia no había escuchado gran cosa salvo «herido», «daño», y «suspensión del encuentro». Más que suficiente. También ella había tratado de lanzarse al campo pero, para cuando había conseguido reaccionar, ya habían subido a Sean a una camilla y lo estaban sacando del césped. Inmovilizado por correas que sujetaban cada parte de su cuerpo, Olivia contempló cómo Cam caminaba a su lado junto con los asistentes mientras que otra persona le sujetaba la cabeza. Era imposible saber si estaba consciente o no. Se estremeció al pensar en que aquel despliegue solo podía suponer que seguía vivo. Durante todo ese tiempo había temido que se hubiera roto el cuello.

El pensamiento, que no había aceptado hasta ese instante, solo había conseguido empeorar los temblores que la sacudían.

—Tenemos que ir al hospital —acertó a decir Aria.

La chica no se encontraba mucho mejor que ella. Ambas parecían ser víctimas del *shock* que les había supuesto lo sucedido, solo que en el caso de Olivia el miedo que se había apoderado de su mente contaba con unas raíces profundas que la mantenían a merced de ese horror.

Se encontraron con Cam en el aparcamiento, junto a su coche. Lo vieron avanzar hacia ellas con el semblante sombrío, prueba de lo poco que le había tranquilizado poder llegar hasta su gemelo y la información que hubieran podido darle los médicos del campo sobre su estado.

—Sean está bien, ¿verdad? —inquirió Aria, lanzándose en brazos de su hermano—. No es nada grave —aseguró a continuación, tratando de convencerse de ello.

Cam echó un vistazo rápido a Olivia y luego se concentró en su hermana. La apretó contra su pecho y la mantuvo un instante allí, ofreciéndole consuelo.

—Vamos al hospital. Todo va a salir bien, pequeña.

Olivia se aferró a esas palabras e intentó hacerlas suyas.

Se metieron en el coche y, de camino al hospital, Cam les contó que Sean había perdido el conocimiento tras el placaje del defensa de los Golden Bears, si bien, lo había recuperado brevemente una vez estuvo en la camilla. No podrían saber nada más hasta que se le hicieran las pruebas oportunas en urgencias, aunque era bastante probable que hubiera sufrido una conmoción cuando su cabeza chocó contra el suelo. El casco habría absorbido la mayor parte del impacto pero no había sido suficiente para amortiguarlo por completo. Sean apenas si había balbuceado algunas palabras antes de volver a perder la consciencia.

—Ha dicho tu nombre —le indicó a Olivia, que temblaba en el asiento posterior, claramente en *shock*.

Su agonía se incrementó al escuchar el comentario de Cam. Sean había despertado unos segundos y la había llamado. Lo imaginó confuso, herido, articulando con esfuerzo esas tres letras que había convertido en algo tan suyo, y su estómago se contrajo al tiempo que lo hacía su corazón.

—Olivia, por favor —rogó su padre, trayéndola de vuelta a su cama, a la casa de su infancia—. Si no me cuentas lo que te pasa, no puedo ayudarte. ¿Es por... ella? ¿Por mamá?

Le sorprendió que se aventurara a conjeturar acerca de su madre; nunca hablaban de ella. Pero el dolor que impregnaba su voz dejó claro que nada había cambiado para él. Quiso decirle que sí, que siempre era ella, que todo era ella, él y las decisiones que habían tomado. Pero, en vez de eso, negó. Tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta y, tras unos segundos, buscó los ojos verdes de su padre.

—Huí del hospital. Me marché corriendo sin poder traspasar la puerta siquiera —explicó, aunque él no podía entender de qué demonios estaba hablando y qué hacía en el hospital—. En cuanto me acerqué a la entrada ya no le veía a él en la camilla sino a mamá. Fue... doloroso —añadió, sin encontrar una manera mejor de hacerle entender cómo se había sentido—. El pánico se

apoderó de mí y mi instinto me gritó que me largara de allí antes de lo inevitable...

Su padre se inclinó un poco sobre la cama. Tomó la mano de Olivia entre las suyas y el contacto hizo que ella se estremeciera.

—¿Quién está en el hospital, Olivia? ¿Por qué estabas tú allí? —Trató de interrogarla, buscándole sentido a lo que decía su hija.

Pero para entonces la mente de Olivia ya había comenzado a vagar de nuevo de forma errática. Solo él podía haber entendido que, fuera quién fuera la persona de la que hablaba, Olivia no estaba preparada para aquello. Las pocas semanas de terapia a las que había acudido en el pasado no habían sido suficientes para que aceptara la muerte de su madre ni cómo su mundo se había desmoronado tras esta. Él había insistido en que continuara acudiendo a las sesiones con el especialista, pero ella se había negado y había asegurado que encontraría su propia forma de salir adelante. Claro está, no había sido así y Harry lo sabía. Lo peor era que no solo no había hecho nada para remediarlo, sino que él mismo lo había empeorado.

—Necesito dormir —terció Olivia, cerrándose en banda—. Déjame descansar.

No fue una petición sino una orden. Casi pudo ver a la pequeña Olivia rodeándose del muro de indiferencia que había construido año a año. Harry sabía mejor que nadie que dejar a todo el mundo al margen de su vida no era ni sería nunca una solución, pero la culpa era una carga tan pesada que no le permitía negarle nada a su hija.

Exhaló un largo suspiro y sostuvo su mano unos pocos segundos más, reacio a abandonarla una vez más con sus pensamientos, seguro de que estaba haciendo mal. Sin embargo, cedió. Le dio un beso en la frente del que Olivia no fue siquiera consciente y se puso en pie.

—Descansa. Te veré por la mañana y tendrás que contarme qué ha pasado.

Ella no contestó. Se giró hacia la ventana y clavó los ojos en el cristal, casi como si esperase que Sean apareciera tras él y se colara en su habitación. Pero la realidad era que él estaba a kilómetros de allí, yaciendo en una cama de hospital, y no tenía ni idea de hasta qué punto... herido, por dentro y por

fuera.

2

La moto de Olivia descansaba en el camino de acceso de la casa de su padre en Anaheim Hills, a algo menos de una hora del campus. No se había molestado en pedirle a Harry que abriera el garaje para poder meterla en el interior y prácticamente se había olvidado de ella conforme paró el motor y puso los pies en el suelo.

Maya la reconoció en cuanto detuvo el coche junto al bordillo pero, incluso así, volvió a consultar la pantalla del móvil para asegurarse de que había llegado a su destino. Nunca había estado allí y solo había podido encontrar la casa gracias a un amigo de un amigo de Will, que conocía a alguien de admisiones. Revelar datos personales de los estudiantes era algo ilegal y podían terminar todos metidos en un lío, pero su preocupación había ido en aumento tras varios días sin saber nada de su compañera de piso.

Todos en el campus estaban al tanto de lo sucedido con Sean Donaldson en el partido de Berkeley vs. UCLA, no se hablaba de otra cosa, y, cuando Cam había aparecido en su puerta preguntando por Olivia, había tirado por tierra su suposición de que ella se hallaba en el hospital con el *quarterback* y por eso no había regresado de su viaje.

—No está aquí. Pensaba que estaba en el hospital con Sean —le había dicho, pero Cam había negado con la cabeza.

La dureza de su expresión distaba mucho de lo que Maya esperaba ver reflejado en su rostro. Se preguntó por qué, en vez de inquieto, parecía enfadado.

—¿Tienes alguna forma de localizarla? —inquirió él, muy serio—. Su móvil está apagado.

Ese era un detalle que Maya ya conocía. Tras enterarse de que Sean había sido trasladado al hospital había intentado ponerse en contacto con ella para preguntarle acerca de su estado. Al principio no había respondido y supuso que no estaría de ánimos para hablar con nadie. Pero luego las llamadas pasaban directamente a su buzón de voz. Maya había creído que se habría

quedado sin batería y no le habría prestado más atención a su teléfono. Olivia no era de las que vivían pendientes de su móvil.

—Solo tengo ese número. Sé que su padre no vive lejos de aquí, pero no sé dónde exactamente.

Resultó obvio que no era la respuesta que Cam esperaba. Un músculo palpitó en su mejilla y sus labios se convirtieron en una delgada y apretada línea.

—Si la ves, dile que la estoy buscando. Que pase por mi casa. —Se volvió para irse y Maya quiso preguntarle por su hermano, pero antes de que pudiera abrir la boca él se giró de nuevo—. ¡O que al menos llame a Sean, joder!

El arrebato sorprendió a la chica. Gracias a Olivia, en las últimas semanas había tratado en varias ocasiones con los gemelos y siempre le había parecido que ambos eran tipos bastante amables. Cam, incluso, resultaba aún más correcto si cabe que su hermano, mucho más impulsivo. Trató de no concederle mayor importancia; bastante mal debía estarlo pasando ya.

—Se lo diré —replicó ella—. Espero que Sean esté bien.

Cam no había contestado a sus buenos deseos. Tan solo había murmurado un «hasta luego» y se había marchado escaleras abajo a paso apresurado.

Tras su visita, Maya apenas había tardado unos minutos en llamar a Will y comentar con él su preocupación por la desaparición de Olivia. Gracias a Dios, él le había ofrecido una posible solución, aunque hubiera sido ilícita, y esa misma tarde le había prestado su coche para que visitase al padre de Olivia y pudiera así preguntarle si conocía su paradero.

—¡Buenos tardes, señor Andrews! —saludó, suponiendo que el hombre que le había abierto la puerta era efectivamente el padre de Olivia—. Soy Maya, la compañera de piso de su hija... —Titubeó unos segundos mientras buscaba una manera de no alarmarle con sus preguntas—. Estaba buscando a Olivia. Ella... Ella se fue a pasar el fin de semana...

—Está arriba —la interrumpió Harry, y se hizo a un lado—. Pasa, por favor.

Maya atravesó el umbral y, siguiendo las indicaciones del hombre, avanzó hasta acceder al salón. Le llamó la atención que las paredes estuvieran

desnudas casi en su totalidad. La única decoración con la que contaban era una fotografía familiar que colgaba enmarcada en la zona del fondo. La imagen había sido tomada en el exterior de la casa y todos se encontraban sentados en los escalones de entrada. Harry sonreía y, en vez de mirar a la cámara, lo habían sorprendido observando a su mujer con una devoción tal que resultaba obvia a ojos de cualquiera. Olivia se hallaba entre ellos, arropada por los dos, y apenas si contaría diez años. Al igual que su padre, sonreía abiertamente.

Harry siguió la mirada de Maya hasta que se percató de qué era lo que había atraído su atención. La idílica escena le arrancó una sonrisa cargada de tristeza.

—Se parece mucho a su madre —admitió él en voz alta.

Maya se volvió e hizo un leve asentimiento.

—¿Está bien? —inquirió, tal vez de forma algo brusca, empujada por la preocupación—. No he sabido nada de ella en días.

Harry suspiró.

—Me da la sensación de que se conforma con estar. Quizás quiera hablar contigo y te cuente algo más de lo que me ha contado a mí —comentó, con evidente frustración.

Le indicó la escalera que ascendía hasta el segundo piso y le dio así vía libre para subir a su dormitorio. No pensaba preguntarle a Olivia si le apetecía recibir a Maya, desesperado como estaba por sacarla del estado melancólico en el que se encontraba. Parecía haberse sobrepuesto en parte del *shock*, si bien, Harry podía ver más allá de esa fachada. No estaba bien en absoluto.

Sin embargo, antes de que Maya se encaminara siquiera hacia allí, se escucharon pasos moviéndose en la planta superior y Olivia descendió por las escaleras. Su expresión era neutral, aunque las ojeras bajo sus ojos y la rojez de estos eran algo que no podía esconder.

—Maya, ¿qué haces aquí? —No había animosidad en su voz, solo una extraña cautela repleta de curiosidad.

Harry se disculpó en ese momento, alegando que debía preparar la cena, no sin antes invitar a Maya a quedarse y compartirla con ellos. Esta se lo agradeció con una sonrisa, pero no contestó a la pregunta de su compañera de

piso hasta que no se quedaron a solas.

—¿Qué demonios ha pasado? —le soltó sin más—. Me enteré de lo ocurrido con Sean en el partido. —Olivia no pudo reprimir una mueca al escuchar la mención al *quarterback*—. Y no he dejado de llamarte. Pensaba que estarías en el hospital, pero esta mañana Cam ha aparecido en nuestra puerta y me ha preguntado si sabía dónde estabas.

Olivia se mordisqueó el labio inferior y se acercó hasta la ventana. Echó un vistazo al exterior. Repasó la carrocería de su moto con los ojos aunque su mente había volado lejos de allí. De espaldas aún a Maya, realizó la pregunta que tanto ansiaba y temía hacer:

—¿Cómo está Donaldson? —Esas tres palabras salieron quemándole la garganta y supo que había empleado su apellido porque, de otra forma, no habría sido capaz de referirse a él.

Sean había convertido un simple juego de nombres en algo especial e íntimo, algo que solo parecía adecuado usar entre ellos. Había confesado que la llamaba Liv porque era egoísta, pero ella no dejaba de pensar en que Sean Donaldson era la persona menos egoísta que había conocido y, tal vez por eso, tenía que alejarse de él. Ella sí que se sentía egoísta.

Le dolía el pecho solo de pensar en la respuesta que podría darle Maya. Se le había acelerado el pulso y volvía a latirle en los oídos, y tuvo que esforzarse para controlar el ritmo de su respiración.

—Todo lo que sé es que se recupera bien pero aún está en observación. Quieren asegurarse de que el golpe no ha producido ningún tipo de secuela. Cam no me dijo nada, me enteré por uno de sus compañeros de equipo —agregó—. Está muy cabreado contigo, Olivia.

—¿Sean? —replicó, volviéndose en su dirección.

—Cam. Muy, muy cabreado y no tengo ni idea de por qué.

Olivia trató de no exteriorizar ninguna emoción. Que Cam estuviera enfadado con ella le preocupó a pesar de todo; de sus barreras que habían resultado insuficientes; de esa distancia que creía haber mantenido pero que, sin darse cuenta, los Donaldson habían ido recortando día a día. Incluso su compañera de piso había ido a buscarla... Pero eso no era nada comparado con lo que le hacía sentir la mera mención de Sean.

Sabía que tendría que regresar a la universidad y la cuestión era que la Olivia de las últimas semanas solo pensaba en salir corriendo de esa casa e ir en busca de su mejor amigo, pero había otra parte de ella que le gritaba que huyera en dirección contraria, y esa voz nunca hasta ahora había sido tan fuerte. Porque, fuera como fuera, las heridas que albergaba en su corazón y que no habían llegado a cerrarse del todo palpitaban en ese momento de un modo demasiado doloroso.

Sintió cómo se desgarraba por dentro, cómo se partía en dos mitades deseosas de imponer su voluntad. Se tambaleó, mareada, y apenas si atinó a apoyarse contra la pared más cercana para no derrumbarse. Maya acudió a su lado a toda prisa, mientras ella se deslizaba y acababa sentada en el suelo.

Olivia alzó la mano para tranquilizarla.

—Estoy bien —le dijo, aunque sonó a mentira—. Es que no he comido nada.

Maya agitó la cabeza en un gesto de negación.

—Eso no hay quién se lo crea. —Le pasó un brazo en torno a los hombros, prestándole algo de consuelo—. No tienes que demostrar nada, Olivia. Deja de fingir que no necesitas a nadie y apóyate en la gente que te quiere. Puedes contar conmigo.

Sin querer, Maya le recordó una promesa muy similar. Sean le había ofrecido estar ahí para ella, no importaba si decidía hablarle de su pasado o no, y eso le hizo sentir aún peor. Ella no había estado ahí para él en un momento crucial.

Los demonios de su interior alzaron de nuevo la voz, silenciando su culpa. Sin embargo, Olivia fue consciente de que le había fallado a Sean, puede que de una forma irreparable. Pero lo peor era saber que no iba a ser capaz de arreglarlo de ninguna de las maneras.

3

Maya le advirtió de que debía llamar a Sean y se lo repitió hasta la saciedad antes de marcharse de la casa de su padre; tantas veces como insistió en que descansara y comiera algo. En cambio, no volvió a reclamar una explicación sobre lo sucedido en Berkeley.

Olivia había encendido el teléfono, que mantenía apagado desde que había llegado allí, y este empezó a pitar en cuanto se conectó a la red. Estaba ya metida en la cama y aún no se había atrevido a revisarlo aunque, por los tonos que emitía, sabía que habría tanto llamadas perdidas como mensajes.

Cuando por fin reunió valor suficiente, sus ojos solo buscaron un nombre. No lo encontró. ¿Estaba Sean tan grave como para no tratar de contactar con ella? ¿O solo estaba enfadado, tanto como su hermano? Había otro número que no conocía y no tardó en comprender que era el de Aria. Que la hermana de los gemelos le hubiera enviado un mensaje le produjo una sensación extraña y se preguntó qué tendría que decirle después de haber dejado tirado a Sean.

«Eres una cobarde», se dijo, sabiendo que era verdad. Lo único que había hecho era huir, algo que se le daba realmente bien. Pero en aquella ocasión, escapara hacia donde escapara, parecía que el dolor iba a acompañarla igualmente. Y como si Aria conociera la tormenta que se había desatado en su interior, Olivia descubrió lo que ponía el único mensaje que esta le había enviado:

Huir nunca arregla nada.

Regresó al campus a la mañana siguiente. Durante la noche se había convencido de que debía responder de sus actos. Pedirle disculpas a Sean y a sus hermanos parecía lo más correcto, si bien, mantuvo su decisión de mantenerse alejada de él después de eso.

Tomó el ascensor y se detuvo en la planta de los Donaldson, sin pasar antes siquiera por su apartamento para cambiarse. Había tenido que coger algo de ropa vieja de su antigua habitación, pero tampoco era que tratara de impresionar a nadie a esas alturas; el pantalón de chándal y su cazadora

serviría.

No se sentía preparada para enfrentarse a Cam cuando este le abrió la puerta con Perseo en brazos, y su sentimiento de culpa aumentó aún más al percatarse de que se había desentendido también de su gato. Esperaba algún tipo de reproche, mucho más que la mirada airada que le dedicó antes de darle la espalda y regresar al salón.

Le siguió al interior.

—Olivia, este es mi padre. Papá, ella es Olivia, una amiga de Sean.

Ella se detuvo en seco, sorprendida. Se había acostumbrado con tanta rapidez a colarse en el apartamento que ya casi lo consideraba un poco suyo y no esperaba encontrarse a nadie salvo al gemelo, pero ya era tarde para echarse atrás.

Sus ojos volaron hasta el sofá, ese en el que tantas tardes había pasado, y se toparon con unos ojos idénticos a los de los gemelos. En ellos vio la misma chispa de diversión pícaro que adquirirían los de Sean en multitud de ocasiones.

—Tú debes ser la Olivia de la que tanto habla mi hijo.

El aliento se le quedó atascado en la garganta mientras el hombre se acercaba hasta donde estaba y le tendía la mano. La estrechó en un acto reflejo.

—Eh... sí. Encantada, señor Donaldson.

—Mi padre ha volado desde Ohio para ver a Sean aunque, tanto él como yo, le hemos dicho que no era necesario porque se encuentra bien —intervino Cam, que mantenía al pequeño Perseo en brazos.

Había pronunciado la última palabra con una intensidad muy diferente al resto, como si el comentario en realidad no estuviera dirigido a su padre sino, más bien, a ella.

La hostilidad de Cam era patente, al menos para Olivia, aunque tal vez solo se tratase de recelo. De igual forma, respiró hondo, aliviada al saber que Sean estaba bien y sintió el pecho más ligero, como si hasta ahora una mano invisible hubiera estado comprimiendo su corazón y, por fin, lo hubiera dejado libre. No quería pensar en lo que significaba aquello.

—Olivia, ¿podemos hablar un momento? —terció Cam, amagando una sonrisa no demasiado amable.

La mirada del señor Donaldson osciló de su hijo a Olivia y luego de vuelta a Cam.

—Os dejaré a solas.

Olivia le hizo un leve gesto de despedida con la cabeza.

—Un placer, señor Donaldson.

Cam apenas esperó a que su padre se metiera en el dormitorio de Sean y cerrara la puerta a su espalda. Llevó a Olivia hasta la cocina y se encaró con ella.

—¿Has llamado a Sean? —le espetó sin rodeos.

Olivia dejó la vista vagar por la estancia. Los muebles no eran demasiado nuevos pero los gemelos mantenían la habitación, así como el resto de la casa, limpia y en orden. Había pasado mucho tiempo allí en las últimas semanas. Se había sentado infinidad de veces en la encimera a la espera de que las palomitas terminaran de hacerse en el microondas o Sean se preparara un emparedado de manteca de cacahuete a sabiendas de que ella la odiaba. Olivia lo observaba untar con deleite cada rebanada de pan y él le dedicaba un guiño ante su expresión de disgusto.

De forma mecánica, abrió el congelador y descubrió al menos tres tarrinas de helado de fresa, chocolate y galleta. De vez en cuando, Sean dejaba caer que había comprado por si le apetecía comer un poco, sin darle mayor importancia. En aquel momento comprendió que era algo más que eso: había hecho acopio de ellas solo para contentarla. Lo imagino en el supermercado, buscando su preferido entre todos los sabores disponibles, y un escalofrío reptó por su espalda, sacudiéndola.

—Joder, ¿te vas a poner a comer helado ahora? —La llamada de atención de Cam surtió efecto y ella cerró el congelador y se centró en el motivo que la había llevado hasta allí.

—Lo siento. No quería marcharme así del hospital —murmuró, y la disculpa pareció enfurecer aún más al gemelo.

Perseo se removió en los brazos del chico pero él no lo soltó.

—Dios, Olivia, te largaste sin más. ¡Diste media vuelta y saliste corriendo! ¿Sabes lo mucho que se preocupó Aria? —inquirió, y supo que, aunque no lo dijera, él también había estado preocupado—. ¿Y Sean? ¡En

cuanto despertó no hizo otra cosa que preguntar por ti!

Olivia inspiró, haciendo un esfuerzo por aparentar una tranquilidad que no tenía.

—Lo siento —repitió, y hasta ella le pareció una disculpa vacía aunque era verdad que lo sentía.

—Me importa una mierda que lo sientas.

Olivia acusó la dureza de su respuesta, pero no dijo nada. En realidad, le estaba bien empleado. Aquello era lo que pasaba cuando permitías a la gente acercarse a ti, las cosas se complicaban. Si nadie te apreciaba, nadie esperaba nada de ti.

—Le pediré disculpas a Sean —argumentó, sabiendo que no sería un trago fácil. Le parecía impensable plantarse frente a él y que la mirase como la estaba mirando su hermano—. No volverá a ocurrir —añadió, y esta vez fue su voz la que adquirió un tono mucho más duro.

Cam frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso? —Ladeó la cabeza y la observó con fijeza, como si tratara de descifrar sus palabras a través de las líneas de su rostro.

Olivia avanzó y tomó al gatito de entre sus manos. Ya no eran tan pequeño como cuando lo había traído envuelto en la sudadera de Sean, aunque continuaba siendo poco más que un cachorro. Lo acomodó contra su pecho y lo acarició detrás de las orejas. Su ronroneo no se hizo esperar.

—Buscaré un hogar para Perseo esta misma semana.

—Ah, no —replicó él, y Olivia creyó que la discusión pasaría a centrarse en su mascota adoptiva—. No pienses ni por un momento que vas a huir de nuevo y mucho menos que vas a llevártelo —agregó, e hizo ademán de arrancárselo de los brazos, si bien, se resignó y decidió hablar con total sinceridad—. ¿De verdad crees que Sean te va a dejar ir sin más? Fui yo el que le aconsejé que fuera despacio contigo, Olivia. Conozco a mi hermano y cuando se le mete algo en la cabeza no para hasta conseguirlo. Y tú... tú le gustas, has llegado a lugares de él que otras chicas ni siquiera se atrevían a imaginar que existieran. ¡Ni él mismo sabía que existían, joder! Así que si piensas que puedes largarte por dónde has venido como si nada de eso hubiese

sucedido, no puedes estar más equivocada...

Cam se interrumpió y Olivia echó un vistazo sobre su hombro.

—¿Todo bien por aquí? —inquirió el señor de los Donaldson desde la puerta.

Había escuchado los gritos de su hijo y, teniendo en cuenta el carácter sereno de Cam, le extrañó que estuviera chillándole a Olivia. Su mirada osciló entre ambos, pero ninguno respondió a su pregunta.

—¿Cam? —le urgió, inquieto.

—Todo está bien, papá —aseguró él, y su expresión perdió parte de la furia que había mostrado hasta entonces—. No te preocupes.

Su padre no pareció demasiado conforme. No obstante, apartó el tema para más tarde.

—¿Quieres comer con nosotros, Olivia? Sean no tardará en llegar, le dieron el alta esta mañana.

—En realidad, ya me iba. Tengo mucho que hacer.

Había perdido varios días de clase y tenía que ponerse al día, pero no estaba rechazando la invitación por eso. Lo único que quería en ese momento era salir de allí. Las acusaciones lanzadas por Cam habían hecho mella en ella, que aún trataba de lidiar con las emociones que el accidente sufrido por Sean había despertado en su interior. Era consciente de que Cam no mentía respecto a su hermano y se preguntó cómo, después de tratar de evitarlo por todos los medios, había terminado justo en aquella situación.

Sin embargo, si pensaba que Cam había sido duro con ella, no tenía ni idea de lo que le esperaba cuando se enfrentara a su hermano. Porque, ni siquiera en ese momento, después de todo lo sucedido, había comprendido todavía lo mucho que representaba Sean para ella. No siempre se puede huir por mucho que quieras escapar.

4

Cada segundo de ese día, hasta que cayó la noche, Olivia trató de llevar su mente a algún lugar lejos del edificio en el que residía; lejos del apartamento situado dos plantas por debajo del suyo; lejos de los Donaldson y, en concreto, del *quarterback* de los Bruins, algo más que un simple amigo.

Pasó la tarde lanzando miradas de recelo a su ventana y, sin embargo, casi al anochecer, fueron varios toques en su puerta los que la sobresaltaron. Maya la entreabrió y segundos después fue Aria la que apareció tras ella. Ver en su habitación a la hermana de Sean fue casi peor que la conversación con Cam, cuyas palabras la habían perseguido durante las horas anteriores a ese momento.

—¿Puedo pasar? —inquirió la chica, y Olivia no pudo más que asentir.

La familia Donaldson parecía no darse por vencida con ella, y no pudo evitar preguntarse el por qué.

—Adelante.

Aria atravesó el umbral y caminó hasta la cama, donde Olivia había desplegado sus apuntes y se había sentado con el portátil en el regazo, dispuesta a adelantar los días que había perdido aunque no lo estuviera consiguiendo. Apartó varios libros y la invitó a sentarse con un gesto. La chica barrió el dormitorio de un solo vistazo, deteniéndose brevemente en la mesilla de noche junto a su cama. Allí reposaba una instantánea en la que Sean abrazaba a Olivia desde atrás, muerto de risa, mientras se hacían con su móvil un *selfie* juntos en la escalera de incendios. Solo se veían sus rostros, pero sus sonrisas brillaban de un modo similar. Sean había insistido en imprimirla y regalársela semanas atrás, y comprendió que la había colocado en el primer lugar donde se posaba su mirada al despertar. También cayó en la cuenta de que, siempre que Sean y ella habían dormido juntos, su insomnio parecía ser más benévolo, como si el calor que desprendía al tumbarse a su lado fuera suficiente para apaciguar la inquietud que la sobrevenía al cerrar los ojos.

Sean Donaldson se había metido en su vida más allá de toda duda

razonable, de una forma lenta pero inexorable, y ella lo había permitido porque... Bueno, era Sean, el chico inofensivo del que no había que preocuparse. Solo que ahora era mucho más que eso.

—Siento mi... huida —terció Olivia, antes de que Aria pudiera repetir el discurso airado de su hermano.

Pero ella, por contra, esbozó una sonrisa comprensiva y no exenta de cierta tristeza.

—Sé que Cam ya te ha... Bueno, ya ha hecho de hermano mayor contigo —repuso—. No se lo tengas en cuenta, es muy protector con su familia y a veces creo que con eso de que son gemelos lo que le duele a Sean también le duele a él. —Se encogió de hombros. Olivia deseó decirle que, en el fondo, admiraba como se cuidaban los unos a los otros. Ojalá hubiera tenido ella a alguien que la protegiera años atrás, que la apartara del dolor—. Sé que es tarde pero, ¿te importa si salimos a por un café?

La propuesta la hizo recelar durante un instante. No sabía si estaba preparada para enfrentarse a Sean, aunque se moría por verle, y bien podía tratarse de una estratagema para sacarla de su piso y hacerlos coincidir.

—Solo tú y yo —terció Aria, como si adivinara sus sospechas—. Me gustaría hablar contigo.

Finalmente, Olivia aceptó. Era lo menos que le debía a Aria por su amabilidad después de haber salido corriendo del hospital en el peor de los momentos, y además sentía curiosidad por lo que fuera a decirle. En realidad, todo lo que tuviera que ver con Sean despertaba su interés por mucho que tratara de evitarlo.

—Aquí hacen el mejor café de todo el campus —señaló Olivia, sentada frente a Aria—. Suelo pasarme siempre antes de ir a clase.

Omitió que también visitaba el local al regresar los días que Sean no tenía entrenamiento y llevaba bebidas para ambos.

Por pura costumbre, Olivia pidió el suyo y además también uno para él. No fue hasta que el dependiente se los entregó que se dio cuenta de ello.

Aria contempló el vaso con el nombre de su hermano y le dedicó una sonrisa.

—Puedes pasarte por su piso a la vuelta —le dijo, señalando el café—.

O yo misma se lo llevaré.

Comprender que aquella chica estaba huyendo del rompecorazones de su hermano fue toda una revelación para Aria. Es decir, Sean ya le había hablado de ella y sabía que era algo más que uno de sus ligues, y tenía que admitir que tan solo por eso no podía evitar mirarla con otros ojos. Lo sucedido en Berkeley tan solo había logrado incrementar si cabe la necesidad de conocerla más. En cierta medida, veía en ella algo de sí misma.

—¿Estás bien? —le preguntó, y Olivia se sorprendió de que esa fuera la primera de las cuestiones que le planteaba—. Sé que acabamos de conocernos y no me gusta meterme donde no me llaman pero... No sé, el otro día, cuando te fuiste sin decir nada...

Olivia esbozó una sonrisa pero la alegría rehuyó sus ojos. Por algún motivo le vino a la mente el momento exacto en el que Sean le había susurrado al oído su nombre la noche previa al partido, cómo se había dormido en sus brazos después de hacer el amor y el instante en el que había abierto los ojos esa mañana a su lado.

—Es complicado para mí —repuso Olivia, desviando la mirada.

Sabía que no debería haber salido corriendo, Sean no se merecía algo así, pero cuando estás acostumbrada a escapar para evitar las heridas, huir se convierte en una respuesta instintiva. Aquello la hizo sentir cobarde, nada que ver con la falsa sensación de seguridad y fortaleza de otras ocasiones.

—Siempre lo es. Pero los Donaldson somos leales, además de muy cabezotas —le explicó, con una sonrisa de cariño adornando sus labios—. Creo que significas mucho para mi hermano y no me gustaría que le hicieras daño.

Olivia no se tomó a mal el comentario, comprendía la preocupación de Aria por su hermano. Exhaló un largo suspiro, sin saber qué podía decirle.

Su silencio desanimó a Aria. Había esperado que la chica se sincerara con ella y le contara a qué se había debido su precipitada huida. Sean se había cerrado en banda y no había dicho ni una palabra al respecto y, es más, si llegaba a enterarse de que estaba allí con ella, era probable que no se lo tomara demasiado bien.

—¿Te ha contado Sean mi historia con Max? —Cuando ella negó, Aria se

dispuso a confesarle parte de lo sucedido el verano anterior. Tal vez eso ayudaría a que se abriera. O al menos le serviría de distracción; no tenía buen aspecto y supo que aquello tampoco era fácil para ella. El motivo, sin embargo, se le escapaba—. No empezamos con buen pie. En realidad, lo odiaba con todas mis fuerzas. No puedes hacerte una idea. Cuando me lo encontré en Lostlake, lo que yo esperaba que fuera el verano de mi vida se convirtió en un auténtico infierno. Pero, de alguna manera, con el paso de los días, todo fue cambiando. Mi instinto me decía que debía darle una oportunidad y Max puso mucho, mucho empeño en que así fuera.

Olivia dio un sorbo a su café sin dejar de prestar atención a su relato y Aria se alegró de ver cómo se acomodaba en el asiento, algo más relajada.

—Y al final ¿sabes qué? Que fui yo la que la cagué. Desconfié de él, salí corriendo y no le di la oportunidad de explicarse. —Resumió, y Olivia empezó a entender a dónde quería llegar—. Podía haber sido culpable de algo que pasó, aunque mi instinto me decía que no lo era, pero ni siquiera dejé que me contara su versión de lo sucedido. Huir no sirve de nada, Olivia. No tengo ni idea de lo que hay entre mi hermano y tú, tan solo sé que sois amigos y, créeme, eso significa mucho tratándose de Sean. Pero he visto cómo te mira... Y también cómo lo miras tú a él, igual que yo miraba a Max este verano, como a alguien al que deseas cerca de ti pero al mismo tiempo temes que se acerque demasiado.

Olivia seguía con la vista fija en la mesa, sus dedos en torno a la taza de café, aferrándola con fuerza. Aria no podía haberlo resumido mejor, solo que la parte de ella que tenía miedo era más fuerte que la que anhelaba a Sean Donaldson, y darse cuenta de ello la hizo sentir aún más débil. Le gustaba creer que era una persona segura de sí misma y que los golpes que había recibido la habían convertido en alguien fuerte y capaz, y comenzaba a comprender que no había hecho otra cosa que evitar las dificultades solo para no tener que enfrentarse a ellas.

Aria volvió a interpretar la ausencia de una respuesta como una negativa a hablar y se dio por vencida. Le disgustó no poder ayudar a Olivia de alguna manera, ya que estaba segura de que de verdad le importaba su hermano aunque hubiera salido corriendo después del accidente. Se puso en pie y estiró

la mano para hacerse con el café de Sean, deseando que ella la detuviera y fuera a ver a su hermano. Y cuando Olivia la agarró de la muñeca y levantó al fin la vista para mirarla casi sonrió.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió, con expresión grave, y Aria asintió—. ¿Por qué te has preocupado en venir a hablar conmigo después de que os dejara tirados? ¿Por qué tu familia es tan amable?

Aria puso la otra mano sobre los dedos que rodeaban su muñeca y se tomó tiempo para contestar, sabiendo que lo que dijera era de algún modo muy importante para ella. Trató de ser lo más sincera posible.

—Porque adoro a mi hermano y quiero que sea feliz, y tú pareces hacerle feliz. Y también porque me recuerdas a mí —agregó, y esbozó una pequeña sonrisa—. Porque mi padre me dijo una vez que me equivocaría muchas veces a lo largo de mi vida, me caería y me levantaría un poquito más sabia cada vez. Supongo que me gustaría pensar que es verdad. Todos cometemos errores y hacemos daño a las personas que queremos, Olivia, pero en nuestra mano está hacer todo lo posible por enmendarnos.

Olivia pensó en su propio padre y, durante unos segundos, el aire que entraba en sus pulmones pareció volverse un poco más pesado. Pero también hizo que se preguntara si no le habría juzgado con demasiada dureza. Lo que había hecho era horrible y nunca podría perdonárselo del todo, pero ¿le dolería tanto como le dolía a ella? ¿Se arrepentiría de verdad? Olivia siempre se había negado a hablar de ese episodio de sus vidas con él y también con el psicólogo al que su padre había contratado y que ella apenas si consintió en ver unas pocas veces.

—Volvamos —le dijo Aria, y aunque su tono era neutro, quizás incluso resignado, lo sintió como un reproche.

Regresaron por el camino más corto y, una vez más, Olivia no hizo uso de la escalera de incendios para llegar hasta su apartamento. Le aterrorizaba pasar frente a la ventana de Sean, igual que temía el momento en el que lo tuviera delante. Su decisión de alejarse de él se tambaleaba y, por primera vez, en su interior se alzó una voz que la animó no solo a quedarse y dejar de huir sino a estar. Estar de verdad.

5

—¿Puedes decirle a Sean que se encuentre conmigo arriba en la escalera de incendios? Si es que se ve con fuerzas...

La pregunta, formulada de manera titubeante, hizo que Aria se detuviera. Acababa de salir del ascensor. Giró sobre sí misma y vio que Olivia había impedido que las puertas de este se cerraran de nuevo para continuar su ascenso hacia la planta en la que ella vivía. Enarcó las cejas por lo extraño de la petición, si bien, con un leve gesto de cabeza le dio a entender que así lo haría.

Olivia se lo agradeció con una sonrisa y se retiró al interior del ascensor. No quería hablar con Sean en su casa a pesar de que echaba de menos estar allí con él, aunque la mayoría de los días sus planes no fueran más allá de ver una película o desayunar juntos mientras se reían de la cara de sueño del otro. Echaba de menos a Sean y también a Perseo pero, con parte de los Donaldson en el pequeño apartamento, no creía que fuera una buena idea hacerles una visita ahora.

—¡He visto a Sean! —Escuchó gritar a Maya en cuanto abrió la puerta de su piso y se encaminó a su dormitorio.

Se detuvo en seco.

En su precipitada carrera por llegar de inmediato a su habitación y salir para encontrarse con Sean —si es que accedía a verse con ella—, ni siquiera se había percatado de que Will estaba repantigado en el sillón.

—¿Qué hay, Olivia? —le saludó, y señaló la puerta de Maya, indicándole que era allí donde se encontraba su novia.

Maya asomó por el umbral que daba a su propio dormitorio y agitó la mano. Olivia se acercó lo suficiente para que Will no pudiera oír de qué hablaban.

—¿Cómo está? ¿Dónde lo has visto?

—Me lo he cruzado al llegar. Parece estar bien, aunque tiene un cardenal bastante feo en el mentón. Poco más —concluyó, y aquello hizo que Olivia se

sintiera un poco mejor—. Pero... venía con un rubia bastante mona —agregó, y ahora sí que susurraba.

El comentario provocó en Olivia un desagradable estremecimiento, hasta que cayó en la cuenta de que debía tratarse de Aria. Sin embargo, la extrañeza que se había apoderado de ella durante unos breves segundos no la abandonó del todo cuando se lo aclaró a Maya.

—Su hermana ha venido desde Berkeley, supongo que sería ella.

Los celos no le resultaban familiares. Incluso en lo referente a Sean había sido muy consciente desde el principio de lo mucho que el *quarterback* llamaba la atención y de cuántas chicas del campus mostraban interés por él. Pero la idea de que él se viera con alguien o tuviera un simple aventura con cualquiera de ellas ahora era algo... casi doloroso.

Dejó a Maya metiendo algo de ropa en una bolsa. No preguntó al respecto. Solía pasar casi más noches con su novio que allí; era otra de las cosas que le habían gustado de ella como compañera de piso. Cerró la puerta de su habitación y fue directa a la ventana. No había nadie fuera, pero eso no la desanimó. Salió al exterior y se sentó, apoyando la espalda contra la pared del edificio.

Los siguientes minutos puede que no fueran los más largos de su vida, pero estuvieron muy cerca de serlo. Las pocas estrellas que poblaban el cielo se escondían a intervalos detrás de nubes oscuras y, mientras ella contemplaba cómo aparecían y desaparecían, alguien comenzó a ascender por las escaleras varios pisos más abajo. Supo que se trataba de Sean antes incluso de bajar la mirada y tropezar con sus cristalinos ojos azules, más oscuros con la escasa luz que los rodeaba. Percibía su presencia como un imán por el que no podía evitar sentirse atraída pero, más allá de eso, Sean le confería una calma interior que no lograba entender pero que cada vez necesitaba más. Sin embargo, la expresión del rostro del chico era ligeramente distinta en esa ocasión; no arrogante o burlona, como el día que Olivia se coló por primera vez en su casa; ni dulce y comprensiva, como más tarde, en esos días en los que compartían tiempo juntos; o soñadora, como en Point Dume, mientras ambos contemplaban el mar.

Era fría.

No sé sentó a su lado y tampoco hizo amago de hablar, y Olivia, con el pulso acelerado y la mente colapsada por su pasado y su presente, casi olvidó qué se suponía que tenía que decirle.

—Lo siento, Sean —logró articular por fin, poniéndose en pie. De repente se sentía pequeña, pero se esforzó por continuar hablando—. No debí marcharme como lo hice. Puedo explicártelo —añadió, al ver que él continuaba callado.

No sabía si podría contárselo todo, porque para que Sean comprendiera el porqué de su actuación debía ser capaz de revolver en sus recuerdos, abrirse en canal y enseñarle sus heridas; todas ellas.

—¿Tú estás bien? El golpe fue muy fuerte...

Cerró un momento los ojos antes de proseguir. Al abrirlos, Sean no se había movido. Le pareció que sus brazos, cruzados sobre el pecho, temblaban ligeramente pero no hubo más reacción que esa.

Olivia sabía que no podía dárselo todo, pero al menos intentaría que la comprendiera.

Las palabras comenzaron a salir de sus labios en una especie de balbuceo rápido y rezó por ser capaz de detenerse antes de exponerse demasiado. Le habló de la larga enfermedad de su madre, de cómo la había visto ir muriendo poco a poco, día tras día. Su sonrisa, tan dulce hasta ese momento, fue perdiéndose con cada visita al hospital. La Olivia adolescente, cargada de sueños y siempre contagiada de la energía que desprendía su madre, se fue apagando con ella. Durante un año buscaron soluciones, visitaron médicos y siguieron al pie de la letra sus indicaciones y los tratamientos que le recomendaron. Hasta que su madre se cansó y se negó a pasar sus últimos días de aquella forma. No quería desgastarse luchando en una batalla que sabía que estaba perdida de antemano. Olivia sospechaba que había algo que sus padres no le habían contado sobre las últimas pruebas a las que se había sometido pero, aun así, se negó a asumir su decisión y mucho menos la idea de que fuera a perder a su madre. Se repetía de un modo obsesivo que eso no podía pasar y, cuando sucedió, siguió negando la realidad. Ni siquiera asistió a su funeral.

Ese día dio comienzo una huida que no había cesado desde entonces.

—La odié —confesó, y las lágrimas corrieron por sus mejillas mientras

lo hacía—. La odié por abandonarme, por no seguir intentando curarse. Odié a mi madre por morirse, Sean...

Los sollozos quebraron su voz y se dio cuenta de que tiritaba. Era la única vez que había admitido ante alguien lo que sintió y seguía sintiendo por su madre, también ante sí misma. Se había limitado a creer que el amor era doloroso, que si no había nadie cerca, nada podría dañarla de nuevo. Nadie volvería a abandonarla. Y su padre, poco después, la había empujado a pensar que había tomado la decisión correcta.

Los brazos de Sean la rodearon poco antes de que sus rodillas dejaran de sostenerla y Olivia se derrumbó contra su pecho. Su calidez y ese aroma tan familiar que desprendía la rodearon como un abrigo protector bajo el cual las sombras de esa noche parecían menos tenebrosas, aunque las lágrimas quemaran igual y las heridas escocieran más que nunca, quizás por haberlas mostrado y aceptar así que estaban ahí.

Todos tenemos una manera diferente de hacer frente al dolor y, para bien o para mal, escapar había sido la que Olivia había elegido durante mucho tiempo.

—Escúchame, Liv. —Sean habló por fin desde su llegada y su voz apenas si fue más allá de un susurro suave, una especie de arrullo que hizo que cerrara los ojos y se aferrara a él con más fuerza—. Estoy seguro de que tu madre te quería y lo único en lo que pensaba era en que no sufrieras más siendo testigo de su... enfermedad. No la odias, no de verdad. Te conozco, no importa lo que sepa o no de ti, y sé que la quieres tanto como ella te quería a ti. —Hizo una breve pausa, tratando de encontrar las palabras adecuadas para llegar hasta ella—. Este es un mundo de mierda y pasan cosas horribles en él, y la mayor parte de los días pienso que hay más malas que buenas personas. Pero, ¿sabes qué? No puedes vivir al margen de los demás porque te perderás un montón de cosas. No puedes dejar de amar ni de sentir porque duela. Y dolerá, eso seguro, en algún momento dolerá —afirmó, murmurando contra su oído, sus manos sujetándola con firmeza—. Pero el miedo a perder algo solo hace que ya lo hayas perdido de antemano. Hay un montón de idiotas ahí fuera, pero en el fondo sabes que también hay personas que merecen estar en tu vida y que quieren estar en ella.

Olivia tomó aire con lentitud.

—¿Personas como tú? —farfulló, con los labios rozando la tela de su camiseta, pero Sean agitó la cabeza en una negativa.

—Yo solo soy uno de esos idiotas, uno que se ha enamorado perdidamente de ti.

Su confesión, lejos de perderse en la negrura de aquella noche, quedó flotando en el espacio que los rodeaba, envolviéndolos como si se tratara de algo físico y real. Y lo era, lo más real que Sean hubiera sentido jamás por alguien.

De repente Olivia fue mucho más consciente de cada una de las zonas donde sus cuerpos entraban en contacto; de sus manos sosteniéndola y sus labios apoyados contra su sien, rozándolos suavemente. Y más aún, percibió la agitación que se producía en su interior, el deseo, el anhelo que Sean le provocaba incluso cuando no estaba presente. Las sonrisas amplias y juguetonas que no podía evitar dedicarle, cargadas de cariño, y el temblor que la sacudía con tan solo evocar el momento en el que él la había acariciado la noche en que hicieron el amor. Y comprendió que esas caricias habían sido algo más que roces de piel contra piel, que penetraron más lejos, más profundo dentro de ella.

Y allí, en una desvencijada escalera de incendios rodeada de sombras, se dio cuenta de que Sean Donaldson era pura luz.

6

Frente a frente, en mitad del dormitorio de Olivia, prendas de ropa fueron cayendo al suelo. Se desnudaron el uno al otro. Se desvistieron sin prisas, sabedores de que en esa ocasión no había forma de escapar de lo que sus bocas callaban pero sus miradas decían.

Sean deslizó las yemas de los dedos por su estómago con una ternura infinita, ascendiendo con lentitud hasta llegar a tocar la parte inferior de su sujetador. Pasó el pulgar por la tela y tuvo que contener el estremecimiento que lo recorrió al contemplar el brillo que destelló en los ojos de Olivia mientras lo hacía.

—Eres jodidamente preciosa, Liv. Eres...

No fue capaz de encontrar la manera de explicarle la cantidad de emociones que le provocaba el mero hecho de mirarla, así que acunó su rostro entre las manos y la besó con dulzura, tanteando apenas sus labios. Si bien, cuando ella apretó su menudo cuerpo contra el de él, su pulso se disparó y el hambre despertó en su interior. Empujó con la lengua y Olivia entreabrió los labios, permitiéndole recorrer su boca mientras sus manos trazaban, centímetro a centímetro, senderos invisibles sobre la piel de su espalda. Sus dedos exploraron primero para luego dejar que fueran sus labios los que demostraran todo lo que no sabía expresar en palabras.

Olivia temblaba con cada roce, con cada sonrisa y cada mirada. Tembló sabiendo que aquel chico acababa de confesarle que estaba enamorado de ella y que eso le provocaba un miedo atroz. Pero, incluso así, correspondió su devoción con idéntica entrega. La pasión que los desbordaba se entremezclaba con un sentimiento mucho más profundo, algo que ninguno de los dos habían experimentado hasta ahora y que hacía de aquel momento algo especial; algo que jamás olvidarían sin importar lo que sucediera después de esa noche.

Cuando Sean estuvo en su interior, sus cuerpos tomaron el control y se sincronizaron en una suerte de danza perfectamente sincronizada; sus caderas moviéndose, sus alientos entrecortados fundidos en uno solo. Besos, caricias y

gemidos que dejaban al descubierto partes de ellos imposibles de ver a simple vista. Todo se fue volviendo más y más frenético. Sean se sentó sobre el colchón y Olivia no dudó en acomodarse en su regazo. Y se hicieron el amor con todo el cuerpo y, posiblemente, también con el alma; de una forma en parte desesperada que dejaba claro que nunca tendrían suficiente.

—No vuelvas a huir de mí, Liv, por favor. —El sonido desgarrado que adquirió la voz de Sean hizo que a Olivia se le rompiera el corazón, y maldijo el miedo y la cobardía que la habían llevado a abandonarlo en Berkeley—. No quiero tener que correr de nuevo tras de ti, aunque lo haría. Lo sabes, ¿verdad? No importa cuánto trates de escapar porque estaré ahí para recordarte quién eres.

Olivia contuvo el aliento mientras los ojos de Sean confirmaban de manera inequívoca su promesa.

—No eres cómo había pensado —replicó, muy bajito, casi para sí misma. Deslizó los dedos por el contorno de su rostro y apartó uno de sus mechones rebeldes.

—Soy peor, ¿verdad? —se rió él, y ella agitó la cabeza.

—Eres perfecto, Sean Donaldson, demasiado perfecto para mí.

Él no contestó, aunque las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa cargada de promesas. Sus manos, sobre la espalda de Olivia, empujaron con suavidad al tiempo que sus caderas se elevaban en busca de las suyas. No hubo más confesiones ni lugar para el miedo esa noche. El baile se reanudó y no se detuvo hasta que ambos quedaron exhaustos pero satisfechos y se acurrucaron juntos bajo las sábanas.

A la mañana siguiente, Olivia despertó sola en la cama. En vez de a Sean, encontró una nota sobre la almohada en la que le decía que esta vez había tenido que ser él el que huyera, aunque solo porque su padre probablemente se preguntaría dónde había pasado la noche. Debajo había añadido dos frases que releyó al menos media docena de veces.

*La perfección es aburrida, por eso tú eres imperfectamente perfecta
para mí.*

No lo olvides nunca.

Firmaba solo con una gran «S» y una postdata que le advertía que Perseo la echaba de menos casi, casi como lo había hecho él durante los últimos días. Su mirada voló hacia la ventana y apenas si pudo creer lo que estaba viendo. Se deshizo del lío de sábanas en torno a sus piernas y apenas si atinó a ponerse una camiseta mientras no dejaba de observar lo que sucedía a través del cristal.

Maya la encontró inclinada sobre el marco y con el brazo extendido hacia fuera cuando irrumpió como un pequeño ciclón en su habitación. Le extrañó que su compañera de piso ni siquiera se hubiese molestado en llamar y se preguntó qué hacía allí, dado que había creído que pasaría la noche con Will. No tuvo tiempo de poner voz a esas cuestiones.

—¡Tienes que ver esto! —gritó, con un entusiasmo que rayaba el frenesí.

—¡Ya lo estoy viendo! —aclaró ella, aunque Maya la arrastraba en dirección al salón—. ¡Está nevando! ¿Cómo demonios es posible? ¡Estamos en California, por el amor de Dios!

Pero su amiga continuó tirando de ella hacia el ventanal que daba a la calle principal.

—No es la primera vez que nieva en Westwood. En 1932 también se despertaron una mañana con el campus vestido de blanco —soltó a bocajarro, y Olivia quiso preguntarle de dónde había sacado aquella información.

Sin embargo, sus labios permanecieron entreabiertos y la pregunta olvidada cuando sus ojos encontraron lo que Maya había querido mostrarle. Soltó un taco y se inclinó un poco más sobre el borde de la ventana a pesar de que era perfectamente consciente de que lo estaba mirando. Una fina capa de nieve cubría los coches del aparcamiento y, sobre el techo de tres de ellos, alguien había dejado un mensaje, una palabra en cada coche: «Te quiero, Liv».

—Es de Sean, ¿verdad? Le he oído llamarte así —inquirió su amiga, pero ella no fue capaz de responder—. Quién iba a decir que Donaldson sería tan romántico.

En otro momento o con otra persona, el gesto hubiera despertado un rechazo visceral en Olivia por todo lo que suponía. Sin embargo, le dio por reír. Soltó una carcajada nerviosa y luego otra, hasta que no pudo parar y su risa se fue tornando más sincera a cada segundo que reía.

—Al contrario, solo Donaldson podría hacer algo así.

En ese instante, una figura corrió desde el portal del edificio y atravesó la acera hasta llegar al aparcamiento. Olivia lo reconoció de inmediato. Él, como si supiera que lo observaban, alzó la mirada hasta su ventana y con ella elevó también los brazos. Aquello era una auténtica locura, era cursi hasta lo indecible y, por las cabezas que asomaban en distintas ventanas de los edificios cercanos y las personas detenidas en la acera que lo observaban, supo que iba a ser el cotilleo de todo el campus durante mucho tiempo. No le importó. Jamás alguien había hecho algo tan bonito —y tan público—, para revelar sus sentimientos. La noche anterior se había creado una intimidad difícilmente superable entre ambos, y sabía que esa era la forma que tenía Sean de decirle: «te lo dije, voy a estar aquí y toda esta gente es testigo de ello».

Aria, Cam y también su padre estaban contemplando lo mismo que ella. Olivia escuchó sus risas dos plantas más abajo. Le lanzaron vítores mientras los labios de Sean articulaban las mismas tres palabras que sus dedos habían trazado sobre la nieve y, aunque Olivia no podía saber lo que estaba diciendo, de algún modo lo entendió.

—¡Sube aquí, Donaldson! —le gritó, gesticulando mientras su risa brotaba de nuevo.

Sean se inclinó, parodiando una reverencia que solo él podía convertir en algo elegante, y regresó trotando al interior del edificio.

Desayunaron juntos en su apartamento, con la familia Donaldson y también con Maya, que no quiso perderse la posibilidad de meterse con Sean. El ambiente fue distendido y, al contrario de lo que podía haber esperado Olivia de sí misma, se sintió muy bien, arropada y feliz. Las clases habían sido suspendidas, según comentó Maya, y el campus estaba plagado de estudiantes inmersos en batallas de bolas de nieve.

Fue todo un acontecimiento, aunque Olivia sabía que lo recordaría por tratarse de algo más que de una extraña anomalía atmosférica. Más bien era un cambio, una especie de nuevo comienzo para ella.

—Me iré esta noche si mi vuelo no se cancela —comentó el señor Donaldson a sus hijos, para luego centrarse en Sean—. Si vuelves a darnos un

susto así a tu madre y a mí, vas a tener que vértelas con ella en vez de conmigo, y te aseguro que no va a gustarte.

La advertencia, hecha con sumo cariño, precedió a varias preguntas más sobre cómo se encontraba y las directrices que los médicos le habían dado, así como su entrenador. Al golpearse en la cabeza se había iniciado el protocolo de conmoción establecido para esos casos. Si bien, la pérdida de conocimiento sufrida no dejó lugar a dudas sobre la necesidad de que fuera trasladado al hospital. Allí le habían realizado multitud de pruebas y, según relató, todo había ido bien. No se apreciaban secuelas de ningún tipo pero tendría que mantenerse al margen del fútbol durante algunas semanas; un segundo golpe en poco tiempo podía ser nefasto en esas circunstancias.

—No os preocupéis, ya encontraré la manera de aprovechar el tiempo.

Todos los presentes, incluido su padre, fueron conscientes de la descarada mirada que le dedicó a Olivia. Y, por si había dudas, el movimiento sugerente de sus cejas terminó de dejar claro a qué se refería.

—Haz el favor de vigilarlo —le pidió el señor Donaldson a Cam.

—Estoy segura de que Olivia le echará un ojo —apostilló Aria, reprimiendo la risa.

La aludida curvó los labios y dejó al descubierto el hoyuelo de su mejilla.

—No lo perderé de vista —aseguró, finalmente, y eso era exactamente lo que pensaba hacer.

No más escapar. No más huidas.

Poco después, todo el mundo decidió salir a disfrutar de la nieve, todos salvo Sean y Olivia, que se demoraron recogiendo los restos del desayuno.

Olivia se apoyó en el borde de la encimera y contempló ensimismada cómo él se encargaba de los platos sucios. El cardenal de su mentón era el único recordatorio visible de todo lo que había sucedido el fin de semana anterior, pero ella continuaba dándole vueltas a la manera en la que se había largado de Berkeley y lo había dejado solo.

—Lo siento, Sean.

Alzó la mano y deslizó los dedos con suavidad sobre la piel amoratada. Sean apretó el rostro contra su mano.

—Me encanta cuando haces eso —repuso él, e hizo una pausa mientras terminaba de colocar los platos limpios en su sitio—. No tienes que volver a disculparte.

—Quiero hacerlo —se apresuró a contestar.

Sean exhaló un suspiro, la tomó de la barbilla y la obligó a levantar la vista.

—Cuando me desperté lo único en lo que pensaba era en verte y asegurarme que estabas bien —confesó, y Olivia apenas si pudo creer que se hubiera preocupado por ella en ese instante—. Aria me dio largas hasta que Cam regresó de hablar con los médicos y entre ambos me contaron lo poco que sabían. No supe qué pensar, la verdad.

—Anoche, cuando subiste, estabas distinto. Enfadado... —No fue un pregunta sino la constatación de un hecho—. Lo entiendo, tenías derecho a estarlo.

—Estaba muy enfadado. Subí porque Aria me dijo algo que me hizo pensar. —Olivia enarcó las cejas, esperando que le contara cuál era el argumento que había empleado su hermana para convencerlo. Pero antes de contárselo él se inclinó brevemente y le dio un beso en los labios—. Me dijo que a veces la gente tiene que marcharse para decidir si quiere volver; volver y quedarse para siempre.

Olivia contuvo el aliento al tiempo que saboreaba esas dos palabras.

«Para siempre.»

—Eso es mucho tiempo.

Sean esbozó una sonrisa ladeada, una de esas pícaras y repletas de la complicidad que no había perdido.

—Vayamos día a día, hora a hora. Si lo prefieres, segundo a segundo —murmuró, acercando de nuevo los labios a su boca—. No me importa ir despacio contigo, Liv. No me importa en absoluto.

Y, acto seguido, la besó.

7

—¡Ey, preciosa!

Olivia se giró justo a tiempo para ver un balón dirigirse directamente a su cara. Sus reflejos no le fallaron y lo atrapó antes de que la golpeará.

—Esa es mi chica —se jactó Sean, a pocos pasos de ella.

Olivia ni siquiera se puso de pie para devolver el balón a Noah Hastings, uno de los amigos y compañero de equipo de Sean. Ambos llevaban al menos una hora pasándose el balón mientras ella trataba de repasar para su próximo examen.

Se encontraban en una de las muchas zonas ajardinadas del campus. Olivia prefería estudiar al aire libre que encerrarse en cualquiera de las bibliotecas, y Sean, apartado temporalmente de los entrenamientos, apenas si había tardado unos pocos minutos en distraerse y ponerse a jugar con Noah en cuanto este pasó por la acera y los descubrió allí.

—Si me la lanzas así de nuevo, la próxima vez que te vea te paso con la moto por encima —se burló ella de Hastings.

Este alzó las manos en señal de rendición.

—Tiene carácter —le comentó a Sean.

—No te haces una idea —replicó él, y exhibió una amplia sonrisa—. Tiene un montón de cosas irresistibles.

Le guiñó un ojo y los dos chicos aprovecharon el parón para tumbarse a descansar sobre el césped. Olivia levantó el libro que tenía en el regazo y Sean acomodó la cabeza sobre su muslo. El suelo a su alrededor estaba cubierto de hojas teñidas de los más diversos tonos ocres. Tras el inesperado temporal, el clima se había estabilizado y ahora la temperatura era más acorde a lo esperado en el estado del sol.

Las revisiones médicas de Sean habían ido bien y en cuestión de unos pocos días volvería al campo, y, aunque Olivia había insistido para que no se precipitara con su regreso, él estaba más que listo. Tanto su padre como su hermana se habían marchado de vuelta a sus respectivos lugares de residencia,

no sin antes recomendarle que fuera cauto y pedirle a Olivia que cuidara de él.

Todo parecía más que perfecto. Si bien, había una parte de ella que no podía evitar mantenerse en guardia. Se había aislado durante tanto tiempo de los demás, que le era complicado comenzar a aceptar algo tan sencillo como estar allí con Sean y uno de sus amigos. La clase de dolor que albergaba no se superaba en cuestión de una semana o de un mes. Era consciente de que aquella sería una batalla dura pero, así y todo, estaba más dispuesta que nunca a librarla.

—Esta semana jugamos el viernes —comentó Hastings, aunque Olivia supuso que Sean estaba al tanto del calendario—. Unos cuantos vamos a ir Santa Mónica el sábado, a la casa de los padres de Fields —aclaró—. ¿Por qué no te vienes?

Sean le lanzó una mirada rápida a Olivia y ella no pudo evitar reflejar en su expresión la diversión que le producía que le estuviera pidiendo permiso. No habían hablado de la clase de relación que mantenían, no le habían puesto un nombre, pero, fuera la que fuera, no necesitaba ningún tipo de aceptación por su parte para quedar con sus amigos.

De igual forma, le sonrió.

—Cuenta conmigo. Me vendrá bien despejarme —aceptó él, finalmente.

Hastings pasó a relatarle las bondades de la casa a pie de playa a la que irían y ella desconectó de su charla para volver a centrarse en sus libros. Los dedos de Sean se movían arriba y abajo por su espalda, deslizándose con suavidad, en un movimiento del que no creía que fuera consciente. La caricia resultaba reconfortante y, a pesar de suponer una distracción, era una distracción muy, muy agradable.

De regreso en el apartamento de Sean, Olivia fue directa al sofá y tomó en brazos a Perseo. El gatito trepó por su pecho hasta encaramarse a su hombro y tuvo que desengancharle las uñas de la tela de su camiseta. Le rascó en el cuello y eso pareció apaciguar su espíritu aventurero.

—Te gusta, eh —le habló, mientras proseguía con sus atenciones.

Sean se le acercó por detrás y la envolvió con los brazos, acunándolos a ambos.

—A mí también me gusta —murmuró, y le mordisqueó el lóbulo de la

oreja.

—Dicen que los gatos no son leales a su dueño —farfulló ella, y los labios de Sean pasaron a recorrer la curva de su cuello—, solo porque son independientes, pero yo creo que se puede tener criterio propio y aun así ser leal. No creo que sean traicioneros, solo defienden lo que creen justo.

Él no se detuvo a pesar de que escuchaba con atención cada palabra que salía de su boca. Succionó levemente al llegar a su hombro y se apretó un poco más contra su espalda.

—Oye, sobre los planes que ha comentado Hastings esta tarde... —comentó, con los labios aún contra su hombro.

—Sean, no tienes por qué preguntarme si quieres ir por ahí con tus amigos —le interrumpió ella, liberándolo de la preocupación que supuso que sentía.

Él emprendió el camino de vuelta por su piel y fue dejando un rastro de besos algo más intensos que los anteriores. Olivia apenas si pudo ahogar un gemido de placer.

—En realidad, quería pedirte que vinieras conmigo.

Sean la soltó a regañadientes y la rodeó hasta plantarse frente a ella. De inmediato, Olivia echó de menos el calor de su cuerpo. Era extraño haberse acostumbrado tan rápido a que rondara a su alrededor y también a ser ella la que lo buscara. Dejó que cogiera a Perseo de entre sus manos y lo depositara en el sofá. A continuación, entrelazó los dedos con los suyos y la hizo girar sobre sí misma varias veces, haciéndola sonreír.

—No tienes por qué llevarme a todos lados, Sean —señaló, aunque agradecía su intención.

—Yo no te llevaría. Iríamos juntos —replicó él, burlón—, y además van a ir otras chicas. Si los demás pueden llevar a sus ligues, yo puedo llevar a mi novia.

Olivia arqueó las cejas pero no pudo evitar sonreír. Estaban bailando en mitad del salón, dejándose llevar por una melodía que tan solo ellos podían escuchar.

—¿Novia? No recuerdo que hayamos hablado de eso.

—¿Vas a negociar conmigo? —repuso Sean, captando su tono desafiante.

—No lo sé. ¿Debería?

Él soltó una carcajada y la hizo girar una vez más. Luego tiró de ella y la apresó contra su pecho. Hundió el rostro en el hueco de su cuello y se llenó los pulmones con su aroma. Olivia olía a sol y a vida a pesar de sus miedos y temores; para Sean, olía como huelen esos pequeños momentos que solo duran unos pocos segundos pero que jamás eres capaz de olvidar.

—¿Me darás la razón alguna vez sin pelear? —le planteó, mientras sus manos se aventuraban bajo el dobladillo de su camiseta.

—¿La tendrás alguna vez para que pueda dártela? —contraatacó ella, uniéndose a sus carcajadas.

En ese instante, danzando en un lugar cualquiera sin motivo, arropados uno por el calor del otro y riendo juntos, parecía que nada podía ir mal y que ese momento se convertiría en infinito. No había razón para definir el modo en que se miraban, el sentimiento que despertaba en Sean el sonido de su risa o la emoción que sentía Olivia al contemplar el brillo de sus ojos. Una palabra no llegaba ni llegaría nunca para captar la esencia de lo que representaban juntos. Por fin ella había encontrado el valor que andaba buscando y él una razón para quedarse, alguien que lograba hacerle desear más y más...

—Ven, te lo mostraré —alardeó, arrastrándola hacia su dormitorio.

Sean hizo honor a su palabra. Dejó huellas en su piel en forma de besos y caricias que difícilmente podría olvidar y que él tampoco lograría borrar nunca de su memoria. A ratos le hacía cosquillas solo por el placer de escucharla reír y contemplar el hoyuelo junto a su boca, que también besó, así como las tres pecas de su mejilla. Se aprendió de memoria cada lunar, cada curva de su cuerpo, mientras se esforzaba por eliminar las otras marcas, las de su interior, esas que no se veían pero que él sabía que estaban ahí. Y, cuando estuvo dentro de ella, la miró durante unos segundos a los ojos y luego se inclinó sobre su oído.

—Tienes todo mi otoño en tus ojos y en tu sonrisa —murmuró, muy bajito—. Eres mi estación favorita, Liv.

A Sean siempre le había gustado aquella época del año. El comienzo del curso suponía reencontrarse con sus amigos y compañeros; la temporada de fútbol con la que, a pesar de la dureza de los entrenamientos, tanto

disfrutaba... Pero ahora era diferente, ella lo había cambiado absolutamente todo.

—¿Y cuándo llegue el invierno? —inquirió Olivia, titubeante.

Sean se retiró y volvió a hundirse en ella, y un gemido ronco vibró en su pecho mientras la llenaba. La espalda de Olivia se arqueó por sí sola en respuesta a su embestida, y una corriente se extendió por todo su cuerpo.

—Seguiremos siendo otoño. Tú y yo, Liv —afirmó, y su convicción eliminó cualquier rastro de duda—. Tú y yo.

Continuaron amándose en silencio, perdidos entre las cuatro paredes de aquella habitación, los rayos del sol colándose por una ventana que nunca más sería solo una ventana. Con un gatito intentando subirse a la cama que nunca más sería solo una mascota, sino parte de ellos y de su historia. Con la ropa olvidada en un rincón en el suelo y las emociones desperdigadas sobre el colchón. Con la intensidad de los que creen que un segundo puede durar para siempre.

El sábado siguiente Olivia acompañó a Sean en su escapada a Santa Mónica. Parte del equipo de los Bruins estaba allí, incluso un Austin feliz con la que parecía ser su nueva novia, algo que alegró tanto a Sean como a Olivia. Su temor a verse rodeada de gente, de permitirles acercarse y conocerla, fue suplido con creces por la mano que se apretaba contra la suya. Ese gesto tan inocente para los demás pero tan significativo para Olivia bastó para que la voz que solía gritarle que escapara, que el amor era doloroso, fuera silenciada por completo.

—Necesito que me hagas un favor —le dijo ella, sentada entre sus brazos sobre la arena en un momento en el que se quedaron a solas.

—Lo que quieras, Liv.

Olivia sonrió, como hacía siempre que la llamaba así.

—Necesito que vengas a pasar Acción de Gracias conmigo a casa de mi padre.

Las palabras empleadas no fueron producto del azar. En realidad, necesitaba el valor que le infundía aquel chico y la calma que le transmitía para hacer algo que llevaba mucho tiempo retrasando. Necesitaba de todo su apoyo para hablar con su padre.

8

—¿Estás segura de que a tu padre le parecerá bien?

Olivia asintió por enésima vez. Sean se había mostrado más nervioso de lo que lo había visto nunca y su inquietud incrementaba sus propios nervios por la velada que se avecinaba.

—¿Qué ha dicho tu familia sobre que no viajes a Ohio para pasar estos días con ellos? —preguntó ella, consciente de que se perdería la cena con su propia familia.

—Ya les he dicho que en Navidad estaré allí. No pasa nada —la tranquilizó, tomando el casco en el que lucía una pegatina con un oso, la mascota de los Bruins. Olivia se lo había regalado días atrás—. Tendrán que conformarse con la presencia del gemelo responsable. El perverso está muy solicitado.

Ella agitó la cabeza, riendo.

—Me da que Cam es algo más que el gemelo bueno —terció ella, mientras se acomodaba sobre la moto—, y estoy segura de que más de una daría lo que fuera por echarle el lazo a tu hermano. ¿No sale con nadie?

Sean subió tras ella y le dio un golpecito a su casco.

—Aunque no te lo creas, *San Cameron*, el patrón de las causas perdidas, también tiene sus líos.

—No lo he dudado ni por un momento. Lo de la castidad no va con los Donaldson, ¿no?

Sean fingió estremecerse.

—En realidad, somos pura bondad, unos angelitos...

Olivia echó un vistazo por encima de su hombro y, a pesar de que la visera ocultaba el rostro de Sean, supo que exhibía una de sus sonrisas pícaras.

—Sí, seguro. Castos y puros, Donaldson —se burló—. Pura perversidad más bien.

—No hagas como si no te encantara.

Olivia se subió la visera solo para que él pudiera contemplar su expresión, que pretendía ser suspicaz pero resultó juguetona. Sean la imitó y le mostró una sonrisa radiante. Acercó el rostro al de ella y, aunque el casco le impidió alcanzar sus labios, estos se movieron hasta articular dos palabras: «Te quiero.

Durante varios segundos permanecieron inmóviles, observándose en silencio; ella perdida en el cielo azul de sus ojos y él rendido a lo que aquella chica provocaba en su interior. Estaba jodidamente enamorado de ella. Se había colado en su apartamento, bajo su piel y luego había ido directa a su corazón.

—Me encanta, Donaldson. Me gusta todo de ti —murmuró Olivia, cerrando los ojos para sentir la calidez de su aliento acariciándole los labios.

Sean no esperaba escuchar una réplica idéntica a su declaración, pero por un segundo le molestó el miedo que Olivia albergaba. Se dijo que para ella era un gran paso el simple hecho de dejarse querer. Puede que, con el tiempo, además de eso también pudiera ser capaz de confesar lo que sentía sin ningún tipo de temor.

—Bien, pues entonces llévame a conocer a tu padre. Pasaremos una velada inolvidable —señaló, y sus nervios remitieron en cierta medida.

No necesitaba la aceptación de nadie, le bastaba con tener la de Olivia, era la única que realmente le importaba.

Olivia se detuvo al comienzo del camino de acceso a la casa. Paró el motor y, mientras Sean descendía con su mochila a la espalda, se quedó observando la puerta de entrada. Era poco más de media tarde y no cenarían hasta un par de horas después. Le había dicho a Sean que cogiera algo de ropa por si se les hacía tarde y decidían quedarse a dormir, aunque eso probablemente no pasaría. La universidad estaba a menos de una hora de distancia y prefería regresar al campus.

A pesar de que ella misma se había encargado de hacer desaparecer casi todo lo que pudiera recordarle a su madre, uno de los retratos familiares continuaba colgado en el salón. Para ella resultaba doloroso mirarlo aunque sintiera su ausencia con mayor intensidad que nunca. Estaba segura de que le habría encantado conocer a Sean. Habría bromeado con él y se habría

entusiasmado al saber que era jugador fútbol americano, un deporte que le apasionaba. No hubiera sido de extrañar que se hubiera empeñado en ir a animarlo en cada partido.

Apartó la vista de la casa y se encontró con los ojos de Sean.

—Vamos —le dijo, bajándose de la moto.

Pero antes de que ella emprendiera el corto recorrido hasta el porche delantero, él la agarró de la muñeca y la detuvo. Su expresión denotaba cierta seriedad, aunque no dejaba de ser amable.

—Liv, antes de que entremos... —Ella valoró la opción de que fuera a echarse a atrás y no deseara acompañarla, y a punto estuvo de entrar en pánico—. Pase lo que pase ahí dentro o... sea lo que sea que piense esta cabecita loca. —Le acarició un mechón de pelo y esbozó un sonrisa triste— quiero que sepas que tú podrías hacer esto sin mí. Aunque no te lo creas eres fuerte, valiente y tienes buen corazón. Yo creo en ti y sé que puedes hacerlo sola, pero voy a estar aquí, a tu lado. Y si en algún momento quieres salir corriendo estaré dispuesto a escapar contigo. No me dejes fuera, Liv. No tienes que huir de mí.

Olivia se encogió al escuchar sus palabras al mismo tiempo que su pecho se expandía, menos roto y más lleno de lo que había estado en años, y no pudo hacer más que lanzarse en sus brazos. Él la estrechó con fuerza, sosteniéndola contra su cuerpo con firmeza pero también con una ternura increíble, como si creyese que podía quebrarse en cualquier momento y sin saber que estaba consiguiendo justamente lo contrario: recomponerla pedazo a pedazo, segundo a segundo.

—Gracias, Sean.

—No —replicó él—, gracias a ti, Liv.

Cuando ella recuperó la compostura se separaron, aunque Olivia buscó su mano y entrelazó los dedos con los de él.

Su padre había escuchado el ruido del motor y se encontraba en pie en el porche, observándolos. Había contemplado los susurros que se habían dedicado, las miradas y el abrazo en el que se habían fundido poco después, como también veía ahora la tímida sonrisa que asomaba a los labios de su hija y un brillo desconocido en sus ojos.

El chico que la acompañaba se ganó su respeto de inmediato. Alguien capaz de transformar a su hija en la persona que caminaba en ese momento hacia su casa merecía cualquier cosa que él pudiera ofrecerle. Puede que ella no fuera consciente del cambio en su expresión e incluso en el aire que la rodeaba, pero a ojos de su padre no había lugar a dudas.

—Papá, este es Sean Donaldson.

Sean le tendió la mano y su padre se la estrechó sin titubeos.

—Un placer —le dijo, y no podía ser más sincero al respecto.

Que Olivia llevara a alguien a casa, y más aún en una fecha tan señalada como Acción de Gracias, resultaba no solo una novedad sino algo más a celebrar que ese propio día.

Harry lo observó unos segundos y luego su atención regresó a Olivia, visiblemente tensa.

—Así que este es el *quarterback* de los Bruins. No está mal, pero me gustaba más el chico que trajiste la semana pasada.

Sean tosió para esconder la risa.

—¡Papá! —protestó ella.

—El otro tenía planes esta noche —le siguió el juego Sean—, pero prometo esforzarme durante la cena para compensar mis carencias.

Harry le soltó la mano con un último apretón.

—Dudo que mi hija piense que tienes ninguna carencia —apuntó—. Vamos, entra, creo que nos llevaremos bien.

Le cedió el paso y esperó a que Olivia le siguiera para dedicarle una sonrisa a su hija. Ella parecía desconcertada, como si de repente hubiera descubierto que conservaba algo del buen humor que era una constante años atrás. Puede que incluso él mismo estuviera sorprendido al respecto. Tal vez, de algún modo, las cosas estuvieran cambiando para todos.

Harry le sugirió que le enseñara la casa a Sean mientras él terminaba de preparar la guarnición que acompañaría al pavo asado. Olivia se ofreció a ayudarlo, pero insistió en que lo tenía todo controlado.

—Así que esta es tu habitación. —Sean echó un vistazo desde el umbral, mientras que ella se adentró en el dormitorio hasta alcanzar el banco que había bajo la ventana.

—De niña solía escaparme por aquí.

—No sé por qué no me extraña —rió Sean, y acudió a su lado.

Le pasó un brazo en torno a la cintura, aprovechando que estaban a solas, y ella apoyó la cabeza sobre su hombro. Sean percibió la tensión que agarrotaba sus músculos y no pudo evitar preguntarse qué era lo que la provocaba. Conocía la historia de la enfermedad de su madre tan solo en parte, los pocos detalles que ella había sido capaz de irle relatando, y no atinaba a descubrir si había otro motivo por el que padre e hija se hubieran distanciado tanto al margen de la necesidad de Olivia por mantener a todo el mundo apartado de ella.

—Me descolgaba por la celosía de la fachada... Ella lo sabía. Mi madre —aclaró Olivia, y su voz se quebró—. Me pillaba siempre que me escabullía de noche para mirar las estrellas o jugar en el columpio del jardín trasero.

En el silencio posterior, el recuerdo de Olivia pareció cobrar vida. Sean casi llegó a verla abandonando la estancia por aquella ventana rodeada de oscuridad mientras su madre, al otro lado de la puerta, escuchaba con atención sus movimientos con una sonrisa en los labios.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió Sean, manteniéndola contra su pecho.

Olivia asintió aunque continuó con la vista perdida más allá del cristal.

—Tu padre... —Buscó la forma de preguntarle acerca de su relación sin que se sintiera presionada para responder—. Tu padre y tú parece que os lleváis bien —señaló, finalmente—. ¿Lo alejaste de ti? ¿Es eso? No quiero cotillear ni hacerte daño con mis preguntas, Liv, solo quiero entenderlo para poder ayudarte.

Olivia suspiró, pero no se separó de él, que depositó un beso sobre su pelo y la acomodó entre sus brazos. No quería menospreciar sus sentimientos ni infravalorar el dolor que le provocaba su pasado. Si algo había descubierto en los últimos meses era que, a veces, los detalles más insignificantes pueden llegar a marcar de mil formas diferentes a una persona y que no todo en este mundo es blanco ni negro; la escala de grises en cuanto a las emociones personales era realmente infinita y las heridas son heridas, al margen de lo que sea que las provoque. Las cosas pueden cambiar en un segundo y tu vida tomar

un rumbo inesperado. El último partido que había jugado podía haberle costado mucho más que unos días en el hospital y un cardenal, y eso era algo que tenía muy presente aunque le hubiera restado importancia tanto frente a su equipo como a su familia.

Olivia tiró un poco de él y fueron a sentarse en la cama. Sus ojos reflejaban tal tristeza que Sean se arrepintió de haber formulado pregunta alguna. Era muy consciente de que necesitaba tiempo para asumir lo que había sucedido en su vida, que algo que se ha gestado durante años no se supera sin más. Esperaba que él pudiera ayudarla, fuera del modo que fuera, porque nada le gustaría más que verla feliz y desprovista de esa carga invisible que soportaban sus hombros.

—Mis padres se querían con locura, más que eso, se adoraban —comenzó a relatar Olivia. Tenía las manos en el regazo y se las retorció con nerviosismo. Sean se las sujetó y las mantuvo entre las suyas, animándola en silencio a continuar—. Solo con verlos ya eras consciente de que tenían la clase de amor que solo aparece una vez en la vida. Eran perfectos el uno para el otro. Mi madre aportaba su energía incontenible e inagotable y mi padre brindaba el equilibrio necesario para que su pasión no los desbordara. Pero ese equilibrio se rompió cuando ella enfermó.

Olivia se detuvo y tomó aire con esfuerzo.

»Ella no fue la única que perdió paulatinamente el color con el que adornaba su vida diaria, todos nos volvimos más oscuros y fuimos cayendo con ella. Y cuando murió... diría que parte de la persona que era mi padre murió con ella. Yo me negué a aceptarlo, ni siquiera podía hablar de ello, y eso puede que terminara de hundirle a él. No ayudó, desde luego... —apuntó, con pesar.

Sean la atrajo hacia él y le ofreció el calor de su cuerpo como consuelo, si bien, sabía que el tipo de pérdida que había sufrido no admitía consuelo alguno.

—Estoy seguro de que él lo entiende, Liv.

Pero Olivia negó con vehemencia y Sean vislumbró la humedad acumulándose en sus ojos.

—No. Mi padre no lo entendió y yo tampoco a él —replicó, luchando por

no derramar las lágrimas que llevaba años reteniendo en su interior—. Semanas después... él no lo soportó más y decidió que no quería seguir viviendo sin su esposa.

De todas las cosas que Sean podía haber imaginado, aquello no se le había pasado por la cabeza en ningún momento. Había supuesto de forma errónea que la brecha que se había abierto entre ellos era solo el resultado del golpe que la vida les había dado; Olivia había buscado una escapatoria aislándose de todo y todos, y su padre no había sabido hacer nada para remediarlo.

—Oh, Dios, lo siento mucho, Liv.

La abrazó como no la había abrazado nunca, sabiendo que difícilmente sería suficiente, y también más consciente de su dolor de lo que jamás lo había sido antes. Comprendió mejor si cabe que Olivia se hubiera sentido doblemente abandonada y que su vía de escape hubiera consistido en no permitir que nadie pudiera tener la posibilidad de herirla. Su padre, la única persona que podía haber aliviado la ausencia de su madre, la había dejado sola con su dolor.

—Liv. Liv —repitió, mientras la acunaba, como si eso pudiera darle a entender lo mucho que lamentaba todo aquello.

Olivia apenas si tuvo que esforzarse para continuar. Ahora que había empezado no era capaz de parar.

—No le pregunté por qué lo hizo —prosiguió, manteniendo el rostro contra su pecho—. Ya lo sabía. Sabía que el mismo amor que sentía por ella se había ido retorciendo conforme se le escapaba la vida hasta transformarse en una obsesión, y el que sentía por mí resultó insuficiente. Era poco más que una cría y a punto estuve de quedarme huérfana, Sean. Para cuando él se recuperó yo ya había decidido ser huérfana de todas formas. No quería saber nada de una emoción capaz de algo así. Ambos fuimos unos cobardes, ambos tratamos de escapar...

—Yo fui el cobarde. —Tanto Olivia como Sean levantaron la cabeza y dirigieron su atención a la puerta del dormitorio. El padre de Olivia estaba inmóvil en el umbral, el rostro ceniciento y la mirada turbia—. Tú solo eras una niña.

Sean trató por todos los medios de no juzgar al hombre, pero no podía evitar odiarle por olvidar que tenía una hija que le necesitaba. Inspiró para contener la rabia y se giró hacia Olivia. Con los dedos, apartó un mechón de su rostro y deslizó el pulgar por su mejilla, borrando el rastro húmedo de las lágrimas. Atisbó a la Olivia vulnerable de aquel primer día, la que estaba seguro que solo dejaba que saliera a la luz por descuido y no de forma consciente. Comprendió el porqué de sus sollozos a solas en la escalera de incendios y eso le hizo maldecir al hombre que se hallaba a pocos pasos de él.

—Liv, ¿quieres que os deje a solas? —tanteó, aunque lo único que deseaba era mantenerla apretada contra su pecho hasta que no hubiera parte alguna de ella que estuviera rota, no importaba si eso le llevaba toda la vida.

—¿Quieres que hablemos? —terció su padre, pero Sean supo que no se marcharía de esa habitación a no ser que fuera Olivia la que se lo pidiera.

Cuando, tras un momento de duda, ella hizo un gesto afirmativo, Sean se tomó su tiempo. La mantuvo un poco más entre sus brazos y luego le dio un beso en la sien.

—Estaré abajo —le susurró—. Voy a estar aquí, Liv. No lo olvides.

—Estaré bien —murmuró ella a su vez, y Sean supo que, pasase lo que pasase a continuación, él iba asegurarse de que así fuera.

Se prometió a sí mismo encontrar la manera de hacerle comprender que el amor no siempre era dolor.

9

Harry no tenía ni idea de cómo abordar a su hija, no la había tenido tras la muerte de su mujer y no la tenía ahora. La pérdida había dinamitado su vida perfecta, le había roto el corazón, y eso le había cegado hasta el punto de olvidar que había otra persona en la que podría haber volcado ese amor que sentía, una hija a la que también adoraba. Solo que Olivia llevaba tanto de su madre en su interior que, incluso mirarla, representaba un verdadero desafío a su cordura.

—No tengo una excusa, Olivia —se atrevió a comenzar a hablar—. Fui egoísta, un mal padre, y no hay nada que pueda hacer o decir para cambiar eso. Dolía tanto...

Ella levantó la barbilla y lo miró, los ojos anegados por unas lágrimas que a esas alturas era incapaz de detener.

—A mí también me dolía. Dolía incluso estar aquí, rodeada de ella. — Con un mano, Olivia abarcó su habitación—. Todo estaba impregnado de ella, papá. Tú eras ella. ¡Todo lo que me quedaba de ella eras tú! Y también me arrebataste eso.

Harry se encogió, sabedor de la verdad que encerraban sus reproches. Hizo amago de ir a sentarse a su lado pero no se atrevió. Tras unos segundos en los que solo se escuchaban los sollozos que su hija trataba de ahogar, decidió finalmente que no podía seguir comportándose como un cobarde. Suya era la culpa de que Olivia hubiera desarrollado un terror profundo a amar y ser amada. Si hubiera sido capaz de mostrarle que querer tanto a alguien a veces duele pero que también puede salvarte, le hubiera ahorrado muchísimo sufrimiento. Claro que eso era algo que él no había comprendido hasta después de su intento de suicidio, cuando despertó en el hospital y vio el rostro inexpresivo de su hija, cualquier emoción borrada de él. No fue hasta entonces cuando entendió el daño que le había hecho.

—A tu madre le hubiera horrorizado lo que hice, pero esto ya no se trata de ella sino de ti y de mí, Olivia —señaló, avanzando unos pocos pasos en su

dirección—. Se trata de que me permitas estar a tu lado aunque no lo merezca y de que, aunque me niegues esa posibilidad, sepas que puedes recurrir a mí siempre que lo necesites. Se trata de que sepas que te quiero aunque no te lo haya demostrado, y que deseo más que cualquier otra cosa que seas feliz. Déjame intentar reparar mi error, por favor —suplicó, arrodillándose frente a ella.

Olivia no quería que rogara, lo único que quería era que la abrazara como cuando era una niña y todo su mundo eran su madre y él. Cuando las cosas eran más sencillas y sus miedos se reducían a que le impidieran salir a explorar el jardín o comer chocolate a escondidas bajo las mantas. Quería volver a tener una familia, aunque solo fuera de dos personas, y, sobre todo, anhelaba compartir con su padre la felicidad que le producía haber encontrado a Sean.

Por fin Harry reunió el valor necesario para abrazarla, como si supiera que era eso lo que necesitaba en aquel instante, y sus propias lágrimas se sumaron a las de su hija. Calmó el temblor que sacudía el cuerpo de Olivia con la seguridad que le concedió tener de vuelta a su pequeña y agradeció en silencio que, a pesar de todo por lo que había pasado, ella fuera mejor persona de lo que él sería jamás.

Olivia no puso freno a su llanto. Resultó liberador. Lloró por todas esas veces en las que no lo había hecho, por las lágrimas que se había guardado con el esperanza de que todo resultara ser más fácil, de que ella sería así más fuerte. Pero no lo había sido, y ahora se veía como una persona que no había hecho más que huir, sin asumir riesgos; sobreviviendo, más que viviendo una vida de verdad.

—Lo siento tanto, papá —susurró entre sollozos.

—No, no te disculpes, por favor —replicó él—. Soy yo el que te fallé.

Tras esa confesión, hablaron poco más, apenas unos susurros entrecortados mientras se sostenían el uno al otro. Habían acumulado conversaciones durante años, palabras que no habían dicho y emociones a las que les costaba poner nombre incluso ahora. Sin embargo, permanecieron allí largo rato, tratando de perdonarse y de recuperar un tiempo que no les sería devuelto nunca. Pero quizás ese llanto desconsolado fuera el principio de

algo, aunque las heridas tardaran en sanar.

Cuando bajaron juntos a la planta inferior, Sean los esperaba sentado en el sillón. Se puso en pie de inmediato y sus ojos buscaron los de Olivia con avidez y preocupación. Analizó su expresión con detalle, cada línea de su rostro. Estaba dispuesto a marcharse de allí de inmediato si ella así lo deseaba, aunque le alegró ver que no parecía ser el caso.

—¿Todo bien? —le preguntó aun así.

Olivia asintió con la cabeza y le dedicó una sonrisa que no le llegó a los ojos. Había tristeza en ellos, pero también un brillo especial, algo similar a la esperanza. Deseó de todo corazón que lo sucedido en la planta superior les hubiera dado a ambos un nuevo punto de partida sobre el que avanzar. Una parte de él odiaría para siempre a Harry sin que pudiera hacer nada por evitarlo. A pesar de entender la desesperación provocada por la muerte de su mujer, no lograba comprender que hubiera abandonado a Olivia. Pero era su padre y ella le necesitaba, y eso le bastaba.

—Creo que ya es hora de que nos sentemos a la mesa —sugirió Harry, cediéndoles el paso al comedor.

Cuando Sean pasó junto a él, el hombre lo detuvo un breve instante.

—Gracias. Por todo.

—Su hija es una persona increíble, solo necesita que crean en ella y que la quieran.

Sean no creyó necesario añadir nada más.

La mesa estaba dispuesta de un modo sencillo, sin excesos. Sean estaba seguro de que la madre de Olivia habría sido la encargada de esa parte de la celebración. Se imaginaba la casa repleta de adornos, tanto como si fuera Navidad. Debió ser una mujer excepcional por lo que le había contado de ella.

Entre los tres se organizaron para llevar hasta la mesa los distintos platos que el padre de Olivia había cocinado y, por supuesto, el pavo asado. Ninguno tenía demasiado apetito dadas las circunstancias, pero eso fue algo que cambió una vez que el aroma de la comida inundó la estancia y se sentaron para disfrutar del festín.

Hubo momentos de silencio aunque no llegaron a resultar del todo incómodos, y Sean confiaba en que, con el paso de las semanas, Olivia y su

padre podrían ir derribando ese muro invisible que se había alzado en su relación.

—¿Estudiáis juntos? —preguntó Harry, durante la cena.

Quería conocer algo más del chico que parecía haber llegado hasta su hija cuando ni siquiera él había sido capaz.

—No, Sean está cursando un grado de comunicación —replicó Olivia, tras tragar el bocado que tenía en la boca.

—Necesito un seguro por si el fútbol me falla —apostilló Sean, y Harry asintió en señal de aprobación.

Los jugadores que llegaban hasta la NFL empezaban su carrera desde el instituto y eran captados por las universidades antes de que finalizaran dicha etapa educativa. Pero una vez allí, gran parte de ellos se concentraban únicamente en jugar al fútbol, dejando de lado los estudios en favor del deporte. No eran pocos los que, por una lesión o cualquier otra circunstancia, se veían pocos años después sin ningún tipo de futuro profesional.

—Es una buena decisión —coincidió él, satisfecho por su respuesta.

La charla prosiguió en un ambiente distendido el resto de la velada, aunque al final de esta Olivia decidió regresar al campus. Su padre sugirió que se quedaran aunque no se opuso a su marcha, consciente de que no debía forzar las cosas entre ellos, y ella se lo agradeció con un último abrazo antes de abandonar la casa.

Tras despedirse de él y ya en la calle, Sean tomó la mano de Olivia y depositó un pequeño beso sobre el dorso.

—¿Estás bien de verdad?

Olivia asintió. La noche había sido tan intensa como había esperado, más incluso. Por mucho que se había imaginado la conversación con su padre mientras acudían esa tarde a su casa, en modo alguno había estado preparada para que se convirtiera en una realidad. Pero se alegraba de haber hablado con él a pesar de la cantidad de lágrimas que había derramado.

—¿Quieres que demos una vuelta con la moto antes de volver? —sugirió ella.

Alzó la mirada al cielo y luego la trasladó hasta los ojos azules de Sean. Él ya le estaba sonriendo.

—Por arriesgado que resulte hacer esta afirmación tratándose de ti, te seguiría a cualquier lugar que me propusieras. —Bajó la barbilla y se le escapó una carcajada—. Dios, es lo más cursi que le he dicho jamás a una chica. En realidad, lo más cursi que le he dicho nunca a nadie.

Olivia ladeó la cabeza y le brindó una espectacular vista de su hoyuelo.

—Es lo más bonito que has dicho jamás —le corrigió ella, acercándose a él. Se puso de puntillas y sus rostros quedaron a tan solo unos centímetros—. Y ¿sabes qué? Yo no querría ir con otra persona a mi lado que no fueras tú. Te quiero, Sean Donaldson. —agregó, bajando la voz y rozando sus labios al hablar.

Él inspiró con brusquedad, como si escuchar su declaración le hubiera arrancado todo el aire de los pulmones. Atrapó su cintura con las manos para luego pegar sus cuerpos hasta que, incluso vestidos, sus pieles parecieron reconocerse a través de las capas de ropa. Se incendiaron en cuestión de segundos, arrollados por las emociones de su interior.

—Repíte eso —la retó, aunque se moría por besarla.

—Te quiero.

Se había enamorado de Sean Donaldson, la estrella de los Bruins, ese chico descarado que le parecía que fuera imposible que llegara hasta ella. A su vez, el chico que no deseaba complicaciones había caído rendido ante una chica repleta de miedos, con un pasado que la atormentaba y que ni siquiera deseaba un futuro. Como dos hojas que se desprenden de un árbol en otoño, podían haber sido arrastrados lejos el uno del otro, sin llegar siquiera a rozarse, azotadas por el aire. En su huida, Olivia había llamado a su puerta buscando a su hermano, pero se había encontrado con él...

Sean eliminó la distancia entre sus bocas y la besó con la misma lentitud con la que asimilaba las dos palabras que ella acababa de pronunciar. Dejó que su sabor le llenara la boca, grabando a fuego en su memoria cada emoción, cada sensación, mientras su lengua la acariciaba. Bebieron el uno del otro y lo que había empezado con una extraña calma se transformó muy pronto en una pasión incontrolable.

Él sostuvo su rostro entre las manos. Ahondó más en el beso y Olivia, sin ser consciente de ello pero sin hacer tampoco nada por evitarlo, desnudó su

interior en aquel beso. Se entregó con sus miedos y sus anhelos, con la ira contenida durante años y la ternura que le provocaba Sean con su sola presencia. Se lo dio todo más allá de cualquier límite que hubiera podido establecer y se perdió en él para, por fin, encontrarse a sí misma.

10

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Sean apretó un poco más su mano sin ser consciente de ello. Olivia le sonrió y asintió convencida.

—Puedo hacerlo sola —replicó ella, y volvió la vista al frente. Sus ojos se perdieron más allá del paisaje que la rodeaba—. No tienes que demostrar nada, Sean.

—No, no. Quiero hacerlo contigo.

—Eso ha sonado de lo más pervertido —se rió Olivia, aunque en el fondo le encantaba que él quisiera compartir aquello con ella.

Como siempre que reía, Sean contempló con detenimiento la expresión de su rostro. Se había recogido la larga melena en una trenza que colgaba sobre su hombro, aunque algunos mechones escapaban del casco que llevaba puesto y se agitaban con la leve brisa que corría. Cuanto más la miraba, más preciosa le parecía. Se preguntó si sería consciente del efecto que provocaba en él, del ansia que le embargaba cada vez que la miraba y de las emociones que despertaba en su interior con esa despreocupada risa.

—Si tú saltas, yo salto.

—¿Estás citando *Titanic*? —inquirió ella, divertida—. Porque te recuerdo que no terminó demasiado bien.

—Todos sabemos que cabían los dos en esa tabla y... por lo que le hemos pagado a ese tipo —agregó, señalando al hombre que esperaba pacientemente a su espalda—, más le vale que lo nuestro no termine igual.

Olivia volvió a reír y, en esa ocasión, Sean no se reprimió. La agarró de la nuca y acercó los labios a su boca con la cautela de un depredador que acecha a su presa buscando el momento adecuado para caer sobre ella. Dejó que sus alientos se entremezclaran unos segundos antes de besarla. Fue un beso profundo, toda una declaración de intenciones.

—Si tú saltas, yo salto, Liv —repitió, en un susurro.

Tirarse de un puente no parecía a simple vista lo más romántico del

mundo, aunque Sean convirtiera cada instante en algo especial. Para Olivia aquel salto resultaba una especie de homenaje a su madre. Quizás el aniversario de su muerte debería haber sido un buen momento para visitar por primera vez su tumba, algo que no había hecho nunca porque le producía tal rechazo que no había reunido valor suficiente en todos estos años.

—Es un salto de fe —repuso ella, también murmurando—. Como el amor, ¿no es así? Te enamoras de alguien, te entregas a esa persona y esperas que no te haga daño. Como la vida... —añadió, y su mirada descendió al barranco que se abría bajo sus pies. Desde el borde del puente parecía incluso más profundo—. Hay que confiar en que vivirla es mejor que mantenerse al margen porque, al final, los momentos buenos compensarán los malos.

No fue hasta entonces que Sean bajó también la vista y contempló la altura vertiginosa a la que se encontraban. Durante las semanas anteriores, el cambio operado en Olivia, si bien no había resultado extraordinario, había sido perceptible para él. Quedar con Maya para estudiar juntas, salir a comer algo con parte del equipo después de los entrenamientos o llamar a su padre más veces de lo que solía ser habitual para ella eran algunos de los detalles que Sean no pasaba por alto. Pero, más allá de ello, con el paso de los días había descubierto un poco más a la Olivia que sonreía con sinceridad, mostrando su hoyuelo a todo el mundo, en detrimento de esa otra Olivia que había irrumpido en su apartamento y que se escondía tras una pose mucho más artificial. Tenía la sensación de que empezaba a ser, por fin, más ella misma.

Quizá tuviera razón y aquello fuera un salto de fe, uno en busca de su libertad; la manera de sobrepasar las barreras que ella misma se había autoimpuesto y con las que con tanto empeño se había mantenido alejada de todo el mundo hasta ahora.

—Puedo hacerlo siempre que sepa que estarás esperándome ahí abajo —afirmó Sean.

El corazón parecía a punto de salirse del pecho y notaba el pulso latiendo en sus oídos, acallando cualquier otro sonido, pero nunca había estado tan seguro de algo. Si Olivia necesitaba dar un salto de fe por su madre y por su libertad, él lo haría para demostrarle que confiaba en ella.

Olivia saltó primero. Se colocó de espaldas y buscó los ojos de Sean

segundos antes de cerrar los suyos, extender los brazos y dejarse caer hacia atrás. Más que caer, le pareció que volaba, tal vez porque se sentía más liviana que nunca. El grito que exhaló él la acompañó durante todo el descenso. Ella, en cambio, solo rió. Sus carcajadas resonaron a lo largo del desfiladero en el que se encontraban, rebotando en las montañas que devolvieron el sonido amplificado, y no cesaron hasta que se encontró balanceándose a pocos metros del suelo.

Desde abajo, sin aliento pero con el corazón un poco más lleno, le hizo una señal a Sean. Este no tardó en seguirla, el tiempo justo que le llevó al encargado de la empresa que habían contratado descolgarla del todo. Otro alarido abandonó su garganta pero esta vez fue el nombre de ella lo que gritó, solo las tres letras que habían puesto patas arriba su mundo, solo eso, pero bastó.

—Creo que quiero repetir —comentó, cuando se reunieron en el fondo del barranco. Tiró de su arnés y la atrajo hacia sí—. Estás increíblemente sexi vestida así.

Olivia enarcó las cejas, poco dispuesta a creerle, y agitó la cabeza.

Los dedos de Sean capturaron su trenza y se deslizaron por ella, disfrutando del tacto suave de su pelo.

—Tenemos que regresar y ponernos a estudiar —replicó Olivia, pero le dejó hacer.

Sus bocas se encontraron a mitad de camino, aunque tuvieron que ladear la cabeza para evitar los cascos que aún llevaban puestos. Se besaron en mitad de la nada, con el eco de sus gritos y carcajadas aún resonando en los oídos y la sensación de estar solos en el mundo. Olivia se estremeció al percibir el sabor de Sean sobre su lengua y el calor de sus manos en la espalda, apretándola contra su pecho. Pero había otro fuego ardiendo en su interior más allá del que pudiera despertar el deseo que sentía por él, uno al que bien podría haber llamado «hogar».

—Llévame a comer algo y luego prometo portarme bien y ponerme a estudiar —anunció Sean, interrumpiendo el beso el tiempo justo para hablar.

Se perdieron un rato más el uno en el otro, incapaces de romper la magia del momento, y solo se separaron cuando el encargado les advirtió de que ya

habían recogido y se marchaban. Regresaron a Westwood en la moto de Olivia. Sean se sintió como la primera vez que había montado con ella y a la vez muy diferente. Se maravilló de lo mucho que habían cambiado sus prioridades en apenas dos meses, de cómo incluso había cambiado él mismo. No había sido consciente hasta ese momento de la poca importancia que habían adquirido cosas como salir de fiesta o llevarse a una chica a la cama, al menos a una que no fuera Olivia, y comprendió que puede que también él hubiera temido entregarse a alguien. Puede que no de la misma forma en la que lo había hecho ella y no por los mismos motivos, pero hasta que Olivia apareció en su vida se había esforzado mucho para evitar cualquier complicación.

Allí, sobre una moto y agarrado a la cintura de la chica que nunca soñó conocer, comprendió que a veces solo hace falta conseguir que una persona sonría para que cambie todo tu mundo.

—¿Qué harás en Navidad? —le preguntó, mientras engullía una hamburguesa.

Olivia levantó la vista de su plato para mirarlo. Tenía una pequeña mancha de salsa en la comisura de los labios y Sean no lo pensó siquiera antes de inclinarse y eliminarla con un beso. Se había vuelto jodidamente cursi cuando se trataba de ella y lo peor, o lo mejor, era que no le importaba. Cualquier excusa era buena para tocarla.

—No quiero dejar a mi padre solo —replicó ella, consciente de lo que Sean estaba a punto de proponerle—. Y, si te soy sincera, es la primera vez que siento algo de emoción por pasar las vacaciones en casa. Tengo la estúpida sensación de que podría ir... mejor.

Sean pasó la yema de los dedos por la zona donde momentos antes habían estado sus labios y los deslizó hasta las pecas de su mejilla. Luego hundió el rostro en el hueco de su cuello y le hizo cosquillas hasta que consiguió que se deshiciera entre risas.

—Ven conmigo —le pidió—. Tu padre podría venir también —se aventuró a sugerir. No era difícil imaginar lo poco que Olivia y su padre habían disfrutado de estas fiestas en los últimos años, más teniendo en cuenta lo cercanas que se encontraban al aniversario de la muerte de su madre—. Te

aseguro que los Donaldson al completo estaremos encantados de teneros en casa.

Al margen de la respuesta de Olivia, ya había tratado el tema con su familia y a todos les pareció una idea estupenda. Había sitio de sobra y compartir con ellos la celebración puede que lo hiciera algo menos duro. Sean esperaba que aceptara la propuesta.

Olivia no pudo evitar evidenciar su sorpresa. Antes de que empezara a negar con la cabeza por pura inercia, Sean atrapó sus labios y se bebió su negativa, evitando que pronunciara palabra alguna antes de que lo hubiera pensado bien.

—No hace falta que digas nada ahora —repuso, y señaló su plato para que continuara comiendo—. Háblalo con tu padre primero. Entiendo que es algo que debes discutir con él, pero deberías saber que seréis bien recibidos. Además, no puedes perderte a Cam con su jersey de renos o a Aria levantándonos a todos casi de madrugada para buscar los regalos debajo del árbol. Mi padre estará contento si yo lo estoy, y mi madre... Bueno, es un hueso duro de roer pero estoy seguro de que te va a adorar en cuanto te vea. Créeme, se muere por conocer a la chica capaz de domar al más salvaje de sus hijos.

Olivia le dio un empujoncito en el costado y puso los ojos en blanco al escuchar su última afirmación.

—Dudo mucho que alguien pueda domesticarte, Sean Donaldson. Pero no importa, me encanta que seas un salvaje.

—Espera a que lleguemos a mi apartamento y te demostraré lo salvaje que puedo llegar a ser —alardeó, y, de repente, su mano ya no sujetaba la hamburguesa sino que estaba bajo la mesa, ascendiendo lentamente por su muslo.

Buscó de nuevo la piel suave de su cuello y comenzó a acariciarla con los labios y la lengua hasta arrancarle un suspiro.

—Hablaré con mi padre —aceptó ella por fin, y Sean sonrió, satisfecho—. Pensaba que íbamos a tu casa a estudiar. Cam y Maya nos están esperando.

—Nos escabulliremos hasta tu piso entonces —terció él, poniéndose manos a la obra para terminar su almuerzo.

Poco después de Acción de Gracias, los médicos y el entrenador le habían dado el visto bueno para reincorporarse a los entrenamientos y, más tarde, a los partidos. Y, aunque una última derrota había dejado a los Bruins sin opciones para ganar el campeonato, Sean estaba contento con su rendimiento. Le hubiera gustado poder disputar la Rose Bowl en año nuevo aunque eso supusiera regresar unos días antes de sus vacaciones, pero dado que no había sido así podría disfrutarlos junto a su familia y esperaba que también junto a Olivia. Con suerte, nevaría y tendrían unas navidades blancas.

—¿Alguna vez has visto nevar?

—Te recuerdo que no hace más de un par de semanas que te dedicaste a hacer dibujitos en los techos de los coches —se burló Olivia.

Sean fingió ofenderse.

—No fueron dibujitos —se defendió—. Fue una declaración digna del mismísimo Romeo.

—Te van los dramas, ¿eh?

Ambos rieron.

—Hablo de nevar de verdad. De encontrarte más de un metro de nieve en la puerta de tu casa y de una verdadera batalla de bolas al más puro estilo Donaldson. Tienes que venir a Ohio —concluyó, amagando un puchero.

—Tengo una puntería excelente —terció ella, desafiante—. No creas que voy a salir corriendo.

La última frase albergaba más de un sentido y Olivia fue muy consciente de ello.

—Cuento con ello, Liv. Cuento con ello.

11

—Creo que me va a explotar la cabeza.

Olivia emitió un quejido para sumarse a las quejas de Maya. Llevaba todo el día encerrada en su piso estudiando junto con ella y con Anne, una de las compañeras de clase de su amiga. Al mediodía habían parado el tiempo justo como para acercarse al restaurante chino que había a dos calles de allí y volver cargadas de suministros para no desfallecer de hambre.

—Ya somos dos —coincidió Olivia, derrumbándose contra el respaldo del sofá.

—Tres —intervino Anne, que no tenía mucho más ánimo que las demás.

Los bolígrafos cayeron sobre sus apuntes y esa pareció ser la señal para una pausa.

Sean había pasado gran parte de la mañana con ellas y también Will, aunque los dos se habían escabullido horas atrás con sendas excusas. El gemelo, por su parte, había alegado que no podía faltar a la celebración prenavideña del equipo de fútbol y Olivia había quedado en reunirse con él durante la tarde. Apenas si quedaban un par de semanas para las vacaciones y, con ellas, daría comienzo el invierno.

El otoño llegaba a su fin y parecía que, más que una simple estación, había transcurrido toda una vida para ella. Resultaba curioso lo diferente que se sentía ahora con respecto al comienzo del curso. No había más que verla allí, con Maya y Anne, compartiendo horas de estudio mientras que a ratos hablaban sobre lo que harían durante las fiestas o con quién las pasarían. Algo que cualquier otra persona haría casi sin pensar para Olivia resultaba un auténtico esfuerzo, aunque cada vez le costara menos. Sus temores poco a poco iban cayendo y le agradaba ser capaz de abrirse. Maya le había presentado a Anne meses atrás, pero hasta ahora no habían pasado de un saludo de cortesía y la cuestión era que parecía una chica tan simpática y amable como su propia compañera. Estaba redescubriendo lo que era hacer nuevos amigos.

—¿Irás a Ohio entonces? —terció Maya, sentada sobre el suelo a pocos pasos de ella.

Olivia asintió. Acababa de contarles que Sean la había invitado a pasar las fiestas junto a su familia.

—Mi padre también irá conmigo. No quiero dejarle solo.

Anne, junto a Maya, se inclinó un poco hacia delante al hablar, toda su atención centrada en ella. Llevaba el pelo rubio recogido en un cola alta y sus grandes ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Vais en serio entonces. Si vuestras familias van a conocerse...

El tono de admiración en su voz hizo reír a Olivia. Sabía que Anne se había fijado en Cam, aunque en realidad eran pocas las chicas del campus que no se sentían atraídas por alguno de los gemelos Donaldson. La noticia de que el *quarterback* de los Bruins estaba saliendo de forma oficial con ella era ya un secreto a voces, por lo que todos los ojos estaban puestos ahora en su gemelo. A Olivia, sin embargo, poco le importaba que Sean fuera considerado casi un héroe en la universidad y ella la novia de la estrella del equipo. Mientras otros solo veían a Donaldson, ella prefería quedarse con Sean.

—Supongo que sí —admitió, aunque las chicas no podían tener ni idea de lo que suponía para ella aceptarlo.

Anne se removió sobre la alfombra.

—Olivia, he oído lo que pasó con Hollis... ¿Es verdad?

Ella suspiró. Ese era otro de los rumores que había ido de boca en boca en las últimas semanas. La fraternidad de los jugadores del equipo parecía un nido de chismosos que no fueron capaces de mantener la boca cerrada. Aunque en este caso se alegraba de que la gente, y sobre todo otras chicas, se hubieran enterado del lamentable incidente. Si Hollis era la clase de tío que no admitía un «no» por respuesta, esperaba que todas las alumnas de la universidad estuviera al tanto de ello.

Se había visto obligada a coincidir con él en alguna que otra fiesta y el tipo siempre la miraba como si hubiera sido ella la que hubiera hecho algo malo. Aunque Olivia sabía que no era así y no se dejaba amedrentar por él, agradecía que tanto Sean como la mayor parte de sus compañeros de equipo le hubieran mostrado su apoyo y lo mantuvieran alejado de ella en todo momento.

—Ten cuidado con él, ¿vale? —repuso. Se masajeó las sienes, cansada por la larga sesión de estudio, y cerró el libro que mantenía sobre el regazo—. Puede que solo sea un fanfarrón y lo dijera sin pensar, pero... —Negó con la cabeza.

No tuvo que completar la frase. Ni Anne ni Maya dudaban de su palabra.

Decidieron dar por finalizado el día. Oliva se despidió de ellas para ir al encuentro de Sean. Se metió en la ducha de inmediato, buscando una forma de despejarse, y se cambió de ropa. Se suponía que no se trataba de una fiesta en sentido estricto, tan solo una reunión de los jugadores para celebrar el fin de la temporada juntos ya que cada uno tenía sus propios planes para Navidad. Sin embargo, Sean le había enviado varios mensajes y le había pedido que se uniera a ellos. El almuerzo se había alargado más de lo debido y no parecía que fueran a darlo por concluido hasta bien entrada la noche a pesar de que todos estaban en plenos exámenes.

Quedó claro que la cosa se les había ido de las manos cuando llegó al lugar en el que se habían reunido. El local, situado en los límites del campus, servía desayunos por la mañana mientras que por la noche pasaba a convertirse en algo similar a un bar de copas, y en ese instante estaba lleno de universitarios demasiado cansados de estar recluidos entre cuatro paredes. El oro y el azul eran los colores predominantes, aunque Olivia había cambiado su camiseta de UCLA por ropa negra antes de salir.

Encontró a Sean cerca de la barra rodeado por Fields, Hastings y parte del equipo. Como si notara su presencia, el chico alzó la mirada y sus ojos se cruzaron a pesar de la gente que se interponía entre ellos. Algo vibró en el espacio que los separaba y, de forma paulatina, una sonrisa se fue dibujando en sus rostros.

—Eres como un ángel recién salido del infierno —balbuceó Sean, cuando llegó hasta él.

—Y creo que tú has bebido demasiado —replicó ella, divertida.

Le arrancó la cerveza que tenía entre las manos y le dio un sorbo muy pequeño, sabedora de que le iba a tocar llevarlo de regreso a casa. Por regla general no era de los que se emborrachaban pero, dado que la temporada de fútbol había llegado a su fin, estaba claro que no había sabido parar.

Sean la rodeó con los brazos y hundió el rostro en su cuello.

—Siempre hueles tan bien y eres... eres preciosa. —Alargó en exceso la última «a», y ella tuvo que esforzarse para no soltar una carcajada.

Los jugadores más cercanos a ellos no tuvieron tantos reparos y rompieron a reír, aunque su estado no era mucho mejor. Olivia se puso de puntillas hasta alcanzar su oído.

—Eres adorable, Sean, pero creo que es hora de irse a la cama.

Aquello pareció entusiasmarle y Olivia comprendió muy tarde los pensamientos que su mente debía estar albergando.

Sean alzó los brazos por encima de su cabeza y sonrió.

—Soy todo tuyo, Liv.

Y allí estaba... No importaba las cervezas que hubiera tomado o que estuviera rodeado de sus amigos, Sean Donaldson no había sido nunca tan poco dueño de sus sentimientos como durante ese otoño, y la verdad era que no le importaba lo más mínimo. Nunca se había sentido mejor.

Olivia se acercó a él, acunó su rostro entre las manos, y él sonrió como un idiota.

—Yo también, Sean —murmuró, bajo la atenta mirada de todos los presentes—. Y ahora vámonos a casa.

No tuvo que decírselo dos veces. Sean agitó una mano en dirección a Fields y los demás mientras Olivia lo tomaba de la otra y tiraba de él. Abandonaron el bar entre carcajadas. Ella reía ante su escasa coordinación y él tan solo reía, sin necesitar más razón que la de verla a ella sonreír.

Ya en el exterior, Olivia echó un vistazo a los coches del parking.

—¿Has venido con Cam?

Sean ignoró su pregunta, la agarró de las caderas y comenzó a balancearse de un modo cómico.

—Baila conmigo.

Olivia no supo si reír o llorar, pero terminó por aceptar, divertida por el rumbo que estaba tomando la noche. Ella no solía beber. La mayoría de las veces empleaba la moto para moverse por el campus y fuera de él, incluso por las noches. Esa, por sí sola, ya era una razón de peso para no acercarse al alcohol. Pero en caso de que no fuera así, en su afán por mantenerlo todo bajo

control, no solía ir más allá de un par de cervezas. Ello también conllevaba que no tuviera demasiada resistencia a cualquier bebida alcohólica.

—¿Sabes de qué me he dado cuenta esta noche cuando te he visto en la entrada con esos pantalones ajustados y esa cazadora de cuero perversamente sexi? —terció Sean—. ¿Cuándo he caído en que, de todos los tíos que había en ese bar, era a mí a quién estaba destinada tu sonrisa?

—¿De qué? —repuso ella, acompañándole en sus torpes balanceos.

—Hasta ahora había creído que no me enamoraba de ninguna chica porque no encontraba razón alguna para quedarme con nadie. Pero... —Hizo una pausa para tomar aire—. Ahora creo que no hay razones válidas. Que no hay lógica que valga. Que esto. —Señaló su sien—. No tiene nada para hacer frente a esto —prosiguió, y su dedo se desplazó hasta el lado izquierdo de su pecho—. No sé ni me importa por qué estoy enamorado de ti, y tampoco me importa que toda la universidad se ría de mí por ello. Porque si esos imbéciles llegaran a sentir una décima parte de lo que yo siento cuando te miro no se reirían sino que se dedicarían a buscar a alguien tan especial como tú. Eres jodidamente perfecta, Liv —concluyó, desarmándola por completo.

Ella agitó la cabeza en una negativa, emocionada.

—No, Sean. Tú eres perfecto y me haces perfecta a mí.

Él esbozó una sonrisa estúpida, que a Olivia le pareció la más bonita que le había dedicado jamás. Se puso de puntillas y lo besó. Sus bocas se rozaron en una primera tentativa, una caricia suave y tierna, para luego fundirse en una sola, sus lenguas enredándose mientras que, con manos ansiosas, buscaban la piel del otro.

Olivia optó por llamar a un taxi para regresar a casa. Según Sean, Cam había desaparecido a media tarde y no quería arriesgarse a volver en la moto dado el estado en el que se encontraba su novio. Ya volvería a recogerla al día siguiente. Tampoco hizo uso de la escalera de incendios sino que accedieron al edificio por la entrada principal. Olivia aprovechó para meterse un poco con él.

—Tienes muy poco aguante, Donaldson —se rió, aunque el suyo era aún peor.

Él entornó los párpados y le dedicó una mirada que pretendía ser de

suficiencia aunque quedó en una mueca extraña. Olivia hizo lo posible para no soltar una carcajada.

—No tienes tu suerte, pequeña Liv. Tú y yo. Mi cama... Piénsalo — comentó, acorralándola en una esquina del ascensor.

No hubo mucho que pensar. Al llegar al apartamento de los gemelos fueron directos a la habitación de Sean y este se dejó caer sobre el colchón cuan largo era. Se quitó las zapatillas haciendo uso tan solo de los pies y apenas si atinó a desabrocharse los vaqueros. Olivia lo observó de pie junto al borde. Contempló como su cuerpo cedía a la somnolencia producida por el alcohol y se relajaba. Su respiración no tardó más de unos pocos segundos en volverse profunda y regular.

—Creo que esta noche solo seréis tu cama y tú —le dijo, a pesar de que ya estaba dormido.

Se inclinó sobre él y depositó un beso sobre su frente antes de tapanlo con una manta y salir por la ventana en dirección a su propia casa. Mañana, cuando la resaca probablemente no le permitiera pensar, ya hablaría con él de su legendaria resistencia.

12

Olivia abrió los ojos antes de que sonara el despertador, pero aun así se despertó descansada. El insomnio que tantas noches la había mantenido en vela apenas si había hecho acto de presencia en las últimas semanas, y sus horas de sueño parecían cundir mucho más que antes. De alguna manera tenía la sensación de que todo su mundo era ahora un poco menos gris, más pausado, y eso la hacía sentir bien.

Miró en dirección a la ventana. Sean, dos plantas más abajo, estaría todavía durmiendo y puede que tardara un par de horas más en despertarse. Ella tenía por delante otra larga jornada de estudio pero se permitió remolonear un poco entre las sábanas, tumbada de lado y con la mirada perdida más allá del cristal.

Tras un último examen quedaría por fin liberada de sus responsabilidades estudiantiles hasta después de las vacaciones y, al contrario que en años anteriores, esta vez le apetecía de verdad tener esos días libres y disfrutar al máximo de ellos. Su padre y ella viajarían a Ohio y celebrarían la Navidad con Sean y su familia.

Cuando se decidió a levantarse, lo primero que hizo fue dirigirse a la cocina para preparar café. Maya salió de su habitación poco después, seguramente atraída por el aroma de este.

—¿Estuviste anoche con Sean?

Olivia enarcó las cejas ante la brusquedad con la que su amiga le hizo la pregunta.

—Buenos días a ti también.

Le sonrió como único reproche, pero la expresión seria de Maya le dio a entender que no estaba bromeando ni había formulado la cuestión por pura banalidad.

—Will me contó que uno de los chicos del equipo le dijo que una tal Amy va alardeando por ahí de que Sean y ella tuvieron algo... ayer

A esas horas de la mañana, y sin haber probado ni una gota de café aún,

la mente de Olivia no estaba para trabalenguas. Le costó unos cuantos segundos descifrar lo que estaba intentando dar a entender Maya.

—¿Esa chica dice que se acostó con Sean? —terció Olivia, perpleja.

El nombre le resultaba familiar pero no conseguía recordar el porqué. Cuando Maya, con una solemnidad poco usual en ella, asintió, Olivia no pudo más que echarse a reír.

—Confío en Sean, Maya —señaló, agitando la cabeza—. No te creas todo lo que oyes por ahí.

Pero las arrugas de preocupación no desaparecieron del rostro de su amiga.

—¿No vas a preguntarle al respecto?

Olivia suspiró. Sirvió dos tazas de café y le tendió una. Antes de contestar, fue a sentarse al sofá y le hizo un gesto a Maya para que ocupara el lugar a su lado.

—Mira, llevo... Llevo mucho tiempo viviendo con miedo, sin confiar en nadie salvo en mí misma, y a veces ni tan siquiera eso —explicó, mientras tomaba pequeños sorbos de su bebida—. Estoy completamente enamorada de Sean, algo que ni siquiera me planteaba que pudiera suceder. De entre todas las chicas de este campus con las que podría estar, él ha elegido estar conmigo, solo Dios sabrá por qué —se rió, porque ni siquiera ella terminaba de entenderlo—. Pero ha estado ahí para mí en... determinados momentos, y sigue estando porque así lo quiere. No le creo capaz de hacerme ese tipo de daño.

Supo de inmediato que su discurso parecía el de una niña ingenua, pero le dio igual. Confiaba en Sean, creía cada una de las palabras que le había dicho, cada susurro, cada te quiero que había abandonado sus labios sin que ella se lo pidiera jamás. No le iba a dar más crédito a un extraño que a él.

—Admiro tu seguridad —replicó Maya, cuya confusión era evidente.

Olivia se preguntaba si sería el resultado de algún tipo de equívoco entre Will y ella o tal vez de una traición sufrida en una relación anterior.

—No, no se trata de seguridad en mí misma. Se trata de Sean. Es de él del que estoy segura —sentenció, dando por concluido el tema—. ¿Preparada para otra sesión de estudio?

Pasaron la mañana en el apartamento. Maya había sugerido cambiar de aires e ir a la biblioteca, pero Olivia prefería estudiar en casa, así que habían acordado quedarse allí hasta la hora de la comida, almorzar fuera y luego continuar repasando en una de las muchas bibliotecas con las que contaba la universidad. A esas alturas era difícil no buscar cualquier excusa para distraerse y dejar de lado los libros. El ambiente festivo inundaba el campus a pesar de que a la mayoría de estudiantes aún les restaba algún examen por realizar.

Mientras daban cuenta del almuerzo en el restaurante asiático al que Maya había sugerido ir, Olivia revisó su móvil en busca de alguna señal de Sean. Su compañera de piso y ella habían salido del edificio por la entrada principal y no había querido llamar a la puerta de los Donaldson aunque suponía que ambos estarían ya despiertos. Las clases habían finalizado días atrás pero ambos tenían pendiente entregar trabajos y también algún que otro examen. Le extrañó no haber tenido noticias de Sean, pero la animada charla de Maya la mantuvo suficientemente distraída en el restaurante como para no concederle más importancia al asunto.

Sin embargo, cuando durante la tarde tampoco supo nada de él, decidió enviarle algunos mensajes primero para terminar por llamarle tras la ausencia de una respuesta. En el exterior de la biblioteca, escuchó el tono de llamada una vez tras otra, sin éxito. Su preocupación fue en aumento minuto a minuto, hasta tal punto que no fue capaz de devolver su atención a los apuntes desplegados frente a ella.

—Le habrá surgido algo —señaló Maya, consciente de su inquietud.

No era propio de Sean desaparecer sin más. Durante las últimas semanas habían sabido el uno del otro de forma más o menos constante, casi siempre por las visitas que ella realizaba para colarse en su apartamento durante el desayuno o por las tardes que pasaban juntos sin un plan concreto. Se preguntó si no debía haberse asegurado esa mañana de que Sean estaba bien después de la borrachera de la noche anterior.

No quería que pareciera que estaba controlándole, pero decidió mandarle un mensaje a Cam para preguntarle por el estado de su hermano. Preocuparse por alguien de esa forma era algo a lo que no estaba acostumbrada, casi una

experiencia nueva para ella que hasta entonces había evitado por todos los medios cualquier situación que desembocara precisamente en algo así. Pero no dudó ni un segundo al enviarle aquel mensaje a Cam.

Sean se había convertido, no en el centro de su vida, pero sí en alguien a quien amaba, deseaba y quería ver feliz, y asumió con una fortaleza extraña para ella el incómodo cosquilleo de nervios que le provocaba el temor a que algo malo pudiera haber sucedido.

Su miedo se acrecentó cuando Cam tampoco respondió a su mensaje. Esperó con impaciencia varios minutos. Puede que se estuviera comportando de una forma absurda y que los gemelos estuvieran ocupados o no pudieran contestar por cualquier motivo, pero no pudo evitar dejarse llevar por los nervios.

—Voy a volver a casa —informó a Maya, que se mantenía a su lado, contagiada por su preocupación.

Ambas contemplaban la pantalla de su teléfono a la espera de que se iluminara, algo que no pasó.

—Te acompaño.

Caminaron de regreso a paso vivo. Olivia se odió por haber dejado la moto en el bar la noche anterior, podían haber llegado mucho más rápido con ella, y los metros que separaban el edificio en el que vivían de la zona en la que se encontraba la biblioteca parecieron transformarse en los más largos que hubiera recorrido jamás. Imaginó mil escenarios posibles a pesar de que se repetía que sus temores eran infundados y que estaba sacando las cosas de quicio. Se recordó lo poco apropiado que le había parecido que Sean regresara tan pronto a los entrenamientos después de haber estado hospitalizado tras el incidente de Berkeley, y también la mención por parte de Maya de aquella chica que había asegurado tener algo con Sean justo el día anterior y a la que no había dado crédito alguno. Cualquier cosa empezaba a parecerle posible y viejos temores resurgieron en su interior.

—Seguro que está bien —aseguró su amiga, mientras ambas accedían por fin al edificio.

Olivia asintió y se esforzó para no echar a correr escaleras arriba.

—Sí. —Fue su única respuesta.

No había visto el coche de Cam en el aparcamiento y, por mucho que aporrearon la puerta de los gemelos, ninguno de los dos la abrió para tranquilizarlas.

—Voy a... —Olivia señaló por encima de su cabeza y Maya comprendió de inmediato qué se proponía.

Su amiga sabía que había adoptado la costumbre de acceder a casa de los Donaldson por la ventana del dormitorio de Sean y, aunque hasta ahora le había parecido un comportamiento algo extravagante, Maya agradeció que tuvieran esa posibilidad. Los nervios de Olivia habían pasado a ser los suyos. No tenía por qué haber sucedido nada malo, pero nunca había visto a su compañera de piso tan alterada. También ella valoró la posibilidad de que el accidente sufrido por Sean en el partido contra los Golden Bears le hubiera provocado algún tipo de daño que los médicos no hubieran detectado. Maya era una entusiasta del fútbol americano pero también era de las que creían que los protocolos de conmoción de la NFL no se cumplían de forma tan estricta como deberían, y no sería el primer jugador que tenía problemas después de ser dado de alta por los médicos deportivos.

—Cam te hubiera avisado —murmuró, y Olivia torció el gesto, como si de alguna manera compartiera sus sombríos pensamientos.

Maya se mantuvo inclinada sobre el alféizar mientras ella descendía por la escalera de incendios. La vio colarse en el interior tras un breve forcejeo con la ventana y esperó conteniendo el aliento.

La cama estaba deshecha. La sábana superior colgaba por uno de los laterales y la colcha se amontonaba en la parte inferior. Sean no era un dechado de pulcritud y orden, pero ella sabía de sobra que una de las pocas manías que tenía era la de mantener siempre la cama hecha salvo que ellos estuvieran dentro desordenándola.

Recorrió el apartamento con lentitud. No sabía qué esperaba encontrar, pero no había ni rastro de los hermanos Donaldson. Perseo se enredó entre sus piernas en cuanto se aventuró hasta el salón. Lo tomó en brazos y lo mantuvo pegado a su pecho mientras se movía en silencio por la casa, sintiéndose como una intrusa a pesar de saber que a Sean no le importaba que lo visitara incluso cuando ellos no estaban allí.

—¿Sabes dónde está Sean, chiquitín? —le preguntó al animal, rascándole detrás de las orejas.

Como era obvio, el gato no contestó más que con un leve ronroneo.

No se consideraba una persona extremadamente intuitiva, pero en aquella ocasión tenía un pálpito que le decía que algo iba terriblemente mal.

Deseó con todas sus fuerzas estar equivocada.

13

—¿Alguna novedad?

Olivia respondió a la pregunta de Maya con una negativa silenciosa. Había pasado la noche pendiente del móvil y asomándose a intervalos regulares por la ventana. Se había prometido esperar un poco más antes de decidirse a llamar a Aria y preguntarle si tenía noticias de sus hermanos, no sabía qué otra cosa podía hacer aunque tampoco quería preocuparla sin motivo.

Miró el reloj. Eran poco más de las siete de la mañana y no creía ser capaz de darles mucho más margen a los Donaldson antes de perder los nervios del todo.

Maya pasó junto a ella y le dio un apretón en el brazo.

—Tienes mala cara, ¿has dormido algo? —inquirió, y ella volvió a negar.

Su amiga suspiró y comenzó a servir dos tazas de café. La cafetera había trabajado a marchas forzadas durante las horas anteriores y, aun así, Olivia apenas si lograba mantener los ojos abiertos. La última media hora la había pasado apoyada en la encimera de la cocina, con la vista perdida en la pared de enfrente y sin moverse, concentrada para no dejarse llevar por el pánico y por todos sus miedos.

—Prueba a acostarte. Estaré atenta y te avisaré si aparecen.

—Creo que voy a llamar a su hermana ya —terció ella, poco dispuesta a seguir su consejo.

No creía poder dormir aunque lo intentara.

Maya estornudó y al momento lo hizo una segunda vez.

—Lo siento —se disculpó Olivia, pero Maya hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

La alergia de su compañera de piso se había desatado al poco de su regreso del piso de Sean. Se había traído a Perseo consigo. Era lo único que le ofrecía cierto consuelo. En ese momento el gatito dormía en su cama, pero antes había estado dando vueltas por toda la casa y Maya estaba sufriendo las

consecuencias de sus paseos.

—No pasa nada —la tranquilizó su amiga, y Olivia agradeció su comprensión con una sonrisa triste.

—Lo llevaré de vuelta abajo y llamaré a Aria desde allí.

Maya no dijo nada a pesar de que estaba dispuesta a soportar el picor de ojos y los estornudos si tener allí al gato hacía sentir mejor a Olivia. Todo lo que ella había podido hacer era preguntar con discreción a Will y a alguno de sus amigos si por casualidad habían visto a los gemelos, pero no había conseguido ninguna información útil y ni siquiera lo había comentado con Olivia. La dejó ir y se cuidó de no dar muestras de su propia preocupación para no empeorar su estado.

—Aparecerán —le aseguró, por contra, antes de que comenzara a descender por la escalera de incendios.

Olivia ya no sabía qué pensar.

Al llegar abajo soltó a Perseo, que salió corriendo en dirección al pasillo, derrapó y se metió en el dormitorio de Cam dando saltitos. Se sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y lo mantuvo unos segundos entre las manos mientras echaba un nuevo vistazo al salón. El silencio de la estancia en la que en tantas otras ocasiones había resonado la risa de Sean y la suya propia hizo que se estremeciera.

—¿Dónde demonios te has metido, Donaldson? —se preguntó en voz alta, temiendo conocer la respuesta casi tanto como continuar ignorándola.

La cuestión se repitió en su mente varias veces más y puede que ese eco se hubiera mantenido por más tiempo si no hubiera sido porque escuchó el ruido de una llave deslizándose en la cerradura de la puerta principal. Cuando se abrió y vio a Cam, su corazón se paró durante un breve segundo. Solo volvió a latir cuando este se adelantó y Sean apareció tras él.

—¡Oh, joder! —maldijo, echando a correr y lanzándose sobre él sin más aviso que ese pequeño exabrupto.

Sean tardó unos segundos en responder a su abrazo, aunque Olivia estaba tan aliviada que ni siquiera se dio cuenta de ello. Todo lo que importaba era que tanto él como su hermano estaban bien.

—¿Dónde te habías metido, Donaldson? —lo interrogó, con la cara aún

hundida en el hueco de su cuello.

Se llenó los pulmones con su olor, ese aroma que se había vuelto tan familiar para ella y que le resultaba tan placentero como tranquilizador. Sean era, para ella, calma en sí mismo; un refugio al que podía acudir siempre.

—Hemos estado por ahí.

Su voz resultó monocorde, tan carente de emoción que Olivia se vio obligada a soltarlo para poder mirarle a los ojos. En ellos encontró desatada una tormenta que apenas si se correspondía con ese tono plano e inexpresivo.

—¿Por ahí? ¿Habéis estado por ahí? —repitió, buscando a Cam con la mirada.

El gemelo había avanzado hasta adentrarse en el salón y le daba la espalda, por lo que era imposible descubrir nada a través de su rostro. Lo único obvio, por la tensión de sus músculos, era que no estaba de buen humor.

Volvió a centrarse en Sean, que tampoco parecía muy dispuesto a aclarar dónde era exactamente «por ahí».

—Estaba muerta de miedo —admitió ella sin más—. Creía que os había sucedido algo. ¿Por qué no contestabas al teléfono?

Sean la mantenía cerca pero sus manos carecían de la ternura que normalmente mostraba. No había sido del todo consciente de la delicadeza y el cariño con el que la tocaba hasta ese preciso momento.

—Estoy... Yo solo... Necesito descansar, ¿vale?

Aquel balbuceo la desconcertó aún más. Se preguntó si estaría borracho, pero aquello no tenía nada que ver con lo sucedido la noche anterior cuando, incluso ebrio, había resultado de lo más dulce con ella. Era más como si no encontrara las palabras adecuadas para responder, tal vez como si le estuviera mintiendo y no atinara a sonar lo suficientemente convencido de lo que decía por la sencilla razón de que no era la verdad.

—¿Qué ha pasado, Sean?

Cam, aún de pie en mitad del salón, exhaló una especie de quejido. Fue tan débil que Olivia no estaba segura de si había venido de él.

—¿Sean? —insistió, pero este negó con cansancio.

Ni siquiera parecía él mismo. Las ojeras bajo sus ojos le indicaron que debía haber descansado tan poco como ella, solo que no sabía por qué.

—Nada, de verdad. Solo quiero irme a dormir.

Y sin más explicación se deshizo de ella y se fue directo a su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí. Olivia no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Permaneció unos segundos inmóvil en la entrada, junto a la puerta que nadie se había molestado en cerrar siquiera. Cuando por fin reaccionó, le dio un puntapié a la madera para ponerle remedio y acudió junto al otro hermano.

—¿Qué está pasando, Cam? ¿Qué le pasa a Sean? Y no me digas que nada porque es obvio que me estarías mintiendo de forma tan descarada como lo ha hecho él.

La sorpresa no le había permitido imaginar nada al respecto. Era tan impropio de Sean comportarse de una forma tan brusca y fría que Olivia no atinaba a imaginar qué podía haber provocado su comportamiento.

—Ha sido un día muy largo, Olivia —farfulló Cam—. Lo siento.

Le resultó imposible entender qué trataba de decirle, si es que se suponía que le estaba diciendo algo.

—¿Qué sientes? —Su voz aumentó ligeramente de volumen, presa de los nervios que comenzaban a regresar.

El alivio momentáneo de ver a los hermanos de una pieza se había transformado en confusión. Pero ahora se sentía dividida entre la ira y el temor. No lograba comprender qué estaba pasando y eso la atemorizaba tanto como la cabreaba.

—Vete a casa, Olivia —le ordenó Cam, haciendo gala de ese semblante serio y grave tan típico de él, solo que en esta ocasión había algo más que no era capaz de definir.

Observó las líneas de su rostro y encontró en sus ojos mucho más de lo que sus labios querían admitir. La tranquilidad con la que actuaba no era ni mucho menos lo que en realidad sentía, y ella lo sabía mejor que nadie porque había sido una experta en ocultar sus sentimientos a los demás durante años.

—¿Qué es lo que no me contáis? Cam, yo...

—Vete a casa. Es lo que él quiere que hagas —la interrumpió el gemelo, dándole la espalda.

Cam siguió los pasos de su hermano. Se encerró en su propio dormitorio

en el tiempo que a Olivia le llevó procesar que se refería a Sean. *Él* quería que se fuera a casa, que se marchase. Por primera vez desde que se colara en su apartamento no deseaba tenerla allí, y ese detalle terminó de destrozar el poco ánimo con el que ya contaba. Sus rodillas amenazaron con ceder bajo el peso de esa realidad y de la preocupación que había ido acumulando a lo largo de las últimas horas.

—Ya han aparecido. Están bien. —Fue la explicación que le dio a Maya cuando abrió la puerta de su casa.

Acto seguido, no pudo retener el llanto por más tiempo y se echó a llorar. Su amiga la ayudó a llegar hasta el sofá y se sentó junto a ella.

—¿Qué ha pasado?

Olivia se limitó a responder que estaban bien, aunque tal vez eso fuera mucho decir. A duras penas, y tras mucha insistencia, logró articular un par de frases más que dejaron a Maya tan desconcertada como a ella misma. No sabía qué había pasado en el lapso de esas veinticuatro horas anteriores y, por mucho que trataba de imaginarlo, no encontraba nada que pudiera haber conseguido una transformación tan radical en el comportamiento de Sean. Por si fuera poco, Cam tampoco había resultado de ayuda.

Horas más tarde, cuando incluso había valorado con Maya la posibilidad de que aquello tuviera algo que ver con Amy, su cuerpo cedió al cansancio y se quedó dormida sobre su cama de puro agotamiento. Sus párpados cayeron a pesar de sentir que volvía a perderse de nuevo, que esos temores que creía desterrados no iban a permitir que escapara jamás.

Lo último que pensó antes de caer en la inconsciencia fue que quizás lo suyo con Sean Donaldson solo había sido un sueño, breve e intenso, del que despertaría de un momento a otro. Solo que, en esta ocasión, no pensaba sucumbir al miedo. Temer a la vida ya no era una opción para ella y eso era algo que le debía justamente al chico que acababa de destrozarle el corazón.

14

—No voy a decírselo a Olivia —afirmó Sean, tajante.

Cam estaba exhausto, tanto como su hermano, y apenas si le quedaban fuerzas para llevarle la contraria a pesar de estar convencido de que estaba cometiendo un error.

—Pues deberías y...

—No lo digas. No te atrevas a mencionarlo de nuevo porque no quiero volver a escucharlo —lo interrumpió. Estaba furioso y la ira que sentía era lo único que lo mantenía en pie en ese momento—. No —repitió, y pareció ensañarse con esa única palabra.

Su voz rota y desgastada hizo desistir a Cam, que se consoló con la idea de que al menos había conseguido traerlo de vuelta a casa, aunque dudaba mucho de que fuera hacerle entrar en razón.

—Vas a venir conmigo —aseguró de todos modos, pero Sean dio media vuelta y se marchó a su dormitorio como si no le hubiera escuchado.

Puede que así fuera. Cam entendía los motivos por los que Sean no quería contarle a Olivia lo que había pasado, puede que él en su lugar hubiera tomado la misma decisión, pero la cuestión era que, de una forma u otra, ambos iban a salir malparados de aquello. Esa preocupación logró hacerle olvidar que él tampoco se encontraba mucho mejor que su gemelo. Una vez más, Cam había adoptado la actitud del hermano responsable y se limitaba a mantener ante los demás una fachada de tranquilidad y fortaleza que les diera la seguridad que necesitaban.

—¡Vendrás conmigo! —gritó a través de la madera de la puerta con voz autoritaria.

—¡No pienso ir a ningún sitio! —replicó su hermano también a gritos—. Y si se te ocurre decirle una palabra a Olivia...

—¿Crees que no se ha dado cuenta? ¿Que no le has hecho daño? Si no vienes conmigo, te juro que subiré a su apartamento y seré yo mismo el que se lo cuente. —La puerta se abrió conforme concluyó su amenaza y Sean, rojo de

ira, asomó tras ella—. Sé lo que tratas de hacer y lo entiendo, pero Olivia no es tonta y solo conseguirás hacerla sufrir imaginando Dios sabe qué cosas.

Aquello no le calmó, más bien empeoró la situación.

—No voy a hablar más de esto.

—Vendrás —afirmó Cam, sabedor de que él debía asegurarse de que así fuera.

—Esto es una puta mierda, hermano —repuso Sean.

Cam asintió, dándole la razón. Una puta mierda ni siquiera se acercaba.

Sean se aisló de nuevo en su habitación con un portazo que hizo temblar incluso el marco de la puerta. Estaba desecho y, más que eso, se sentía derrotado. Por la mañana solo había pensado en subir a casa de Olivia, deslizarse en su cama y despertarla a besos. Esa había sido su única preocupación. Pero en un segundo todo se había venido abajo y él continuaba negándose a aceptarlo. No iría a ningún lado porque eso sería asumir una realidad con la que su mente no estaba preparada para lidiar.

Nunca había sido de los que golpean cosas o se vuelven violentos cuando se enfadan, pero en aquel momento su cuerpo exigía que dejara salir la frustración, la rabia e incluso el miedo. A duras penas se contuvo. Quería correr escaleras arriba y hundir el rostro en el cuello de Olivia, estrecharla entre sus brazos hasta que el mundo que conocía volviera a ser el mismo, hasta que ella lo despertara de la pesadilla que estaba viviendo. Si bien, ese deseo le hacía sentir egoísta. No podía volcar sobre ella lo que le consumía, no ahora que por fin parecía estar liberándose del lastre de su pasado. ¡Joder! Incluso borracho, la noche anterior, se había dado cuenta de que su sonrisa iluminaba todo el puñetero bar y le había hecho sentir como el hombre más afortunado del planeta. No sería él el que borrara la curva de sus labios ni el que la ensombreciera.

—¡Sean, espero que estés preparando lo que necesites! —le advirtió Cam desde el salón.

Inspiró para no salir fuera y contestarle a gritos que no necesitaba una mierda. Lo único que necesitaba era precisamente lo que no podía tener.

—¿Sean?

—¡Sí, joder! —replicó, alzando la voz.

La posibilidad de que su hermano tuviera razón con lo de Olivia ni siquiera se le pasó por la cabeza. De lo que sí era consciente era de que no podía marcharse sin más. Además, necesitaba verla una vez más antes de irse.

Pensó en subir por la escalera de incendios, pero no creía que fuera un buen momento para aparecer sin más en su dormitorio.

—Necesito diez minutos —le dijo a su hermano al pasar frente a él de camino a la puerta principal—. Tengo que hablar con Liv.

—Deberías decirle...

—He dicho que no —le cortó Sean—, y si voy contigo es para que esto no le salpique. No cuentes conmigo para nada más.

Cam agitó la cabeza pero no dijo nada. Esperaba poder hacerlo entrar en razón de camino. Nunca había visto a su hermano tan fuera de sí. No obstante, también él había sentido el deseo de negarse a aceptar la noticia que habían recibido esa misma mañana. Sean y él estaban unidos de esa forma especial en la que solo pueden estarlo dos personas que lo han compartido todo desde antes de su nacimiento y siempre se habían apoyado el uno al otro, pero ahora no tenía ni idea de qué podía decirle para hacerle sentir mejor. Menos aún cuando él mismo había quedado también destrozado. Solo esperaba que Sean terminara por aceptarlo y hacer lo correcto.

—No tardes, no tenemos mucho tiempo.

Sean pensó en responderle que, efectivamente, el tiempo se les había agotado esa misma mañana, pero se calló y salió al descansillo. Tomó el ascensor y, conforme se plantó frente a la puerta del apartamento de Olivia, se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué iba a contarle. Apenas unas horas antes había evitado mirarla a los ojos para no derrumbarse en su presencia y ahora no sentía que pudiera hacer mucho más. Reforzó el muro que contenía todas las emociones que se estaba negando a dejar salir y llamó a la puerta. Fue Maya la que le abrió y no se anduvo con rodeos.

—¿Qué mierda le has hecho, Donaldson?

Sean intentó inspirar profundamente pero el aire hacía horas que se limitaba a entrar en sus pulmones de forma superficial. Era como tener a un jodido defensa, con sus ciento veinte kilos de peso, sentado sobre su pecho.

—Necesito hablar con ella, Maya. Solo será un momento.

La chica enarcó las cejas y su expresión distó mucho de perder su severidad.

—Espero que sea algo más que un momento, porque dudo que arregles lo que quiera que hayas hecho con un simple «lo siento». Y más te vale arreglarlo —le advirtió. Se hizo a un lado y le dejó entrar a regañadientes—. Puede que esté durmiendo aún, ha pasado la noche en vela gracias a ti.

—Estoy enamorado de Liv —replicó él, desesperado—. Quiero a esa chica como nunca he querido a nadie, más que a mí mismo —admitió, aunque nada de lo que dijera podría hacer entender a Maya lo que sentía—. No quiero hacerle daño, de verdad que no.

Ella, cruzada de brazos aún junto a la puerta, se ablandó un poco. Si el aspecto de Olivia había sido malo después de pasar la noche esperando noticias de los Donaldson, el de Sean era preocupante. Tenía los ojos rojos y, bajo estos, unas profundas ojeras empeoran su expresión demacrada.

—Mira, Sean, he vivido durante meses con Olivia y no ha sido hasta hace unas semanas cuando la he conocido en realidad. Es más, creo que tú la conoces mejor que yo. Pero puedo decirte que, cuando te permite acercarte, resulta que es una chica estupenda, alegre, divertida y con muy buen fondo. Es una buena amiga —resumió, al detectar su impaciencia—. No comprendo qué está pasando contigo y ella tampoco, y eso la está matando.

Sean se encogió al escuchar sus palabras.

—No quería...

—Has sido tú el que has conseguido que se muestre a los demás tal y como es —le interrumpió—, y ha sido algo precioso lo que has hecho por ella. No lo estropees.

Se apartó del todo y le señaló el dormitorio como única indicación de que estaba perdiendo el tiempo. Era Olivia la que necesitaba sus explicaciones, no ella.

Cuando atravesó el umbral de su habitación Sean se encontraba al borde de las lágrimas. La situación le superaba. No estaba preparado para nada de aquello y mucho menos para fingir frente a Olivia. Sus esfuerzos para mantenerla al margen también eran un intento de protegerse a sí mismo, aunque bien podía haber provocado un daño idéntico al que trataba de evitarle.

La encontró sobre la cama, dormida, aunque su rostro estaba muy lejos de reflejar la placidez de un sueño agradable. Quizás Cam estuviera en lo cierto, quizás debía sacarse de dentro todo aquello y compartirlo con Olivia, pero en cuanto la vio allí, ajena a su dolor, supo que no sería capaz de hacerlo. Ni siquiera iba a despertarla porque sabía que, si lo hacía, no habría manera alguna de que no se viniera abajo por completo.

—Te quiero, Liv —le susurró, inclinado sobre ella.

Trazó las líneas de su cara con precisión, empleando tan solo la yema de los dedos, a pesar de que segundos antes sus manos temblaban de forma incontrolable. No comprendió que Olivia le hacía fuerte. Que, aunque fuera su debilidad, hubiera podido enfrentarse a cualquier cosa con ella a su lado. No logró entender que se estaba equivocando al apartarla y abandonó la habitación segundos después con los ojos llenos de lágrimas y el corazón hecho pedazos.

Maya lo vio cruzar en dirección a la puerta del apartamento como una exhalación, como si solo se tratara de la sombra de un fantasma, y, en ese instante, puede que solo fuera eso.

15

Mientras Sean permitía que su hermano lo arrastrara con él a un lugar al que no quería ir, Olivia se encontraba sumida en un duermevela inquieto. Despertaba a ratos, sin abandonar por completo el sueño, pero lo suficiente como para recordar las palabras de Cam al asegurarle que Sean no la quería en su piso y ser dolorosamente consciente de la frialdad del trato recibido por parte de este.

Se despertó del todo apenas amaneció y los rayos del sol iluminaron la penumbra de su habitación. Quiso pensar que lo sucedido no era más que una pesadilla y que si hacía uso de la escalera de incendios podría desayunar con los hermanos tal y como hacía la mayoría de los días, solo que la ilusión se disipó en cuanto Maya se presentó en su dormitorio y le informó de que Sean había pasado a verla.

—Pensaba que habíais hablado aunque, dado lo rápido que salió de aquí, me pareció que no habría ido demasiado bien.

—¿Estuvo aquí y se marchó sin más? —repitió ella, a pesar de que Maya ya le había confirmado que así era.

Olivia salió de la cama y la conversación prosiguió en la cocina.

—Cam se pasó un rato después para decirme que estarán fuera unos días —prosiguió relatando—. Puedes subir a Perseo aquí si quieres.

Su compañera de piso se había convertido en una amiga dispuesta a sacrificarse por ella y Olivia comprendió entonces lo mucho que había influido Sean en su vida. Eso, sin duda, haría que le estuviera agradecida sin importar lo que sucediera entre ellos. Sin embargo, la posibilidad de perderlo se le antojaba cruel. Seguía sin comprender qué había pasado para que, en tan solo unas pocas horas, las cosas hubieran cambiado tanto entre ellos.

—Él te quiere, Olivia. No creo que debas poner eso en duda por muy raro que se esté comportando —señaló Maya, sentada a su lado.

En realidad, no lo hacía. En el fondo no estaba dispuesta a creer que Sean había fingido al afirmar que estaba enamorado de ella.

—Cam me pidió que te dijera algo más. Dijo que debías darle tiempo a su hermano porque iba a necesitarte a su lado.

La chica se encogió de hombros. Le hubiera gustado poder ayudarla a comprender todo aquel lío de alguna manera, pero al interrogar a Cam al respecto no había obtenido más que evasivas.

—Iba a quedar con Will —terció, ante su silencio—, pero qué te parece si vamos a dar una vuelta fuera del campus. Necesito aire fresco. Podemos comer por ahí y esta tarde ya recuperaremos las horas de estudio.

Olivia asintió y le brindó una sonrisa de agradecimiento, aunque no dejaba de darle vueltas al hecho de que tal vez debería haber intentado hablar con Sean. Con cada minuto que pasaba se convencía más y más de que se había rendido a las primeras de cambio. Sean la había apartado —o Cam lo había hecho por él—, y ella se lo había permitido. Quizás estaba haciendo una montaña de un grano de arena, aunque algo le decía que no era así. Lo peor era no saber a dónde se habían marchado los gemelos ni tampoco el por qué. Iba totalmente a ciegas.

Las siguiente doce horas transcurrieron de un modo casi irreal. Maya y ella cogieron el coche de Will y recorrieron la zona de Malibú en busca de un restaurante al que su amiga había ido una vez y que le había encantado. Comieron y charlaron, y no pronunciaron más el nombre de Sean a pesar de que Olivia no podía apartarlo de su mente. Más tarde, mientras regresaban y coincidían en lo poco que les apetecía ponerse a estudiar, recordó las veces que había abandonado el campus en alguna de sus múltiples excursiones. En esas ocasiones había ido sola... hasta que Sean había irrumpido en su vida y lo había cambiado todo. Sin embargo, el día anterior ella había dado un paso atrás, había atisbado complicaciones y se había encerrado de nuevo en sí misma. Comprendió entonces que había cosas que Sean no podía hacer por ella... Su pasado iba a seguir resultando doloroso, su madre no regresaría para abrazarla, y nadie le devolvería los años que había pasado huyendo de todo y de todos, pero si no quería continuar huyendo... si Sean iba a rechazarla, al menos le debía una explicación.

Necesito que hablemos.

Envió el mensaje, tecleado a toda velocidad, antes de bajarse del coche.

Una vez en su casa comprobó que no había recibido respuesta. Estaba a punto de enviar otro, esta vez a Cam, cuando el móvil le mostró en la pantalla el nombre de otro de los hermanos Donaldson: Aria.

—¿Olivia? Soy Aria. Yo... —titubeó y, a continuación, comenzó a hablar de forma atropellada—. Necesito que hagas algo por mí. Tienes que llamar a Sean y hablar con él, a ti te hará caso... Sé que no ha querido contarte nada y ha amenazado a Cam para que tampoco te lo dijera... —Su voz se quebró y Olivia contuvo el aliento, consciente de que su pálpito acerca de lo que quiera que estaba sucediendo iba a tomar forma en ese instante.

Y así fue. Las siguientes palabras de Aria cayeron sobre Olivia con todo el peso que una revelación de ese tipo podía tener. Pero además, en su caso, a la amargura provocada por la noticia se sumó la que la propia Olivia ya cargaba a su espalda. El mazazo fue doble. Multitud de recuerdos desfilaron frente a sus ojos a modo de fognazos, imágenes que se entremezclaban con otras que su mente creó para imaginar la forma en que habría recibido Sean la noticia, de su rostro inexpresivo al reaparecer la mañana anterior... En cuestión de segundos revivió el pasado y un presente del que no había sido testigo directo pero que sabía a ciencia cierta cómo se habría desarrollado. Conocía el dolor que podía estar sintiendo Sean y el resto de su familia porque ese había sido, y seguía siendo, su dolor.

A pesar de no tenerla delante, percibió cómo Aria terminaba de romperse al otro lado de la línea. Escuchó impotente sus sollozos y ansió poder consolarla aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo. Sabía lo banal que resultaba cualquier cosa que pudiera decirle y odió no poder estar a su lado y estrecharla entre los brazos, porque ese contacto tal vez fuera lo único que ella había deseado primero y que se negó después.

—Lo siento mucho, Aria —farfulló, consciente de lo poco que esa la ayudaba—. No imaginas cuánto lo siento.

Tardó unos largos segundos en recibir una respuesta, pero no se impacientó. Estaba dispuesta a esperar el tiempo que hiciera falta. Apretó el teléfono contra su oído y, de pie en mitad de su dormitorio, cerró los ojos hasta que Aria habló de nuevo.

—Gracias —logró decir esta.

—No, no me las des. Solo dime qué necesitas.

Le sorprendió no albergar duda alguna de que haría cualquier cosa por aquella chica a la que apenas conocía. Se había portado bien con ella incluso cuando Olivia había huido del hospital tras la lesión de Sean, pero eso no iba a volver a suceder.

La conversación telefónica se dilató a causa de las repetidas pausas que Aria necesitó hacer para conseguir ponerla al tanto de todo. Olivia contuvo el aliento más de una vez y, a pesar de que el relato de Aria amenazaba con ahogarla, se mantuvo al otro lado de la línea durante todo el tiempo.

—Puede que si lo llamas y hablas con él...

Era una súplica, aunque no hubiera sido necesaria. La reacción instintiva de Olivia podía haber sido la de huir, pero ya no era esa chica. Sean, con sus dulces sonrisas, con sus bromas irritantes, con cada una de sus caricias, que consolaban aún sin saberlo, la había cambiado para siempre.

—Tengo una idea mejor —señaló Olivia, abriendo los ojos y echando un vistazo a su alrededor.

Había pasado noches allí con Sean. Se había perdido y encontrado entre aquellas cuatro paredes de la misma forma en que lo había hecho en el dormitorio situado justo dos plantas por debajo, y ambos sitios se habían convertido en su refugio, en el puerto seguro al que regresar sin importar que las últimas hojas estuvieran a punto de caer y el otoño tocara a su fin. Sin embargo, ella sabía que, más allá de lo que pudiera representar un lugar, una casa o una escalera de incendios... su hogar estaría dónde quiera que estuviera Sean.

Le explicó a Aria sus planes y esta no pudo más que agradecerle lo que estaba a punto de hacer. Colgaron poco después, tras ponerse de acuerdo en los detalles, y Olivia comenzó a meter algo de ropa en una de sus mochilas. No cogió demasiadas cosas, no quería perder más tiempo del necesario. Todo lo que le restaba por hacer era despertar a Maya para decirle que se iba y pedirle que cuidara de Perseo en su ausencia. Su amiga no solo aceptó la tarea sino que se vistió en unos pocos minutos y se ofreció para acompañarla al aeropuerto.

No fue sencillo conseguir un billete con tan poca antelación y tuvo que

gastarse parte de sus ahorros. Sin embargo, horas después de hablar con Aria por teléfono, esta la recogía en Cleveland. En cuanto traspasó las puertas de la terminal de llegadas y vislumbró su melena rubia entre la gente, echó a correr hacia ella. Olivia apenas si fue consciente de sus ojos enrojecidos o el dolor que se entreveía en ellos, pero no dudó en rodearla con los brazos y estrecharla con cariño. Era casi como si estuviera abrazándose a sí misma años atrás y el pensamiento la obligó a hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

—Lo siento muchísimo, Aria —le susurró, y notó el leve temblor que la sacudía.

—Sé que esto también será duro para ti —replicó ella, separándose para mirarla.

No tuvo que añadir una palabra más, su expresión era lo suficientemente explícita para que Olivia comprendiera que conocía, al menos en parte, los puntos más oscuros de su pasado.

—Sean te habló de mis padres —terció, y ella asintió.

—Solo después de insistirle. No lograba comprender por qué no te había contado nada de lo sucedido...

Olivia sí lo entendía. Tras la llamada de Aria esa misma mañana todo había cobrado sentido para ella. Sean trataba de protegerla. La había mantenido al margen porque eso era lo que ella estaba acostumbrada a hacer. Igualmente, si había entendido a Aria bien, su presencia podía ayudar tanto como empeorar la situación. Olivia representaba una realidad que Sean se negaba a admitir. Pero, por más doloroso que pudiera resultar aquello para ambos, ella no iba a escapar y tampoco estaba dispuesta a permitir que lo hiciera él.

16

Aria detuvo el coche a las afueras del pueblo en el que residían los Donaldson. Había nieve por todos lados, amontonada a los lados de las calles por las que habían pasado y sobre algunos de los coches aparcados, aunque en ese momento la tormenta parecía darles una tregua.

Olivia echó un vistazo al local que se alzaba junto a la carretera pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Te aviso que ha estado bebiendo bastante —apuntó Aria, tras un largo suspiro—. Cam y yo hemos tratado de llevarlo a casa sin éxito. He tenido que dejar a Max vigilándolo mientras iba a buscarte.

Olivia asintió y ambas bajaron del coche. Al entrar en el bar, la opinión que Olivia se había formado desde el exterior no mejoró. Era la clase de antro en la que ni siquiera se molestaban en pedirte el carné siempre que tuvieras dinero suficiente para pagar las copas. Estaba oscuro y olía a sudor y humo, pero consideró la escasez de clientela como un punto a favor, al menos no tendrían público si las cosas se complicaban.

Descubrió a Sean junto a la barra, inclinado sobre ella, con los hombros caídos y la vista fija en el vaso medio vacío que tenía delante. Era la viva imagen de la desesperación, derrotado y exhausto. Olivia había pensado mucho en qué podría decirle durante las horas que le llevó el viaje de California a Ohio, aunque no tenía claro que fuera a obtener ningún resultado. Solo podía esperar que verla apaciguara en parte su angustia y le permitiera llevarlo con su familia.

Avanzó hasta él y se sentó en el taburete que había libre a su lado, mientras que Aria acudía junto a Max y este la envolvía con sus brazos, sosteniéndola contra su pecho como si pensase que en cualquier momento su novia se derrumbaría; algo que, seguramente, no estaba mucho de poder convertirse en realidad.

Si Sean fue consciente de la llegada de su hermana o de la propia Olivia, no hizo movimiento alguno que lo demostrara. El camarero, un cuarentón de

expresión desconfiada, se adelantó hasta ella.

—Tomaré lo mismo que él. —Olivia señaló a Sean.

Tal y como esperaba, el tipo no puso en duda que contara con la edad legal para consumir bebidas alcohólicas.

Sean reaccionó por fin al escuchar su voz y levantó ligeramente la cabeza. Sus miradas se encontraron a mitad de camino y Olivia se estremeció al contemplar el sufrimiento tan obvio que albergaban sus ojos.

—No deberías estar aquí... Ellos no han debido... —Las palabras de Sean, torpes y balbuceantes, perdieron fuerza conforme abandonaban sus labios.

Su aspecto no había mejorado en absoluto desde la última vez que se vieran, al contrario, las arrugas de su rostro parecían haber ganado profundidad y sus ojeras se habían acentuado, amén de haber superado hacía mucho el límite de copas que era capaz de tolerar. Estaba ebrio, de alcohol y de dolor, y lo segundo resultaba mucho más preocupante que lo primero.

—Estoy justo en el lugar en el que quiero estar —replicó ella. El camarero deslizó una copa hacia donde se encontraba Olivia y esta jugueteó con el vaso aunque no hizo ademán de beber—. Voy a estar aquí para ti —añadió, repitiendo la promesa que él le había hecho meses atrás.

La contundencia de su afirmación consiguió despertar una chispa de brillo en la mirada vidriosa de Sean, pero aquella luz se extinguió con la misma rapidez con la que había aparecido.

—¿Qué estás haciendo, Sean? —inquirió, con voz suave.

—Beber —repuso él, aunque ambos sabían que no era eso lo que estaba cuestionando.

Olivia valoró sus opciones. Pensó una vez más en su madre. Recordó la última noche que había pasado con ella, acurrucada contra su cuerpo, frágil y consumido por aquella maldita enfermedad que la había apartado de su lado; la mujer que la había traído al mundo, que la había cuidado y amado de forma incondicional, y que Olivia había acusado de ser una egoísta y rendirse aunque ahora comprendía que solo había tratado de evitarle una agonía mayor. Había sido su decisión y ella no había estado preparada para asumirla, como Sean no estaba preparado para aceptar la muerte de su padre. Solo que Olivia había

tenido la opción de decir adiós y eso era algo que él no había podido hacer. Y en ese instante, tras recibir la noticia, se negaba también la posibilidad de acudir junto a su madre y el resto de su familia al funeral que se celebraría al día siguiente.

Olivia alzó el vaso y se tragó al menos la mitad de su bebida de un solo sorbo. El líquido le quemó la garganta aunque no llegó a ahuyentar el frío de su pecho.

—Está bien. Si eso es lo que quieres, beberemos entonces —le dijo, y acto seguido apuró la copa.

No era partidaria de emplear el alcohol como un refugio ni lo había sido nunca, pero no iba a cuestionar la forma en que Sean afrontaba aquello. No había manera de suavizar el dolor que suponía perder a un padre, ella lo sabía bien, así que se limitó a quedarse a su lado, a no forzar una conversación que él probablemente no quería tener.

Lo que sí quería que supiera era que ella iba a estar a su lado.

Le hizo un gesto al camarero, que rellenó su vaso sin preguntas, y acercó un poco más su taburete al lugar en el que se encontraba el de Sean. A continuación, se apoyó en la barra de manera que sus cabezas quedaron muy juntas y pudiera susurrar sin miedo a que él no la escuchara.

—No voy a decirte cómo sobrellevar esto, Sean —comenzó a hablarle, en un tono dulce y muy bajito—. Dios sabe que soy el peor ejemplo que puedas tomar. Pero te diré algo: tu familia te necesita. Tu madre, Cam, Aria... te necesitan más que nunca. Mi padre me necesitó a mí y yo no estuve, y perdí la oportunidad no solo de despedirme de mi madre sino de brindarle mi apoyo a mi padre y de que él pudiera brindarme el suyo. Y no te haces una idea de lo mucho que me arrepiento ahora de ello. Él intentó suicidarse, Sean, eso fue lo que nos separó. Tal vez mi rechazo influyera en ello, tal vez no, nunca podré saberlo.

Sean continuaba con la mirada baja, aunque Olivia esperaba que estuviera escuchando sus palabras y que estas le sirvieran de algo. Decidió que tal vez desnudar hasta el más crudo de sus temores sirviera para liberarlos a ambos.

—Sé cuánto duele. Duele como si fuera tu propia vida la que te hubieran

arrancado —prosiguió, murmurando en su oído—, y no puedo asegurarte que mejorará. Siempre va a doler y siempre le echarás de menos. Pero ¿sabes qué? Mi madre odiaría a la persona en la que me convertí tras su muerte, antes de que tú aparecieses en mi vida, y estoy segura de que tu padre no querría verte aquí sino al lado de tu madre y de tus hermanos. Tienes una familia que te adora, permíteles ayudarte y ayúdales tú a ellos. —Hizo un breve pausa—. Yo... yo te amo, Sean. No quiero seguir escapando pero, si eso fuera lo que decidieras hacer, huiré contigo. No vuelvas a dejarme atrás. No los dejes atrás a ellos tampoco...

Empleó a sabiendas parte de su propio discurso. Estaba segura de que él lo recordaría.

—Si tú saltas, yo salto —concluyó, luchando por arrancarle algún tipo de reacción, cualquiera que fuera.

Observó su perfil al tiempo que alzaba la mano hasta llevarla muy cerca de su mejilla. Rozó su piel con la punta de los dedos, un toque delicado y sutil que no pretendía ser invasivo, solo una manera de mostrarle que estaba allí, de hacerla real para él, más que dispuesta a esperar el tiempo que fuera necesario.

—No está... Ya no está... —balbuceó Sean, agitando la cabeza.

Olivia llevó la mano hasta su nuca para luego aventurarse más allá y terminar rodeando al muchacho con los brazos. No tenía miedo de su rechazo, incluso se preparó para él, pero Sean ya no albergaba fuerzas para seguir resistiéndose al dolor que amenazaba con partirlo por la mitad y apoyó la cabeza en su pecho. Lo siguiente que supo era que todas las lágrimas que había mantenido en su interior buscaron la manera de salir a la vez. Se deshizo entre los brazos de Olivia y se agitó preso de un temblor que ya no era capaz de controlar.

Desde el momento en que su madre había llamado para comunicarles que su padre había sufrido un accidente, Sean se había negado a aceptar nada de lo que le dijeron a continuación. El niño que había sido y el adulto en el que se había convertido se pusieron de acuerdo sin oponer resistencia. Se refugió en la negación solo para no quebrarse, pero Olivia, su Liv, a la que había querido mantener en la ignorancia por temor a remover su pasado, había cruzado

medio país para venir a sentarse a su lado en un bar de mala muerte y emborracharse con él si era necesario. Incluso ebrio, Sean fue consciente de lo que aquello suponía para ella, de lo duro que debía resultarle tratar de nuevo con la muerte. Quería enfadarse con Cam o Aria, cualquiera que fuera el responsable de traerla hasta allí, pero una parte de él no podía estar más agradecido.

Se aferró a ella con el temor del que ha perdido una parte de sí mismo y teme una nueva pérdida, y el tiempo y el espacio se desvanecieron para él. Olvidó que estaba en Ohio y no en California, a un kilómetro escaso de la residencia de su familia, y que llevaba bebiendo casi desde que su avión había aterrizado. Ignoró las miradas de los pocos clientes del bar y la curiosidad del camarero al ver a un hombre como él ahogarse con sus propias lágrimas, y a duras penas logró resistir el único pensamiento que se repetía de forma dolorosa y cruel: no volvería a ver a su padre. No reirían durante el desayuno mientras él se metía con alguno de sus hermanos, ni charlarían sobre fútbol o sobre su futuro como quarterback. Ni siquiera lo había visto en Acción de Gracias y ya no habría una navidad con la familia al completo, como tampoco habría más veranos en Lostlake todos juntos.

Todo lo que había hecho falta era algo de hielo sobre la carretera una mañana temprano y su padre había perdido el control del coche, para luego perder la vida... Quería gritar hasta que le fallara la voz y el corazón dejara de dolerle como si alguien estuviera arrancándoselo del pecho. Quería gritar que era una mentira aunque supiera que eso no cambiaría nada. Comprendió mejor que nunca por qué Olivia había decidido escapar, huir de los demás, de cualquier acercamiento... porque en algún momento esa persona podría desaparecer para dejar tan solo vacío y dolor, y entendió lo fuerte que había sido y que estaba siendo manteniéndose a su lado. Ella creía que había sido él el que la había ayudado, sin darse cuenta de la lección de fortaleza que le estaba dando tan solo con estar en aquel bar y mantenerlo contra su pecho; por permitir que sus propias lágrimas surgieran y mostrarle el dolor que la acompañaba de forma perpetua. Quería que comprendiera que no estaba solo.

Sean levantó la barbilla hasta encontrarse con sus ojos y luego desvió la vista hasta dar con los de su hermana. Aria, su pequeña hermana, que se

mantenía en pie por pura fuerza de voluntad porque también a ella le habían arrebatado una parte de sí misma. Su mirada, turbia por el alcohol, regresó a Olivia, y vio comprensión, amargura y dolor, pero también una chispa de esperanza. No había promesas vanas como tampoco había habido palabras dichas de forma apresurada solo para hacerlo sentir mejor. Solo estaba ella, una chica perdida contemplando a un chico perdido del que se había enamorado.

17

Tras muchos esfuerzos consiguieron meter a Sean en el coche entre todos. Olivia estaba segura de que, de no ser por Max, no habrían sido capaces de llevarlo hasta el aparcamiento. El alcohol que había ingerido mientras estaba sentado en aquel taburete le había pasado factura en cuanto trató de ponerse en pie, aceptando por fin que debía acudir a su casa junto al resto de su familia. Ni siquiera el frío que los recibió en el exterior del bar consiguió despejarle.

El camino de regreso fue silencioso. Ninguno de los presentes dijo nada, no había mucho que decir. La cabeza de Sean reposaba sobre el regazo de Olivia y esta pasó el trayecto con los dedos enredados en su pelo, acariciándole sin descanso. Notaba cómo sus lágrimas le empapaban el pantalón mientras recorrían los pocos kilómetros que les separaban de la residencia de los Donaldson. Ella, a su vez, tampoco se esforzó por retener las suyas, ya lo había hecho durante demasiado tiempo. Quizás aquella fuera una manera de limpiar su interior, derramar el dolor en forma de un sollozo apagado y acompañarle así, aunque el estado de Sean le estuviera rompiendo el corazón.

Rodearon el pueblo para llegar hasta la zona residencial en la que alzaba la casa, rodeada de otras tantas viviendas similares, con un jardín delantero en el que se adentraba un sendero de cemento que llevaba hasta la puerta de entrada. Olivia podía imaginar a los gemelos en ese césped años atrás, corriendo y jugando, apenas dos niños a los que sus padres vigilarían desde el porche con una sonrisa en los labios.

Contuvo el aliento al descubrir una figura masculina en dicho porche, pero tras un segundo comprendió que se trataba de Cam y no del señor Donaldson, algo del todo imposible. El chico acudió a la carrera junto al vehículo conforme Aria aparcó y paró el motor, y echó un vistazo al asiento trasero mientras su hermana y Max descendían. Olivia, en cambio, continuó acariciando el pelo de Sean.

—¿Está dormido? —inquirió Cam, abriendo la puerta e inclinándose

sobre su hermano.

Su voz estaba cargada de preocupación y tristeza. Puede que Cam siempre hubiera sido el gemelo más serio, pero en aquel instante ni siquiera se trataba de eso. Además de la pena que envolvía a todos los hermanos, Cam emanaba rabia, y Olivia comprendió que, de los tres, puede que a Sean fuera el que más le estuviera costando asimilar el fallecimiento de su padre, pero sin duda era Cam el que más odio almacenaba en su interior.

—¿Estás bien? —le preguntó Olivia, a pesar de ser consciente de lo inútil de formular esa cuestión.

Le preocupaba que el gemelo, siempre tan recto y responsable, optara por guardarse dentro su dolor, algo que ella sabía que nunca era una buena opción.

Pero Sean se removió y trató de incorporarse justo en ese momento, y la pregunta quedó en el aire.

—Puedo... Puedo yo solo —les dijo, aunque era evidente que no era así. Olivia llevó la boca hasta su oído.

—Deja que tu hermano te ayude —murmuró—. Lo necesita.

En realidad, se necesitaban el uno al otro, pero dejó que pensara que era él el que ayudaba a Cam. Surtió efecto. Permitted que su gemelo, junto con Max, lo trasladara al interior de la casa, y fue entonces cuando Olivia se permitió respirar profundamente por primera vez desde que había salido de su apartamento en California.

Aria se acercó a ella.

—Gracias por lo que has hecho. Por venir.

Olivia agitó la cabeza y correspondió su sonrisa triste con otra también exenta de alegría.

—Haría cualquier cosa por él —replicó, y comprendió que era verdad.

La chica asintió y se encaminó a la entrada, pero se volvió cuando ya había subido los escalones del porche.

—Estoy segura de que Sean querrá que duermas en su habitación —expuso, animándola a seguirla—, aunque hay una habitación de invitados que puedes usar si prefieres algo de privacidad. —Hizo una breve pausa. Bajó la vista y luego la alzó de nuevo buscando sus ojos—. Sabía que no me equivocaba contigo, Olivia.

Agradeció la aceptación que suponía su confesión y la siguió al interior. Ascendieron juntas las escaleras hasta la segunda planta. La casa estaba en silencio y la mayor parte de las luces se encontraban apagadas. Aria le comentó que su madre hacía horas que dormía. Los preparativos del funeral habían consumido las pocas energías que le quedaban y, aun así, finalmente tuvo que tomar un calmante para poder descansar. Tanto Cam como ella habían acordado no hablarle del estado en el que se encontraba Sean para no preocuparla más, por lo que le rogó que no mencionara nada al respecto a la mañana siguiente.

—Hay comida en la nevera y, si necesitas algo de ropa, puedo prestarte lo que quieras —se ofreció, antes de indicarle la puerta de la habitación de su hermano—. También hay toallas en el armario del baño por si quieres darte una ducha. Cualquier cosa no tienes más que pedirla.

—No te preocupes por mí. Estaré bien —aseguró Olivia, y antes de que se diera cuenta de lo que hacía la abrazó.

Aria recibió el gesto con naturalidad. Durante unos segundos ambas se sostuvieron la una a la otra con idéntico cariño y Olivia se sintió como si estuviera abrazando a una hermana. No estaba segura de quién necesitaba más aquel abrazo.

—Gracias —volvió a susurrarle la chica al oído.

—Gracias —repitió ella, y, si eso extrañó a Aria, no lo demostró.

Cuando accedió al dormitorio, Cam se hallaba todavía en él. Había tumbado a Sean en la cama y lo había cubierto con una gruesa manta. Parecía estar dormido y Olivia esperó que el sueño le aportara algo de la tranquilidad que necesitaría para afrontar el día siguiente.

Al fijar la vista en la ventana que quedaba más allá de ellos, Olivia advirtió que volvía a nevar. Le hubiera gustado que el motivo de estar allí, viendo copos blancos caer al otro lado del cristal, fuera el de estar celebrando la Navidad junto a los Donaldson, pero la realidad era que ese año habría un vacío en la mesa y puede que ni siquiera tuvieran ánimos para festejos. Recordó entonces que debía llamar a su propio padre para avisarle de su repentino viaje.

—¿Te importa que hablemos un momento? —susurró Cam, en forma de

ruego.

Olivia no tenía sueño y su idea para las siguientes horas pasaba por asegurarse de que Sean continuaba dormido, por lo que cuando Cam le propuso salir al porche, aceptó sin dudarlo.

Apenas si pasaron del umbral. Olivia se arrebujó en su abrigo mientras que el chico, vestido con tan solo un jersey, pareció no notar el frío. Permanecieron un minuto largo observando la nieve caer y ese breve momento les aportó una calma extraña. Todo estaba tan silencioso que dolía.

—Lo siento. —Olivia se volvió hacia él, sin comprender el motivo de su disculpa—. Debí avisarte antes de lo que sucedía —aclaró, y, tras un leve titubeo, añadió—: Y lamento también haberme cabreado contigo tanto después de lo de Berkeley. No sabía nada de... lo tuyo.

Olivia colocó la mano en su antebrazo y le dio un apretón mientras negaba con la cabeza.

—No te disculpes por favor. Fui yo la que no debí salir corriendo de aquella manera —afirmó, a sabiendas de que no había excusa válida para haberlos abandonado ese día—. Cuando Sean traspasó las puertas de urgencias en aquella camilla, fue a mi madre a quien vi allí tumbada. Aunque eso no justifica lo que hice. Tenía miedo, en realidad, aún lo tengo —rió sin ganas—. Pero supongo que a veces es mejor vivir con miedo que no vivir en absoluto. Y eso es lo que hacía hasta que apareció Sean. Soy yo la que tiene que daros las gracias.

Cam, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y la vista perdida en algún punto de la acera de enfrente, apenas si llegó a curvar ligeramente las comisuras de los labios. Su amargura era evidente, así como la furia que Olivia ya había detectado al llegar a la casa.

—¿Sabes? Una herida de ese tipo nunca cura del todo, Cam, pero no dejes que sea ese dolor el que dirija tu vida —señaló, intentando darle el consejo que le hubiera gustado recibir a ella hace años—. Tienes derecho a estar enfadado, yo lo sigo estando después de tanto tiempo, pero no olvides que hay más gente que te necesita y que te quiere. Aparecerán otras personas. No rellenarán el hueco que ha dejado tu padre y, sin embargo, ayudarán a paliarlo, y un día podrás recordarle con una sonrisa en los labios y la

seguridad de saber que te quiso y te querrá siempre aunque ya no esté. Puedes hablar conmigo cuando quieras —concluyó—. No sé si te resultará de ayuda pero estaré ahí si lo necesitas.

Cam hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza mientras continuaba observando los copos mecerse hasta alcanzar el suelo.

—Mi hermano tiene suerte de tenerte —le dijo, y Olivia hubiera sonreído de poder hacerlo, porque estaba convencida de que era ella la que tenía suerte de haber encontrado a Sean.

—Trata de dormir un poco —le aconsejó—. Yo me quedaré un rato más por si Sean se despierta.

El chico regresó al interior, aunque no estaba segura de que fuera a seguir su consejo, y ella tomó asiento en los escalones del porche. Dejó que la nieve cayera sobre su pelo y fuera humedeciéndolo mientras su mente volaba lejos de allí. Aprovechó para enviarle un mensaje a su padre en el que le contaba lo sucedido y le rogaba que no se preocupase. Estaba convencida de que, hasta que hablaran, pensaría lo mismo que había pensado Sean. Sin embargo, aunque todo aquello le había afectado y había removido un montón de recuerdos, ya no se sentía tan frágil. La preocupación por Sean superaba con creces cualquier otra emoción. Podía haber elegido huir pero había elegido quedarse junto a él, y ahora sabía que esa sería siempre su elección.

Cuando volvió a su lado, rato después, Sean continuaba durmiendo en la misma posición que lo había dejado su hermano. Aprovechó la ausencia de sueño para darse una ducha y, en esa ocasión, casi agradeció que su insomnio hubiera reaparecido. Con la cantidad de copas que parecía haber consumido Sean no le extrañaba que en cualquier momento su estómago decidiera rebelarse. De cualquier forma, si despertaba, quería estar ahí para él.

Tras ducharse con agua casi ardiendo para sacarse el frío que le había calado los huesos, todo continuaba igual en el dormitorio. Sacó una de las camisetas que había traído y se la puso antes de deslizarse bajo la manta y tumbarse junto a él. Trazó las líneas de su rostro una y otra vez tan solo con la mirada por si cualquier otra caricia pudiera sacarlo de su sueño, deseosa de alisar la arruga de su ceño con la yema de los dedos. Hubiera dado lo que fuera por poder hacer suyo su dolor y que, precisamente él, que le había

liberado de sus fantasmas, no tuviera que sufrir por nada.

En algún momento de las siguientes horas se quedó dormida con la cabeza junto a la de él y la mano sobre su pecho, subiendo y bajando con cada respiración, recibiendo el eco del latido de su corazón, y no despertó hasta que el sol se coló por la ventana y una voz rota lo hizo por sus oídos.

—Liv, mi pequeña Liv.

Olivia levantó los párpados y se encontró con el rostro de Sean muy cerca del suyo. Sus ojos azules, apagado parte de su brillo, lucían enrojecidos. Ahora sí, deslizó los dedos por su frente para luego hacerlo por su mejilla y llevarlos hasta su mentón. Se miraron durante un rato y se dijeron en silencio lo que no necesitaban confesar con palabras. Se acariciaron sin manos y se amaron sin necesidad de tocarse más allá de suaves roces. Se hablaron de su dolor, de sus miedos, y, juntos, lo tradujeron en «te quiero» no pronunciados pero que no por ello carecían de valor.

—Liv —murmuró él, más tarde, los ojos repletos de humedad.

Ella lo envolvió con los brazos y él hizo lo propio, y se refugiaron ambos en el amor que se tenían.

—Voy a quedarme contigo —le aseguró Olivia, y, en ese instante, eso bastó.

18

—No tienes que hablar si no quieres —comentó Olivia, mientras Sean se ponía el abrigo.

La ceremonia por la muerte de su padre sería corta a pesar de que esperaban una gran asistencia. El señor Donaldson había cosechado una gran cantidad de amigos a lo largo de su vida. La empresa de construcción que había fundado, aunque modesta, era conocida por su seriedad y su profesionalidad, y muchos de sus clientes deseaban presentar sus respetos a la familia. Como había dejado estipulado que quería que lo incineraran, la madre de Sean había decidido no alargar en demasía el funeral y realizar algo sencillo.

Sean prácticamente se derrumbó sobre la cama. Exhaló un suspiro y se frotó las sienes. Estaba exhausto tanto física como emocionalmente, y no solo se debía a la resaca con la que había despertado. La presión de su pecho no había disminuido a pesar de que Olivia no se había separado de su lado, algo que le había hecho todo aquello un poco más llevadero.

—No necesitas demostrar nada a nadie, Sean. Si quieres despedirte de él, puedes hacerlo en cualquier momento a solas o con tu familia.

—O contigo —repuso él.

Estiró la mano y Olivia entrelazó los dedos con los suyos y tomó asiento a su lado.

—Haz aquello que te haga sentir bien. Tu padre no querría otra cosa.

—Aún no puedo creer que no esté... Ni siquiera puedo pensar en qué le diría si pudiera hablar una última vez con él...

Su voz se quebró hacia el final de la frase. Olivia percibió la tensión de sus músculos y se acurrucó contra él, tratando de trasladarle todo el consuelo posible.

—Tras la muerte de mi madre asistí a varias sesiones de terapia, muy pocas en realidad. Yo me negaba a hablar con un desconocido y luego opté por dejar de ir —le explicó—. Como no era capaz de contarle nada, el terapeuta

sugirió que escribiera una carta a mi madre y volcara en ella todo lo que sentía. Nunca llegué a hacerlo —confesó, apretada contra su costado—, quizás podamos hacerlo juntos. Tal vez los dos debamos intentar despedirnos. No tienes por qué leerla en el funeral ni tan siquiera mostrármela o releerla cuando acabes de escribirla...

Sean se mantuvo en silencio durante un rato antes de contestar. Dolía tanto pensar en la pérdida de su padre que le costaba incluso plantearse la posibilidad de decirle adiós. Sin embargo, quizás así pudiera sacarse de dentro parte de ese dolor.

—¿Podemos hacerlo ahora? —preguntó, titubeante y apesadumbrado.

Olivia no dudó. Buscaron papel para ambos y se sentaron en el suelo del dormitorio a pesar de que apenas si les quedaba tiempo para salir en dirección al funeral. Ella escribió más hojas de las que se había propuesto en principio, contándole a su madre no solo lo herida que se sentía tras su fallecimiento sino lo que había sido de su vida desde entonces. Se sintió liberada e incluso sonrió al narrarle la forma en que había conocido a Sean, sus encontronazos, las tardes en su apartamento... Le habló de Maya, de Perseo, de Cam, Aria y Max... Le dijo que empezaba a reconciliarse con su padre, poco a poco, devolviéndolo a su vida y a su corazón. Y también lo mucho que la había querido y que la querría siempre.

Perdóname por no ser la mujer que deseabas que fuese. Estoy tratando de arreglarlo, escribió por último.

Desvió la mirada del papel para comprobar los avances de Sean y lo encontró sumido en su tarea. No le sorprendió que hubiera lágrimas corriendo por sus mejillas aunque sí que, en un determinado momento, dejara entrever la sombra de una sonrisa. Supuso que sus recuerdos más agradables también llenarían líneas de esa carta.

Olivia dejó la suya doblada sobre la cama al acabar, pero Sean optó por llevarla al funeral. Finalmente, no habló frente a los asistentes aunque sí lo hicieron sus dos hermanos. Él, sin embargo, al acercarse para contemplar por última vez el rostro de su padre, murmuró un «Te quiero, papá», que apenas llegó a oídos de Olivia, e introdujo la carta en el ataúd. Esa fue su despedida y Olivia no pudo menos que sentirse orgullosa de él. No ya por guardar la

compostura delante de los asistentes, algo que le traía sin cuidado, si Sean derramaba más lágrimas ella estaría a su lado para secárselas o llorar con él si hacía falta. No fue su fortaleza lo que la conmovió sino su capacidad para, aun herido y roto, tener el valor de estar allí y brindarle una última sonrisa a su padre al depositar la carta junto a su mano.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, cuando salieron al exterior.

Olivia sabía que estaba preocupado por ella, lo cual resultaba irónico dada la situación. No había asistido al funeral de su propia madre y, sin embargo, estaba allí con él. Pero Olivia también le había pedido perdón a su madre por aquello en su misiva, por no poder estar, y acompañar a Sean en ese momento hacía que se sintiera un poco mejor al respecto.

Lo tomó de la mano antes de contestar.

—Estaremos bien —le dijo, levantando la vista para mirarle.

Sean alzó la otra mano y rozó la comisura de sus labios. Su pulgar pasó por la zona varias veces.

—Sonríe para mí, por favor —le rogó, de una forma casi dolorosa.

Olivia no pudo hacer más que brindarle lo que deseaba. Curvó los labios y le mostró una sonrisa sincera que se llenó de hoyuelos, tal y como él deseaba. Le regaló la luz que en esa ocasión él no podía concederle pero que le había entregado en multitud de ocasiones, y Sean acarició entonces su hoyuelo y las tres pecas de su mejilla con una ternura incommensurable.

—No podría haber hecho esto sin ti —confesó él, depositando un beso en su frente y estrechándola a continuación entre sus brazos.

—Sí, sí que hubieras podido —replicó Olivia, con la boca contra su pecho—, pero estaré aquí para ti siempre que lo desees. No me necesitas, Sean, pero me alegra que me quieras a tu lado. Eso es mejor que cualquier clase de necesidad.

Sean pasó los dedos bajo su barbilla y la obligó a alzar la cabeza, buscando sus ojos.

—Te quiero conmigo.

—Te quiero conmigo —repitió Olivia, y volvió a abrazarlo.

La gente fue desapareciendo conforme se subían a sus coches y marchaban hacia la residencia de los Donaldson para la posterior comida que

darían en honor del fallecido. Ella buscó a Cam con la mirada mientras Sean acudía junto a su madre. Olivia apenas si había entablado ninguna conversación con la señora Donaldson durante esa mañana y esperaba disponer de algún rato con ella más tarde. La ocasión no era la más propicia para conocerla, pero quería agradecerle que en su momento les hubiera invitado a su padre y a ella a pasar la Navidad en su casa.

Dio con Cam en el aparcamiento. Estaba apoyado en el lateral de su coche y tenía la mirada clavada en el asfalto bajo sus pies. El aire continuaba siendo frío pero al menos la nevada había remitido durante la madrugada, si bien, la temperatura no parecía preocupar demasiado al gemelo. Se acercó despacio y dudó unos segundos antes de apoyarse también en la carrocería. Buscó palabras de aliento pero no encontró nada que pudiera aliviar su pena. Era obvio que, pese a su expresión contenida, lo estaba pasando realmente mal. Finalmente, se limitó a tomar una de sus manos y apretarla entre las suyas. El chico apenas si reaccionó. Se mantuvieron en silencio, uno junto al otro, unidos tan solo por el calor de sus manos y aquel frío que atravesaba ropa, piel y carne.

Allí los encontraron Sean y Max. Este último le dio a Cam un apretón de ánimo en el brazo antes de subirse al coche, mientras que su gemelo lo observó unos instantes antes de tomarlo de los hombros y fundirse con él en un abrazo. Se apretaron el uno contra el otro como si de esa forma su pena pudiera resultar menos amarga, y Olivia se percató de que Sean le susurró algunas palabras que no llegaron a sus oídos. Eran como dos caras de una misma moneda, tan iguales y tan diferentes...

Horas más tarde, ya de regreso en la casa familiar, los hermanos Donaldson, Max y Olivia, terminaron reunidos en el jardín delantero, ajenos al trasiego de invitados que su madre, siempre tan organizada, atendía con el mejor ánimo posible.

—Podríais veniros todos a California. Tal vez podríamos celebrar allí la Navidad —sugirió Olivia.

Ya lo había hablado con Sean previamente e incluso había llamado a su padre para preguntarle. Le parecía que sería menos duro para los Donaldson no tener que sentarse a la misma mesa que en años anteriores y la ausencia de

su padre, aunque presente, al menos resultaría un poco menos dolorosa.

Sin embargo, Cam negó con pesar. Desde la ceremonia de incineración el gemelo parecía aún más melancólico y distraído, y nada de lo que decían o hacían mejoraba su estado.

—Tengo que ayudar a mi madre con la empresa —replicó, volviendo la mirada hacia la casa.

El futuro de Cam siempre había pasado por graduarse en la Escuela de Negocios de UCLA y regresar a Ohio para llevar, junto a su padre, la empresa de este. Sin embargo, ahora todo se había precipitado.

—No sé si volveré a la universidad. Por ahora —agregó, al descubrir la expresión alarmada de su gemelo—. Puede que me tome lo que resta de semestre para ponerlo todo en orden. Luego cursaré las asignaturas que me quedan para graduarme.

—No tienes por qué hacerlo, Cam —repuso Sean, que en absoluto estaba de acuerdo con aquella decisión—. Tienes que graduarte y...

—Ya lo he decidido.

Aria, sentada sobre el césped entre las piernas de Max, se inclinó hacia delante.

—Cam —le advirtió, y este recibió su amonestación con una negativa.

—Alguien tiene que quedarse con mamá.

Olivia, a sabiendas de que no era un buen momento para que discutieran sobre su futuro, trató de calmarlos.

—No hay que tomar ninguna decisión ahora.

Sin embargo, le pareció que Cam no iba a cambiar de opinión, no importaba lo que le dijeran sus hermanos, pero al menos su comentario consiguió que la tensión no fuera en aumento. Todos estaban cansados y había sido un día extremadamente duro para ellos.

—Tu madre y tú podéis venir a casa igualmente —agregó, porque quería que no se sintiera más solo de lo que ya parecía sentirse—. Me encantaría teneros allí, Cam, aunque comprendería que no deseases venir. Solo piénsalo, ¿vale?

Cam asintió, correspondiendo a su invitación con una mirada que carecía de alegría pero rebosaba agradecimiento.

Ya de noche, a solas con Sean en su dormitorio, Olivia le sugirió que no presionara demasiado a su hermano.

—Puede que sea eso lo que necesite, puede que quiera estar solo —le dijo—, pero me gustaría asegurarme de que sabe que no tiene por qué estarlo, que nos tiene aquí.

Él le dedicó una leve sonrisa. Se tumbaron sobre la cama y Sean la acomodó contra su pecho, ambos mirando en dirección a la ventana, tal y como acostumbraban hacer.

—No imaginas cuánto te quiero, Liv —murmuró, junto a su oído—. Liv —repitió, y para ella fue como si de nuevo le susurrara lo mucho que la amaba—. No importa que llegue el invierno, tus besos siempre tendrán sabor a otoño.

EPÍLOGO

—¿Que vas a hacer qué?! —exclamó Maya, atónita.

Olivia rió bajito para no atraer la atención de Sean que se encontraba en la cocina hablando por teléfono con su hermano.

—Baja la voz —le advirtió—. Ya me has oído, no pienso repetirlo.

Apenas habían pasado dos semanas desde que regresara de Ohio. Al final habían conseguido pasar la Nochebuena de una forma más o menos aceptable, dadas las circunstancias. Habían convencido a Cam para que viajara a California junto con su madre, y Aria y Max se habían unido a ellos junto con los señores Evans, decididos a arropar a la familia en aquel trance tan duro. La cena tuvo lugar en la casa del padre de Olivia. Harry llevaba años sin ser el anfitrión de una velada con tantos asistentes, mucho menos durante la Navidad, y ver su salón repleto de gente hizo que se sintiera emocionado. La reunión les hizo bien a todos, incluso a Olivia, que se alegró de ver a su padre metido en la cocina, tarareando villancicos y charlando animadamente con sus invitados.

El otoño había llegado a su fin y el invierno había dado comienzo de una forma más triste de la que Olivia hubiera deseado. Tan solo una estación con Sean pero su vida había cambiado por completo, o tal vez no fuera su vida sino la forma en que la afrontaba ahora.

—Oh, Dios, es tan romántico... —señaló Maya.

Olivia se tragó una carcajada.

—¿Sabes? Esperaba algo del tipo «sois demasiado jóvenes» o «hace tan poco que os conocéis».

Acababa de compartir con su amiga que iba a pedirle a Sean que se casara con ella el día de fin de año, justo después de las campanadas, y la verdad era que dicho así sonaba a cuento de hadas. Sin embargo, Olivia no lo hacía con la idea de ponerse un anillo en el dedo el año que daría comienzo en breve o el siguiente después de ese. No quería una fecha ni tan siquiera soñaba con una boda. Pero aquella era su forma de decirle a Sean que estaría allí

siempre para él, de hacerle comprender que ya no era la chica que huía y que no se dejaba querer ni se permitía amar a nadie. No temía comprometerse con Sean Donaldson, y quería que él lo supiera.

—Me extraña más que seas tú quién se lo pida a él —terció Maya—. Salta a la vista que está loco por ti.

Olivia se encogió de hombros.

Ese detalle era otro que había tenido muy en cuenta. Saltarse el protocolo era parte del encanto de todo aquello. No sabía si en algún momento de su relación Sean tomaría la iniciativa de pedirle matrimonio, pero no quería simplemente aceptar una propuesta; Olivia deseaba ser la que, una vez que comenzara un nuevo año y después de besarlo, perderse en su calidez, su aroma y su sabor, le propusiera pasar el resto de la vida juntos. Uno al lado del otro lidiarían con todo lo que viniera, sin importar lo duro que fuera, y también disfrutarían cada momento feliz.

—Creo que ambos estamos locos —susurró, y ambas desviaron la vista hacia la puerta de la cocina.

Sean se había asomado por ella y las observaba apoyado en el marco. Su expresión inquieta delataba que, fuera lo que fuera de lo que hablaba con Cam, no le gustaba en absoluto. El gemelo había sido fiel a su decisión y, tras pasar unos días con ellos, había regresado junto con su madre a Ohio para tomar las riendas de la empresa de su difunto padre. Su graduación se había pospuesto de forma indefinida, aunque Sean mantenía que debía finalizar sus estudios antes de enfrentarse al reto de llevar una empresa él solo. No porque no creyera a su hermano capacitado para ello, más bien le preocupaba la manera en la que estaba asimilando la muerte de su padre. Como siempre, su carácter responsable hacía que quisiera cargar con un peso que no le correspondía, y también Olivia creía que disfrutar en lo posible de sus últimos meses en la universidad le hubiera venido bien.

Los gemelos no habían estado separados demasiado tiempo en ninguna época de sus vidas y ahora volaban en solitario, algo que no debería ser malo si no fuera por el motivo de su separación, justo cuando más falta les hacía el apoyo del otro.

—Dile que lo necesitamos —vocalizó Olivia, incluyéndose a sí misma.

Sean esbozó una mueca, ya no por la petición de Olivia sino por lo mucho que le preocupaba el tono de voz de su hermano. Apretó el teléfono contra su oreja y regresó a la cocina.

—Olivia te manda recuerdos —le dijo—. También ella te echa de menos. Cam suspiró al otro lado de la línea.

—Es temporal —replicó, compungido. Ambos sabían que no era así, pero no iba a ser él el que lo dijera en voz alta—. Tengo que colgar. Ya hablaremos, ¿vale?

Tras despedirse de Sean, Cam lanzó el móvil sobre la cama y se acercó a la ventana. En la calle, el suelo se hallaba cubierto de nieve pero no había tenido ánimo para salir al exterior y despejar el jardín. Estaban siendo unas navidades blancas aunque él parecía rodeado de oscuridad, frío y duro como el más largo de los inviernos.

Oteó el final de la calle, en dirección a la casa que hacía esquina en la acera de enfrente, y su mente le llevó de vuelta al día del funeral de su padre. Como siempre que pensaba en él, le costó respirar y tuvo que luchar para contener la humedad que se acumulaba en sus ojos. Apartó el pensamiento, enviándolo a un rincón de su interior donde no resultara tan doloroso, y su mente tropezó con otro rostro, uno femenino, y más recuerdos se precipitaron frente a sus ojos.

Siempre hay un amor que nos marca, no tiene que ser el primero o el más largo, pero sí suele ser el más intenso. A veces, con el paso del tiempo, ni siquiera recuerdas con exactitud los rasgos de su cara o el tono de su voz, la manera en que reía... pero no eres capaz de olvidar lo que te hacía sentir, cómo tu cuerpo se estremecía, el latido acelerado de tu corazón o lo agitada que se volvía tu respiración cuando vuestras pieles se rozaban. Años después, si el destino decide unir vuestros caminos de nuevo, al verla todo vuelve a estar ahí.

De repente, es como si te hubieran lanzado a través de un túnel del tiempo. La miras y vuelves a sentir una parte de ti que había desaparecido, porque no ha sido hasta ese mismo instante cuando te das cuenta de que un trozo de sí mismo se había ido con ella. Ese palpitar inusualmente rápido, esa extraña emoción arremolinándose en la boca del estómago, ese

estremecimiento apenas perceptible, junto con otros tantos sentimientos, era lo que Cam Donaldson había experimentado al descubrir, entre los asistentes al funeral, a aquella chica a la que hacía años que no veía.

Para alguien como él, que se había prohibido sentir cualquier cosa en las últimas semanas a riesgo de romperse de dolor, aquella cascada de emociones lo pilló totalmente desprevenido. La pérdida de su padre se unía a una nueva pérdida, porque de pronto se preguntaba cómo había podido olvidarse de ella todos esos años. ¿Dónde habría estado mientras? ¿Qué habría hecho? Y lo que era más importante, ¿por qué se había marchado sin decir adiós?

No había hecho ni un solo intento por dar con las respuestas a esas preguntas. Hacerlo supondría ir a su encuentro y en esos días apenas si había tenido ganas de hablar con su propia madre. Salvo Sean, que lo llamaba cada día y no dejaba de intentar convencerlo para que regresara a California, sus interacciones con el mundo exterior se limitaban a saludar al cartero al recoger la correspondencia, algo que debía cambiar de un modo inmediato si pretendía mantener la excusa de su presencia allí.

La verdad era que no tenía ni idea de por qué se había quedado en Ohio, pero esperaba contar al menos con un invierno para descubrirlo.

AGRADECIMIENTOS

Tras cada una de mis novela, y cada vez más, hay mucha gente que la hace posible, aunque siempre serán los lectores los más importantes de este proceso. Son ellos los que convierten este sueño en realidad, los que me animan a continuar imaginando historias, creando personajes, relatando pequeñas porciones de sus vidas...

Y las musas, ¡oh, mis musas! Caprichosas donde las haya, pero que siempre terminan por cumplir, aunque a veces les encante lanzarme nuevas ideas cuando estoy inmersa en otra historia. Gracias también a ellas.

A mis chicas H, por y para siempre: Nazareth Vargas, Yullis M. Priego, Tamara Arteaga y María Martínez. Nunca sin vosotras. ¡Os quiero!

A Cristina Martín, por no dejar que desfallezca y enamorarse de Sean, y de Asher, y de cada uno de mis chicos... Sé que Barcelona me espera, ¡de este año no pasa!

A mí siempre paciente editora, Teresa, por los ánimos y las charlas, por nuestra amistad. Y a Borja, porque con cada portada supera a la anterior.

Gracias a todas las lectoras de mi grupo de Facebook y a toda la gente que me sigue en las distintas redes sociales. Hacéis que afronte mi día a día repleta de ilusión y de ganas. Siempre diré que sois lo mejor de todo esto.

También tengo que agradecer a todos los blogs y web literarias que se hacen eco de cada una de mis nuevas novelas, que publican reseñas, que me dedican entradas o publican entrevistas. Hacéis una gran labor, no dejéis que nadie os diga lo contrario.

Y por último también me gustaría mencionar a las chicas del Club de Lectura Romántica Madrid, del que formo parte desde hace algunos meses, porque hacéis de cada reunión algo maravilloso y muy divertido.

Gracias una y mil veces a todos.